La voz del Silencio

Alexia Andrew

Capítulo 1

Prólogo
El grito estruendoso y el irritante llanto de un niño pataleando en plena avenida la irritó al punto de encorvarse para poder cubrirse los oídos. Sólo al pasar junto a la madre y su desagradable criatura, escuchó el conocido gesto de indignación, un gesto ahogado cómo si pretendiera responder, un balbuceo de palabras que podrían interpretarse como una ofensa. Y al final una voz aguda.
Gritos, gritos y más gritos. Voces provenientes del primer piso de la casa, insultos, risas y escupitajos. Siempre los acompañaban más y más gritos. Algunos más bajos que otros. Otros tan altos que en las demás casas del vecindario podían escucharlos, y esconderse como ella en un rincón del ático. Esperando, rogando, deseando que se olvidaran de ella.
Encorvada sobre sus rodillas, apretando las rodillas contra su pecho y los puños en su cabeza, cerrando los ojos tan fuerte que empezaban a ver manchar de luz detrás de sus parpados. Contando sus respiraciones para no hacer ruido. Asegurándose de respirar hasta que el pecho les duela, mantener el aire dentro de sus pulmones y soltarlo poco a poco. Poco a poco.
Aún si sólo era un pequeño suspiro, volverían los gritos.
Y está vez, no le seguirían los insultos y el escupitajo.
Después de los gritos vendrían los pasos. Pisadas. Pisotones. Un cuerpo enorme que hacía rechinar la madera de las escaleras. Una sombra ancha capaz de opacar la luz del pasillo.
Tenía que mantenerse callada. Debía de seguir apretando las rodillas contra su pecho y evitar que el miedo llenara sus ojos de lágrimas. El llanto era ruidoso, humedecía su rostro haciéndola moquear. Si se ensuciaba recibiría el cinturón. No quería volver a sobarse las nalgas toda la noche porque le ardía. Debía de ser fuerte y controlarse, tenía que…
¡Ahí estabas, asquerosa criatura!
Contuvo la respiración, apretando los puños en su cabeza. Aire. Necesitaba conservar todo el aire que pudiera antes de que llegara el dolor.
Pero no importaba cuanto esfuerzo pusiera en ser una niña buena, no hacía ninguna diferencia lo mucho que se esforzara por mantenerse escondida en el mismo sucio rincón del ático, siempre la encontrarían. La jalarían por el cabello hasta la misma sucia y roída manta, dónde sabía que las ratas se escondían cuando hacía frío. Dónde una y otra y otra y otra vez su voz se alzaba implorando por ayuda sin que nada llegara.
El dolor y los golpes siempre se detenían cuando el coche de su papá se estacionaba en el garaje. Le permitían volver a su rincón dónde se sentía a salvo cuando volvían del hospital.
Siempre con malas noticias.
Siempre con más gritos.
—¡Cállate de una vez, dije que no!
Mackenzie abrió los ojos lentamente.

La madre y su hijo ya estaban en la esquina opuesta, él todavía berreando y jaloneándose, ella arrastrándolo por la calle pretendiendo que no estaba desesperada.
Soltó el aire de sus pulmones, lento, suave.
Sin hacer un solo ruido.

Capítulo 2

Capítulo 1

En el que las cosas cambiaron

Si durante algún maldito momento del maldito y atareado día, pensó que las cosas no podían volverse todavía más jodidas de lo que ya estaban, pronto se daría cuenta de lo equivocada que estaba. ¿Qué era esa estupidez que Amera solía decir constantemente? ¿Sí piensas negativamente todo el tiempo, sólo atraerás energías negativas?

Bah, no le importaba. No, corrección, le importaba una mierda si atraía energías "negativas" a su vida. A comparación de lo que sucedería en unos minutos, se sentiría como una bendición… o lo más cercano a buena suerte posible. En lo que a ella se refería, las cosas pasaban cómo tenían que pasar, solo los cobardes vivían con la creencia de que tus acciones cambiarían el curso de la historia. ¡Nadie puede meterse con la historia!

Todos esos intelectuales deberían de tenerlo muy en claro. De ser posible hace *mucho*, mucho tiempo se hubiera hecho cargo de la suya. Asegurarse una realidad distinta, una vida que no guardara ningún parecido con la actual. Cambiaría su vida, lo haría con tanto esmero y esfuerzo, que si los malditos viajes en el tiempo fueran una realidad, la línea del tiempo que sea crearía de aquel cambio le daría a la nueva Mackenzie algo diferente. Feliz, con un poco de suerte.

Mientras que ella seguiría atrapada en la misma mierda.

Mierda acompañada de mierda y sazonada con más mierda.

Por lo menos una sería feliz.

Desechó el pensamiento tan pronto aparecieron las palabras en su mente. ¿Qué bien podría salir de permitirse ese tipo de alucinaciones? Ninguno. Falsas esperanzas. Deseos sin fundamentos. Sueños cargados de ingenuidad. Todas esas cosas estaban por debajo de ella. Su tiempo de fantasear y soñar con un héroe que la liberara de su miseria termino mucho antes de empezar.

No era una señorita que inclinara la cabeza para decir "sí, señor" o "no, señor".

Era una muñeca rota.

El juguete olvidado en un rincón que nadie quiere ver, al que todos dicen "pobrecito", "sólo necesita un poco de cuidado", "un toque de pintura y

voila". ¿Quién querría jugar con algo que alguien más destruyó por pura diversión?

Oh, y aquí venía el resto de la mierda.

Gaynor.

Aún a la saludable distancia de siete locales, dos de ropa, uno de accesorios y cuatro de decoraciones y accesorios para el hogar, podía percibir el empalagoso aroma de su perfume. Si tan sólo fuera algo tolerable para la nariz humana, sería mucho más sencillo lidiar con la situación, no recordaba un solo maldito día en el que los perfumes de Amera le causaran esa sensación. Al encontrarse junto a Gaynor le entraban arcadas y se le revolvía el estómago, en el mejor de los casos.

Debo de hacerlo ahora.

Se repitió mentalmente. La única razón por la que elegiría desperdiciar su *único* día libre del trabajo. Si acaso quería sentirse más tranquila el resto de la semana, sabiendo que se había hecho cargo del asunto, tendría que moverse. Arrastrar los pies hasta ella, tomar una gran bocanada de aire y contenerlo en sus pulmones, esa era la parte fácil, tenía vasta experiencia en contener la respiración, lo complicado sería hablar y hacerse escuchar. Gaynor tenía el desagradable hábito de jamás callarse en el instante que abría la boca.

¿Qué había orillado a Mackenzie a someterse a semejante tortura? Ah, sí, por supuesto, estatus social. Su madre le había preguntado por su pareja durante su última reunión la navidad pasada. El inicio de la conversación no tenía nada que ver con eso, meterse en su vida privada, para nada. Ella sólo se interesaba por la vida de su hija, desde que regresó a Irlanda para cursar el último año de la preparatoria sintió que se habían distanciado mucho.

Lo peor fue escuchar las palabras que más odiaba en el mundo.

—Se te veía a gusto con Olivia.

"Se te veía a gusto"

¿Qué carajo significaban esas palabras en realidad?

Todo el mundo las decía. Se repetían de un lado a otro como un saludo. La gente las decía. La gente las recibía.

¿Acaso existía alguien que realmente conociera su significado? ¿Qué

significaba “verse a gusto”?

—¡Mac! Te estaba espe…

—Cierra la puta boca, Gaynor. No vine aquí para llevarte de compras, o soportar tu parloteo durante seis horas porqué tus padres no te ponen atención —los enormes ojos azules como una muñeca de Gaynor se abrieron con asombro—. Se acabó, ¿me entiendes? Esto de aquí se terminó —Mackenzie señaló su pecho y el ella, refiriéndose a su relación—. No quiero volver a escuchar de ti, no quiero verte dando vueltas buscándome en el hospital, ¿quedó claro?

Regresó las manos a los bolsillos de su chaqueta, mientras más rápido se alejara de ahí sería menor el dolor de cabeza al escuchar cualesquiera que sean las excusas o motivos de Gaynor para seguir juntas. Era necesario repetírselo; una relación así no era saludable…

Mierda, y ahora empezaba a usar las terminologías de Amera.

Diez años conociéndola sin permitir que se le pegara su soñadora forma de ser, y al final sólo necesitó cinco años viviendo juntas para empezar a repetirlas palabras de las que tanto se burlaba. Menos mal ella se encontraba una hora de distancia, posiblemente follando con el idiota de su novio, o gritando por teléfono a los ineptos de la agencia para reservar su sala de eventos, así no podía reírse ni disfrutar de escucharla.

Posiblemente tuviera un leve porcentaje de arrepentimiento por aceptar vivir con ella durante la universidad y luego la residencia… por lo menos ahora que era interna se mudó con su novio y las visitas que se hacían se sentían como la amistad que siempre tuvieron.

La amistad que siempre tuvieron. ¿Podía llamársele a eso una amistad si quiera?

Trató de mantener su mente centrada en el camino, conducir e ir pensando en otras cosas nunca terminaba bien, no es que ella fuera mala conductora, los demás eran bestias no pensantes que solo apretaban el acelerador y movían la palanca esperando milagros. Por esa razón ella necesitaba mantener toda su concentración en el camino, para evitar al resto y protegerse de alguien que considerara oportuno tratar de rebasarla. Lo cual, por cierto, siempre iba acompañado con una delicada y bien pensaba sarta de insultos.

Vale, quizá existen algunos detalles buenos de manejar.

[…]Los nervios eran como nauseas durante los peores día del mes. A diferencia de ese estómago de cabeza, el día de hoy se sentía más entusiasmada. Unos minutos más y recibiría su licencia, permiso de aprendiz, realmente. No tenía tanto poder ni le daba independencia como lo haría una verdadera licencia, pero era algo.

Un paso más para ser libre.

Un poco más de poder para ir a donde quisiera cuando quisiera.

Tan sólo había algo que podía competir contra la sensación, y esa era saber que su madre estaría bien para poder celebrar con ella ese logro. No habría necesidad de ir al hospital, no había motivos para subir a su habitación tan pronto llegaran a casa. Y si las cosas salían bien, sí hoy era un buen día, nadie aparecería por el pasillo para gritarle que su madre estaba agotada.

Podría recostarse con ella en su cama, charlar y charlar y charlar hasta que le dolieran los brazos.

Ojalá y pudiera quedarse dormida junto a ella.

Le rogaría a su papá que la deje quedarse sólo por una noche, a la mañana siguiente se levantaría sola para ir a clases. Lo único que pedía era una oportunidad.

—¡Mackenzie Zweinbrüken![…]

Frotó el puente de su nariz violentamente.

Tratando de borrar los recuerdos. Deshacerse de las memorias grabadas en su subconsciente.

Nada bueno salía de ahí, solo malos momentos y un inusual aumento de veneno. No necesitaba una dosis extra de mal humor si planeaba visitar a Amera y al inútil después de dejar sus cosas en el departamento. Su amiga no merecía su mal genio, Ryan tal vez, pero no ella.

Bien, tomaría un corto desvío. Iría a su casa, se daría una ducha para aclarar su mente, tomarse unos vasos de whisky para purificar el alma, y entonces iría a visitar a Amera. Era de suma importancia sentarse a ver el horrible color rosa en los vestidos de dama de honor que insistía en ponerle, se trataba de la boda de su amiga. Podía soportar un… pomposo, dulce y afeminado vestido por un día, una noche, una única ocasión.

¡Además, pedazo de idiota! Amera prometió que podía cambiarse de ropa *luego* de la ceremonia, no podía importarle menos si durante el festejo y la recepción usaba un pantalón de lana y una de sus chaquetas. Era importante tenerla ahí a su lado en su noche especial.

—Baño… ¿todavía tengo champú? Estoy segura de que sí, la semana pasada que hice las compras me aseguré de comprar una botella extra… ¿o fue jabón de baño? No, no, casi segura de que fue champú lo que compré, la botella estaba casi vacía.

Mantuvo las llaves a centímetros de la cerradura, esforzándose por recrear los eventos del día que hizo las compras. Terminó sus rondas, se cambió, llegó a casa, tomo una ducha, se puso la ropa de casa y salió.

—¿Estás segura de que compraste champú y no jabón de baño, Kenzie?

Gruñó para sacar la frustración. La gente solía decir que tenía la mecha corta, no soportaba ni lo más mínimo cuando las cosas no salían como esperaba. Pero si tan sólo esos cabezas huecas supieran lo frustrante que era pensar que compraste *todo* lo que faltaba y no poder recordar sí…

La puerta no estaba cerrada.

Juraba… juraba que antes de salir la cerró. Tres vueltas a la derecha para poner el seguro y media vuelta a la izquierda para evitar que se atorara.

No estaba puesto el seguro.

Y el trozo de papel que siempre ponía en el marco… no estaba.

¡Mackenzie!

Apretó los ojos, alejándose tres pasos de la puerta.

Cerró las manos en puño, clavándose las uñas para estar segura de su propia cordura.

Contó hasta diez, dejó salir el aire de sus pulmones y abrió la puerta. Detrás del librero, el que tuvo que luchar con dientes y uñas con Amera para poder ponerlo ahí, tenía escondido un bate. El marco de la entrada dejaba un pequeño espacio entre la pared y la madera, lo suficientemente grande para que ella pudiera meter su mano, delgada como era, sujetar el arma de aluminio y alzarlo sobre su cabeza; lista para defenderse en cualquier momento después de cruzar el umbral.

No hizo ningún ruido, tardó treinta segundos en cerrar la puerta, moviéndola despacio para evitar que las viejas bisagras rechinaran, girar la perilla y empujar suavemente para no escuchar el chasquido del metal

contra metal, ni el golpe de la madera al topar con el marco.

Escuchó un murmuro del interior, lo que significaba que había *alguien* adentro. Inmediatamente descartó a Amera, ella sabía de su manía al entrar, aunque estuviera en casa se encargaba de cerrar la puerta y poner el papel, sólo para darle seguridad.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, rápido.

¡Dónde estás, pequeña mierda!

Los latidos retumbaron dentro de su cabeza como un tambor, los redobles que marcaban la marcha de los soldados en el ejército. Constantes, rítmicos y fuertes. Tan fuertes. Ni aunque mantuviera el aire dentro de sus pulmones podría quedarse en silencio.

¡Mackenzie!

Sus nudillos se pusieron blancos por la fuerza al sostener el bate. Lo alzó a la altura de su cabeza al girar en la sala, hacia la cocina.

—¿Leila?

Capítulo 3

Capítulo 3

Cuando los recuerdos regresan

Siguiendo la detallada lista de pasos a seguir para preparar el "té para las pesadillas", que Amera le envió tres segundos después de que le mandara un mensaje, Leila suspiró. No tenía la más mínima idea de lo complicadas que podían de ser las cosas.

De alguna forma logró convencerla de volver a la cama, recostarse un poco mientras ella preparaba algo, de preferencia un poco de leche tibia, a ella le ayudaba demasiado cuando tenía sus propios recuerdos invadiendo el presente. Pero tan pronto salió el mensaje hacia la conversación con Amera, entendió que no iba a ser posible. Mackenzie, con la explosiva personalidad que mostraba a todo el mundo, tenía el mismo defecto… no, esa palabra sonaba muy grosera, Mackenzie tenía el mismo tic que su amo Jeremiah.

Hervir agua a treinta y cinco grados durante cuatro minutos, infusionar tres hojas de bla… bla… bla. Nunca pensó que estas palabras pasarían por su mente, le daba todas la gracias posibles al esposo de su hermana por ser tan quisquilloso con sus bebidas. Eso volvía mucho más tranquilo el proceso de preparar el té de una forma específica, y más cuando la adorable Amera envió una respuesta con quince pasos.

Tapó la tetera contando mentalmente setenta y cuatro segundos. Hasta ese momento el pensamiento de que el tiempo y todos los detalles dentro de la preparación del té eran para ayudar a Mackenzie, seguramente ella se sentaba en la cocina con Amera, esperando y *contando* el tiempo antes de que el té estuviera listo.

—Uhm… ¿ya está listo? —la bonita pelirroja giró su rostro, para que pudiera verla al hablar y leer sus palabras.

Leila asintió con una sonrisa. Llenó las tazas y extendió una hacia Mackenzie, quién la tomó con manos temblorosas, un diminuto gesto que fácil podría pasar desapercebido. Entendió entonces porqué manoteó el aire cuando se acercó para despertarla, no fue intencional y se disculpó una y otra vez ocultando el rostro en sus rodillas, volviendo incomprensibles para ella sus palabras.

—Amera te dijo como hacerlo, ¿cierto? —Mackenzie alzó el rostro, esperando una respuesta.

Ella tardó unos segundos en voltear, inclinó la cabeza y sus pestañas aletearon en un parpadeo. No estaba segura de que era lo que se le ofrecía con exactitud, y sus labios permanecían sellados. Solo hasta ese momento Mackenzie se dio cuenta que habló en voz alta, por supuesto, Leila no iba a poder responder cuando no escuchaba.

—Amera, ella te dijo cómo preparar el té —repitió, asegurándose de enunciar con claridad.

Una vez más, Leila sonrió al responder.

Aguardó a que Mackenzie terminara su té para arrastrarse por el sillón hasta quedar junto a ella, atoró un mechón de cabello detrás de su oreja, preparada para el respingo.

Mac retrocedió, sujetando la muñeca de Leila en un reflejo.

Es una bruja, no deja que nadie la toque, ni siquiera Amera, ¿qué clase de amistad es esa?

Fue lo que dijo Ryan en alguna ocasión durante sus visitas a la mansión Dassel. El amo Jeremiah reprendió su comportamiento, siempre quejándose, siempre hablando mal de otros, no tomaba en consideración la opinión de Ryan, porque él no era objetivo. Al igual que Amera. Les tenía cariño a ambos, agradecía que se hubieran tomado el tiempo de aprender el lenguaje de señas para poder comunicarse con ella, pero empezaba a resultar complicado confiar en alguno con respecto a la pelirroja que conformaba el mayor misterio en su vida.

—Cuando perdí la voz —explicó con movimientos lentos de sus manos—, mi hermana y Jeremiah dormían en la misma habitación que yo —hizo una larga pausa, permitiéndole a Mackenzie visualizar la imagen—. No podía hablar, o gritar si al dormir revivía el ataque, apenas había salido de la operación, así que había demasiadas cosas en riesgo —Leila tocó su garganta, buscando la cicatriz en la que dedicaba diez minutos de sus mañanas para cubrir—, hubo noches en las que Jeremiah tuvo que dormir *en la cama* conmigo, las pesadillas eran tan horribles y vividas que me obligaban a gritar hasta despertar.

Pocas veces Mackenzie se quedaba en silencio, sin una respuesta preparada a la mitad de la conversación. Durante los últimos siete años asumió que Leila simplemente era sordo muda, hasta ese momento no se planteó la posibilidad de que algo más pudo ocurrir, mucho menos el cuándo y el cómo. No parecía afectarle a ella, entonces no existían razones lógicas para que ella quisiera meterse en el medio.

—Después de un tiempo descubrí que hablarlo me ayudaba mucho —continuó, sus manos eran ágiles, a diferencia de su madre Leila no

necesitaba detenerse para pensar en lo que diría a continuación—. Por supuesto, también tuvo mucha influencia mi psiquiatra, Jeremiah estuvo cuidando de mi todo el tiempo —Leila sonrió con cierta nostalgia—. ¿Has intentado contarle a Amera?

—No… Ame… ella sabe perfectamente lo que sucedió, no quiero molestarla con lo mismo todo el tiempo —aunque la taza estaba vacía, Mac fingió seguir bebiendo.

—Dudo mucho que ella crea que la molestas —cuando los ojos de Mac cayeron al sillón, Leila volvió a arrimarse a su lado, sosteniendo su barbilla suavemente recorrió sus mejillas con los nudillos—. Cuéntale tus miedos a la persona en quién más confíes, te sorprenderá lo mucho que te alivia —Mackenzie cerró los ojos.

Su cabeza se inclinó hacia la mano de Leila, permitiendo que la suavidad de su piel apaciguara su acelerado corazón, disfrutando el delicado aroma de su perfume.

En caso de que Amera preguntara cómo logró volver a dormir después de despertarse de esa forma, permanecería callada durante un mínimo de diez minutos antes de lograr formular una respuesta. Porque en esos momentos no tenía ninguna. Ella y Leila se quedaron despiertas un tiempo; bebiendo la mitad del té para pesadillas que preparó, lo que sucedió después de la última taza era un recuerdo borroso en su memoria.

Recordaba recargar la cabeza sobre el hombro de Leila, hablando sobre la opresión que sentía en el pecho; la sensación de no poder respirar cuando despertaba de esa forma de alguna de sus pesadillas. Tardó varios minutos en darse cuenta de que hablaba en voz alta. Y cuando intentó disculparse con ella por ser tan desconsiderada, aprendió algo nuevo sobre Leila; lo que ella consideraba como sordera total, en realidad era parcial en uno de sus oídos. Podía escucharla perfectamente si sólo era ella quien emitía sonidos, cuando el perro de la vecina empezó a ladrar a las tres de la mañana, fue complicado escucharla.

Después de ese momento las cosas se confundían. ¿Se despidió Leila con un beso y volvió a dormir? ¿O le dio un beso en la sien y salió de su habitación para dejarla dormir?

Sea cual haya sido la situación, despertar en el sillón cubierta con una colcha fue la parte más extraña del día.

—¿Estás lista? —preguntó Amera, abriéndose camino hacia la cocina.

—Sí, dame un segundo —apagó la estufa, vertiendo dentro del termo que Amera compró para ella lo que restaba del té para pesadillas—. Listo, podemos irnos.

Amera dejó en el centro de la mesa su juego de llaves, junto a una nota para Leila, en caso de que quisiera salir para ir conociendo la ciudad necesitaba una forma de ir y venir. Y ya que ella y Mackenzie trabajaban juntas en el hospital, sería complicado ejercer de guía. Por otro lado, Mac tenía la sensación de que preferiría quedarse tranquila en casa por ese día, ya en la noche (si es que no tenía guardias) podrían discutir sobre cuál va a ser el ritmo del día, por la siguientes dos semanas.

—¿Dormiste bien?

Mackenzie gruñó doblando cuello hacia atrás.

Ryan seguramente estaba esperando enfrente del edificio para llevarlas, no quería comenzar una conversación en las escaleras que terminaría en el asiento trasero del coche del idiota. No porque le molestara que él escuchara su conversación, no quería tenerla y punto.

—Interpretaré eso como un “no”.

—Dormí bieeeeeeeen —respondió alargando la sílaba—. Demasiado bien.

Cuando su voz se volvió un murmuro, Amera bajó la velocidad, dándole más tiempo a Mackenzie para decidir.

—No lo… no lo entiendo, no conozco a Leila tanto, ni he pasado tiempo con ella para… ah, es raro, Ame, sentir esta calma con alguien que apenas conozco…

—¿Lo dices porque te tomó tiempo confiar en mí? —Amera no pretendía culparla, solamente intentaba encontrar una respuesta a su frase incompleta.

Mackenzie sin embargo sintió la culpa. Su amistad no inició con gritos agudos y palabras atropelladas sobre todas las cosas que tenían en común, no hicieron clic al primer instante de verse a los ojos cuando se sentaron juntas el primer día de clase. En realidad, durante los seis años de escuela primaria su relación estaba basada en odio y desprecio mutuo. A ella sí le provocaba un doloroso sentimiento de culpa pensar que podía dormir tranquilamente con Leila a su lado, y con Amera no soportaba ni siquiera que la tomara de las manos.

—Oh, Mac, lo siento mucho, no quise decirlo de esa forma.

Tomó sus manos entre las suyas, llevándolas hacia su pecho con movimientos lentos. Mackenzie no era alguien fácil de leer, ocultaba sus emociones detrás de una perfecta máscara de veneno, cínica y sarcástica que todos se creían. Pero después de años, Amera aprendió a leer sus distintos gestos, torcer los labios y mirar al suelo era uno de los que más le dolían.

—No te estoy culpando, Mac, todo lo contrario, estoy muy feliz de qué te sientas cómoda con Leila. Significa que hay alguien más a parte de mí que te da paz.

—¿No te molesta? —Amera negó con la cabeza—. Pensé que tal vez… como tú y yo tardamos tanto tiempo en llevarnos bien… creí que con Leila aquí sería… distinto.

—Trata de recordar, señorita hostilidad —Amera quitó un mechón del rostro de Mackenzie—, que yo estuve ahí contigo, en la comisaría y en el hospital. He estado a tu lado durante todo tu proceso de curación, Leila está conociendo a la Mackenzie que acepta un apretón de manos, y no a la Mackenzie que retrocedía cuando intentaba abrazarla.

Mac esbozó una sonrisa por el nombre, solo la llamaba de esa forma cuando tenía la impresión de que se ahogaba en un vaso de agua.

—Tienes razón, no es lo mismo.

—Así es, y no hay ninguna razón para sentirte culpable.

Aguantó la respiración durante varios segundos, esperando hasta la presión que le advertía de la falta de oxígeno, entonces dejó salir el aire lento, gozando de la sensación en su pecho a liberar la presión. Fue todo el tiempo que necesitó para recuperar el control.

Volver a colocarse la máscara, convertirse en la bruja sin corazón y sentimientos que el mundo estaba acostumbrado a conocer.

Y tal vez fuera buena idea buscar algo lindo para Leila al volver a casa, tuvo razón al final, contarle como se sentía a Amera sí le ayudó. También le ayudaba tenerla a ella, alguien que de alguna forma pudiera comprenderla, entender porque aunque su voz pudiera alzarse ante una multitud, la mayoría de las veces era imposible hablar.

O bien podría darse media vuelta, volver a los vestidores y arrepentirse del momento en el que permitió que sus compañeros de residencia

hicieran comentarios sobre su tatuaje. No era nada elaborado, a diferencia de Charles, con un dibujo trivial cubriendo su brazo izquierdo, mucho menos era sencillo y discreto como el que exhibía Marla en su hombro.

Fue el simple y sencillo hecho de que ella, Mackenzie, tenía tinta en la piel. *Tinta* a la altura del pecho, la dónde románticamente se creía que la gente llevaba consigo al ser amado.

Siempre que tenía que cambiarse por el uniforme del hospital, lo hacía sin quitarse el bajo blusa. Le aterraba la idea de mostrar sus cicatrices (tan blancas y pálidas como su propia piel) y alguien hiciera alguna pregunta. Pero se le hizo tarde por la mañana, despertó creyendo que Amera ya estaría esperándola en la puerta para ir al trabajo; olvidó ponerse el bajo blusa y todos pudieron ver la suave tinta violeta con toques rojos y manchas azules sobre su pecho, ascendiendo hacia el hombro y una parte del cuello.

Por supuesto que Jules iba a silbar y hacer su estúpido comentario:

—¡Vaya, Mackenzie tiene una fibra sensible!

Fue suficiente para que todos (los otros tres residentes de su clase) se acercaran para mirarle los pechos.

—¿Te gustaría conocer mi *otra* fibra sensible, Jules? —amenazó, terminando de vestirse.

Su voz era coqueta, sensual e incitaba a responder. Sí. Cualquier idiota que no conociera a Mackenzie hubiera dicho que sí. Porque eso es lo que ella quería. Provocarlo, pretender que estaba interesada en él y luego ¡bam! Sacarle el aire.

Lo peor del asunto no fueron las miradas y susurros de sus compañeros durante las rondas, fue del paciente que le asignaron ese día.

[…]*Uno… dos… tres… cuatro...*

Contó mentalmente los segundos, no escuchaba su voz en ningún rincón de la casa. Sus pisadas no hacían rechinar la madera como el monstruo que era. Tampoco podía percibir el repulsivo aroma del cigarro, así que asumió que no estaba cerca.

Tomó aire, llenó sus pulmones de aire y bajó del ático.

Había cubierto sus zapatos con la ropa que encontró en algunas cajas, amortiguando sus pisadas, si él seguía dentro no podría escucharla. Sería

silenciosa como un ninja. Discreta como un espía y rápida como un mapache. Cuando llegó al segundo piso, cubrió las patas de la escalera con un mantel, también proveniente del ático. Se aseguró de darle muchas, muchas vueltas para que no hiciera ruido cuando cerrara.

De rodillas, respiró tres veces antes de levantarse. La escalera del ático se dobló un poco, luego otro poco y cuando Mackenzie sintió que sus brazos ya no alcanzaban, la empujó. Contuvo el aliento mientras el resorte de la puerta se activaba, evitando que la madera se azotara. Vio el pequeño y aterrador cuadro de madera fundirse con el techo en silencio.

Entonces corrió.

Un pie delante del otro.

El otro pie delante del primero.

Bajó las escaleras deslizándose por el barandal, no tenía tiempo para usar los escalones. Corrió y corrió y corrió y corrió hasta el baño. Dónde cerró la puerta con el seguro, antes de trabajarla empujando el baúl de medicinas de su madre. Necesitarían desatornillar la puerta si querían entrar.

Y no iba a permitirlo.

Apagó la luz y se quitó la ropa. Primero los zapatos, los calcetines, la falda del uniforme… se detuvo cuando estaba por quitarse la playera. No quería verlo.

—Va-vamos, K-Kenzie, tú puedes.

Cerró los ojos, sostuvo su playera por la orilla y alzó los brazos.

Las marcas de cigarrillo aparecieron como una linterna. Una encima de la otra, nuevas opacando las viejas. Piel rosa que trataba de sanar debajo de ampollas recientes. Tocó su piel, sus pechos empezaban a crecer, si ella podía notar la diferencia, él lo haría.

¿Acaso pretendía quemarla hasta desaparecer su pezón? […]

—… séis años de edad. ¿Cómo tratamos sus heridas de quemadura, Zweinbrüken?

Parpadeó para borrar la imagen mental de su piel, oculta debajo de una

serpiente de escamas brillantes.

Su médico de guardia la miró esperando por una respuesta.

Necesitó reunir todo el coraje posible para levantar la mirada del suelo, hacia la pobre chica cubierta en apósitos sobre su brazo hacia el cuello. Sus ojos brillaban con lástima, deseando acabar con el dolor y… su vida.

Dieciséis años, no era mayor que ella cuando finalmente se mudaron a Wisconsin. Y parecía que ella tenía más fuerza de la que Mackenzie jamás pudo reunir ella sola.

—Empezamos… medicando, tratamos las quemaduras para evitar una infección, limpiar la zona afectada y prevenir infecciones.

Piel rosada oculta bajo ampollas.

—Luego… se…

Ampollas nuevas empujando las viejas.

—Hay que realizar un injerto de piel, luego de extirpar la lesión para prevenir más daños.

La habitación se sumió en silencio. El médico de guardia pasó al siguiente residente, continuando con su explicación hacia la paciente. A ojos de Mackenzie, la niña en cama se volvió el único punto brillante al cual podía enfocarse.

Hasta que una mano firme la jaló del codo, fuera de la habitación.

Capítulo 4

Capítulo 4

Dónde hay una confrontación

La nota giraba en sus manos como un dado. Una vuelta y otra. Un giro detrás del otro.

Comprendía que haber llegado de una forma tan repentina a su vida podía alterarla, o por lo menos cambiar ligeramente su rutina. Amera le comentó mientras esperaban, debido a su trabajo y sus estudios pasaba la mayor parte del tiempo en el hospital.

Justo como su hermana.

Parte de la vida de Yelina era debajo de una bata blanca de hospital. Una que, por supuesto, el amor Jeremiah compró para cada una, él insistía en que le gustaba la imagen. El morbo detrás de un atuendo dedicado a salvar vidas, viajando por pasillos pulcros y habitaciones esterilizadas, colando cuando daban la vuelta al cambiar de dirección.

Ella no era capaz de comprenderlo.

Después de todos estos años viviendo como la sumisa del amo Jeremiah, observando en silencio el avance del matrimonio de su hermana, seguía siendo todo un misterio como ambos lograban que funcionara. Las veces que podía verla en casa eran contadas, y todas las ocasiones que Ryan y Amera visitaron la mansión Dassel, Yelina había liberado su agenda para estar ahí. Era su deber estar presenta durante la doma del pequeño Ryan. Oh, y cuando la bonita de Amera apareció en sus vidas, tanto ella como su hermana deseaban que las cosas funcionaran con ellos.

¿Qué ganó de pedirle al amo Jeremiah enviarla a Inglaterra?

Mackenzie de todas formas no estaba en casa. Salió temprano hacia el trabajo. Tuvo que haber sido de madrugada, de lo contrario no le perdonaría marcharse sin haberle dicho adiós. No de frente a frente por lo menos, sino con una nota. Un cuadro de papel cualquiera.

«Tengo rondas temprano.

Hay lasaña en el refrigerador si te da hambre.

Mackenzie.»

Leila soltó el aire de sus pulmones con un gesto cansado. En diez años no extrañó su voz, porque encontró una nueva forma para comunicarse, su cuerpo se convirtió en un instrumento para charlar. Ryan, en alguna ocasión mientras le enseñaba a él lenguaje de señas, soltó un comentario que se quedó grabado en su mente.

—Es como ver a alguien tocar el violonchelo, tu cuerpo y brazos son las cuerdas que se tensan, mientras que tus ojos y tu rostro son el arco. Juntos entonan una bella melodía.

¿Qué utilidad tenía entonar melodías si no había ninguna pelirroja con pecas en los hombros cerca?

Oh, y enviarle un mensaje de texto no era una alternativa. Respondería dentro de tres horas, igual que su hermana. No había forma en que Leila pudiera saber si estaba en un descanso, o revisando a un paciente, o sí acaso estaba en el quirófano. Porque Amera lo mencionó. Mackenzie quería volverse cirujano.

El conjunto de emociones en su pecho cuando la escuchó fue… doloroso.

Mackenzie ya era una persona compleja por si sola, alejándose de la gente, pretendiendo que no le importaba la opinión de los demás… y luego sucedían cosas como anoche. Cuando despertó gritando. Cubierta en sudor y temblando. Demasiado asustada para rechazarla, darle un manotazo e impedir que la acunara en su pecho. Estaba furiosa de verla tomar un camino dónde su vida estaría reducida, confinada a un edificio dónde vio a su hermana sufrir y volver pálida.

Y estaba tan feliz por ella.

¡Oh, dioses! Se sintió tan contenta cuando visualizó a Mackenzie en su bata, caminando por pasillos similares a los de su hermana. Atendiendo a quien lo necesitara, salvando vidas.

Pensó que tal vez al terminar su residencia dejaría de resistirse a ella y…

No importaba ahora.

Necesitaba obligar a su corazón a sentir alegría, cuando Mackenzie volviera del trabajo podrían hablar. Sentarse con un poco de té y enfrentarse a ella.

El amo Jeremiah no le permitiría regresar si no conseguía a la bonita pelirroja. Abandonó su rol de mujer entregada, sumisa leal que agachaba la cabeza con gozo cuando su amo le ordenaba, y volvió a ser Leila Deligiannis, reconocida abogada que defendía víctimas de abuso sexual. Fue la primera vez desde el término de su doma que impuso sus deseos

ante su amo.

Sería una joda que ahora que tenía una oportunidad, se dejara avasallar por un lugar desconocido… a menos que conociera a alguien familiarizado con las calles y su gente.

Casi parecía de fábula el que de verdad conociera a *alguien* que estaba acostumbrado a esas calles. Y sólo le tomó diez minutos llegar después de que ella le enviara un mensaje.

La sonrisa que se dibujó en sus labios, segundos antes de abrir la puerta para Ryan, delató sus intenciones cuándo él la vio. Tan alto como lo recordaba, solo unos centímetros más pequeño que el amo Jeremiah. Ahora luciendo una poblada barba en su rostro.

—Hola de nuevo, Leila —saludó besando sus nudillos. Como siempre hacía durante *su* doma.

—Te ves guapo con la barba —añadió ella, cuando liberó sus manos.

Ryan la acarició, su sonrisa era distante, claramente pensando en su novia.

—Fue idea de Amera. Siempre ha tenido ese gusto por hombres con barba… no puedo decir me arrepiento de que me haya obligado a dejarme la barba. Me gusta.

Ella estiró los brazos para tocarle el rostro. No había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron, apenas unos meses desde la última fiesta de Joanna. Sí, su Amera tenía toda la razón, él nació para llevar barba.

—¿Me llevarías de compras? —sus ojos brillaban con inocencia, pero sus manos le ordenaban.

—Seguro, imagino que Mackenzie no ha tenido tiempo de darte el tour.

Leila prefirió no responder. Fue hacia su habitación con pequeños saltos, y regresó con su bolsa de mano y un suéter ligero colgando de sus hombros.

Amera soltó su trenza luego de despedirse de su paciente.

Fue a recostarse sobre el diván, tapándose los ojos con el antebrazo. Creía que sería más fácil con el tiempo, escuchar a pequeños que tenían problemas que les aterraban, miedos a los que no podían encontrarles

origen. Y monstruos que venían por las noches. Pero no lo era. Si acaso con cada nueva sesión se sentía más angustiada.

También estaba la felicidad. Dentro de poco terminaría su especialización, tendría su doctorado y estaría autorizada para dar terapías. Tendría el poder de hacer más que sólo charlar con ellos, los ayudaría e impediría que el dolor siguiera siendo parte de su día a día. Tan sólo unos meses más, un poco más de tiempo y finalmente sentiría que logró alcanzar sus sueños.

—Estoy que me lleva la mierda —gritó Mac, tirándose en el sillón dónde Amera daba sus consultas.

—¿Otra vez el médico de guardia?

—¡No! Ojalá fuera eso, debo tratar a mi paciente por quemaduras de tercer grado —comenzó. Amera se sentó, intuía que no sería una "esto harta de mi trabajo" charla—. El doctor Owen dijo que yo sería la residente que entre a quirófano con él pero… no sé si pueda.

—¿Es muy grave? —Amera cambió de asiento, Mackenzie soltó el peso de su cuerpo, dejando caer su cabeza en las piernas de Amera.

Eso le ayudó a intuir que la respuesta era sí.

—Fue su tío —murmuró Mac—. Su tío le arrojó agua hirviendo cuando ella se resistió a él… sólo tiene trece años y ella…

Apretó los ojos cuando sintió que su garganta se cerraba. Tapándose el rostro con uno de los cojines. Amera conocía ese gesto, se estaba resistiendo para no llorar. Nunca lloraba en el trabajo, no quería mostrarse vulnerable ante nadie. Y Mackenzie se estaba reflejando en esa pequeña.

—¿Le contaste algo al Doctor Murphy? —su amiga gruñó en respuesta.

No. Por supuesto que no, ¿qué motivos tenía ella para confiarle su pasado al médico de guardia? No era más que el más reconocido cirujano plástico del país, y el ídolo de Mackenzie desde la preparatoria. ¿Qué iba a saber él de traumas por quemaduras?

Amera suspiró, seguramente Mac le gruñiría si decía sus ideas en voz alta.

—Al menos dile que te preocupa algo, no creo que tengas otra oportunidad así de nuevo, Mac.

—¿Y qué putas le digo? —murmuró, quitándose el cojín de la cara. Mostrando su expresión de odio hacia su amiga.

—La verdad diluida. Dile que una vez tuviste un accidente muy feo y tuviste un episodio de eso al ver a la paciente.

Las cejas pelirrojas de Mackenzie se encontraron en el centro de su frente.

¿Un accidente? Sí, podía hacer eso. Era muy buena para mentir, lo hacía con tanta facilidad como respirar. Owen Murphy le creería si se lo contaba, tenía la ventaja de que el doctor tenía grandes esperanzas en ella. Quizá se mostrara comprensivo con ella.

—¿Comemos juntas? —preguntó Mac, con una fingida sonrisa de inocencia.

—Pero tú pagas, la semana pasada pagué yo.

Mackenzie respondió con un bufido, cómo si pagar la comida fuera una de sus preocupaciones. Únicamente quería una excusa para salir del hospital, sentarse en una lujosa mesa redonda en la cafetería y comer. Recibir un poco de aire fresco, como su madre decía cuando ella se rehusaba a salir de su habitación.

El descanso era uno de los pocos momentos dónde ambas podían relajar los hombros, era cuando Amera podía descargar todo el estrés de su examen, cada día más cerca, la emoción de la boda, también, más cerca con el paso de las horas… y el tema favorito de Mac, su prometido.

—¿Has buscado regalos? —soltó repentinamente. Segundos después de que se sentaran en su mesa habitual—. Para mí, claro, ¿has buscado?

—Eh… ¿no habíamos dicho que yo usando un vestido sería tu regalo?

—Sí, y después dijiste que no usarías vestido porque te sentías muy incómoda —Amera abrió su bote de yogurt, comiéndolo a pequeñas cucharadas—. Entonces… ¿me darás un regalo de bodas? —aleteó las pestañas, sabedora de que Mac era débil ante ese gesto.

La vio apretar la mandíbula, fruncir los labios y comer, buscando evadir la respuesta.

—¿Una caja de chocolates te satisface? —soltó. Rendida ante la insistente mirada de la rubia.

Los ojos de Amera brillaron con emoción. Mackenzie podría parecer como una cobra real la mayor parte del tiempo, lista para atacar a cualquiera,

preparando el veneno y burlándose de otros. Y ella sabía que en el fondo todo era una fachada. Además, de la misma forma en que Mac disfrutaba molestarla diciendo que Ryan parecía un anciano con su nueva y sensual barba, Amera llevaba a su amiga al límite, fingiendo que las cosas materiales eran lo único que esperaba de su amistad. Eso, y tocando las fibras sensibles de Mac.

—Claro, Ryan es alérgico al chocolate, más para mí —canturreó, dándole un empujoncito en el hombro.

Mackenzie respondió con una risita.

—¿Está ocupado el asiento? —preguntó una voz ronca. Rasposa, hasta cierto punto atractiva.

Amera fue la primera en poner los ojos en blanco. Mac fue la siguiente, recorriendo al dueño de aquella voz con los ojos, de arriba abajo, manteniendo la burla en la punta de la lengua. Si ella realmente fuera una cobra real, ahora sería el momento en que sesearía, advirtiéndole al enemigo antes de arrojarle veneno, desplegando su capucha.

El médico de guardia, conocido entre las residentes de cirugía como Ze'ev, dibujó su sonrisa de actor de Hollywood. La misma que podía hacer que las compañeras de Mac se derritieran como colegialas. Mackenzie se visualizó como una cobra real, irguiendo su largo cuerpo, mostrándose intimidante con la capucha y preparándose para atacar. Lista para morder.

—Lo está, doctor —respondió, subiendo las piernas en la silla libre—. Mis piernas están muy agotadas, y descansar antes de asistir al doctor Murphy en cirugía. Tú entiendes, ¿cierto?

Sin apartar sus ojos, de un azul brillante y helado, en los de él, marrón y oscuros, Mackenzie alcanzó su vaso de licuado, mordió el popote mientras bebía. Sus cejas se arquearon con elegancia, invitándolo a retarla, a responder.

Para cualquiera de los residentes viendo la escena se interpretaba así: Mackenzie buscaba un retador, alguien que pudiera presentar un desafío, solamente para llamar la atención y quizá salir con un médico de guardia. Tal como sucedía en televisión.

Para Amera, que ya había presenciado la misma situación desde hace dos semanas, Mackenzie ya estaba perdiendo la paciencia. Ze'ev se encaprichó con Amera sin razón, sólo porque le parecía inaudito que la arisca pelirroja residente de Owen tuviera una amiga tan guapa, alguien con una risa encantadora y… ¡blah! Pura mierda. Si Mac se daba la libertad de mostrarse "coqueta" con él, era porque se preparaba para algo

peor.

—¿Entrarás a quirófano? —Mackenzie aleteó las pestañas, imitando el gesto de Amera—. Vaya, buena suerte entonces.

—Sí, ahora sigue con tu camino, Wilson —rugió en voz baja.

Externamente, todos veían el mismo gesto provocador de Mackenzie. Sólo Ze'ev Wilson, hermano mayor de Gaynor, la chica con quien ella acababa de terminar una relación reconocía el tono de su voz. La cobra acababa de lanzar una mordida de amenaza.

Ze'ev buscó a Amera con los ojos, pero ella mantenía la barbilla recargada en el dorso de su mano, agitando el dedo anular, dónde orgullosamente exhibía su anillo de compromiso. El mismo de oro blanco que Ryan le dio durante la noche de graduación.

—Camina, Wilson —repitió Mackenzie. Y en ese momento, en su imaginación, la cobra estaba devorando a la pequeña e inofensiva serpiente ratonera.

Ze'ev contuvo la respiración. Conocía su carácter, después de todo, fue él quien le dijo a su hermanita que no le convenía acercarse a ella. Recogió su bandeja de la mesa, pretendiendo que lo llamaban para atender algún paciente.

—Lo detesto —murmuró Amera, cuando desapareció de su campo de visión.

—Descuida, yo te cubro, Ame.

Sin bajar las piernas de la silla, siguieron comiendo tranquilas. Como si aquella escena no hubiera sucedido jamás.

Ignorando el hecho de que la cobra se volvía un ovillo, descansando después de proteger el nido dónde protegía sus crías.

Capítulo 5

Capítulo 5

Para tener confianza con el paciente

Amera alzó los pulgares en señal de apoyo, deseándole suerte a Mackenzie para su operación. No sabía mucho acerca del proceso, su conocimiento era poco, sobre todo lo que su amiga tuvo que vivir para tratar de curar su propio daño. Así que le deseaba lo mejor, tanto para ella como para la chica a la que le harían el… ¿cómo lo llamó Mac? ¿Injerto de piel?

Sí, eso.

Para cuando Amera logró recordar el nombre, Mac ya se había dado la vuelta, con las manos en los bolsillos de la bata, caminando con total seguridad hacia el piso de cirugía. Preparada en todo sentido. Su charla durante el almuerzo le ayudó para recobrar la calma, e iba a asegurarse de darle la mejor piel a esa guerrera, una joven con más fuerza de la Mac pudo tener a su edad. Sólo de pensarlo, revivir los recuerdos y la ansiedad, Amera se sintió aterrada.

No quería ni imaginar lo mucho que dolería una quemadura así.

Porque pensar en una habitación esterilizada de hospital, le traía recuerdos del cumpleaños de Ryan. Cuando su padre descubrió su relación y él… no. No iba a permitirle a Gilbert Áilleach seguir atormentando su vida. No tiraría siete años de tratamiento psicológico para superar el trauma, borrar para siempre el recuerdo del pánico en ese entonces. Respiró profundo y contó hasta diez. Al soltar el aire, no había ningún pensamiento más alrededor de esa bestia.

—¡Amera! Menos mal te alcanzo —Emily, una de sus compañeras en el área de psicología, se colgó de su brazo—, verás… necesitamos tu opinión experta.

—¿En qué? —el teléfono comenzó a vibrar dentro de su bolsillo—. No tengo experiencia en nada grandioso, ¿quién me necesita? —cuatro timbrazos después colgaron. Era Ryan.

—Hay un niño *insoportable* en su primera sesión —Amera frunció los labios, odiaba que hicieran eso con los niños—. Y como tú estás en proceso de adopción, pensamos que…

—Yo lo atiendo, pero que te quede claro, Emily, tratar a un niño de "insoportable" no forma parte de un tratamiento —con un movimiento de

brazo, se zafó de su agarre. Acentuando las comillas—. Además, mi vida personal no debería de ser una excusa para que te zafes de tus prácticas.

Emily rezongó, imitando a Amera cuando ella se dio la vuelta.

Amera volvió a contar, apretando el puente de su nariz mientras iba a su consultorio. Jamás, en ningún jodido momento de la vida, perdonaría a Gaynor por abrir el hoyo que tenía por boca en el hospital.

Esa niña, una desagradable y caprichosa criatura, la escuchó mientras hablaba con Ryan sobre las posibilidades de adoptar; una noche que fue de visita junto con Mackenzie. Ya habían pasado tres años desde que Ryan se había operado, y en ese momento tan sólo transcurrieron unas semanas desde que ella se recuperó completamente de la suya. Fue una larga conversación, llena de gritos, llanto y noches en las que durmieron separados, pero al final ambos llegaron a la misma conclusión.

Debido a su genética, lo más saludable para su relación (y futuro matrimonio), era evitar que ella quedara embarazada.

Ni siquiera habían recibido respuesta de la asistente social, cuando Gaynor empezó a contarle a todos los residentes sobre eso. Ese fue el detonante para que Mac terminara su relación con ella, porque ¿qué tipo de relación era esa? Su novia ni siquiera podía cerrar la boca en temas delicados. No quería ni pensar en lo que diría si hubieran… de cualquier forma no importaba, Mac le puso un fin antes de que de verdad sucediera una tragedia.

—¿Diga? —contestó, cuando volvió a sonar el teléfono.

—Oh, ¿estás ocupada, amor? Puedo llamar más tarde.

Su corazón dio un salto. La estúpida sonrisa de una adolescente de quince años volvió. No quería que la sensación desapareciera. Sentir que su relación era nueva, a meses de casarse, era la sensación más bonita que conocía.

—Para nada, bueno, estoy por ir con un paciente, ¿sucede algo, amor?

—Voy a llegar tarde a la casa, Leila me pidió ser su guía turístico —Amera guardó silencio, tratando de adivinar a que lujosas tiendas, la sumisa de Jeremiah arrastraría a su novio.

—Entiendo, ¿quieres que yo prepare la cena?

—Si quieres, iba a invitarte a cenar fuera… ya que estoy en la calle.

Y estaba de vuelta. Las mejillas calientes, la sonrisa estúpida. Absoluta felicidad.

—No voy a rechazar tu oferta, por supuesto que quiero cenar fuera.

Le comunicó a Ryan la hora en la que terminaba su turno, tanto para que él estuviera preparado e ir a recogerla, como para hacer la reservación. Ser nombrado el director de la nueva rama que su empresa abrió en Inglaterra, les estaba regresando la sensación de dinero infinito que tuvieron cuando eran adolescentes. Una de las pocas cosas que extrañaban y era difícil olvidar. Pero se despidió de él rápidamente para volver a su trabajo.

Puso el teléfono en modo silencio y lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

En su consultorio, golpeando suavemente la pecera en el fondo, había un niño. Viéndolo de espaldas pensó que no podría tener más de cinco años, tal vez cuatro. Su cabeza se movía siguiendo a los peces, y su dedo, más que golpear, tocaba el cristal. Fascinado con la velocidad que se dispersaban los pececitos.

Tocó la puerta anunciando su llegada. El niño se sobresaltó y dio un brinco para alejarse de la pecera. Parecía arrepentido, hasta cierto punto asustado de verse atrapado con las manos en la masa.

—Hola, ¿tú eres, Craig? —su cabecita rubia se agitó de arriba abajo—. Mucho gusto, Craig, mi nombre es Amera.

Amera se acuclilló frente a él, con la mano extendida a la espera que él la estrechara. No tenía mucha experiencia con niños tan pequeños, hasta ese momento, solo había trabajado con adolescentes y algunos niños entre nueve y once años. La simple idea de tener a alguien tan frágil a su cuidado le aterraba, nunca estaba segura de cuáles serían las palabras apropiadas para iniciar una conversación, sí acaso aquel pequeño se sentiría en confianza con una broma. Si debía comportarse de forma profesional, saludando como lo haría con cualquier adulto.

Era el momento más aterrador de cada consulta.

—Hola.

Craig respondió, escondiendo ambas manos en su espalda. Amera dejó salir el aire lentamente, no era una respuesta que hubiera esperado, si acaso, hubiera imaginado al pequeño golpeando su mano para rechazar su saludo. Se levantó alisando su falda antes de sentarse en el sillón, invitando al pequeño para sentarse frente a ella. Él miró el largo diván de color bermellón, encogió los hombros hasta tocar sus orejas y luego,

mientras arrastraba los pies con largos pasos, se subió y tomó asiento. Apartando la mirada.

—Entiendo que estés nervioso, ¿quieres escuchar un secreto? —Craig volteó, asintiendo—. Yo también estoy un poco asustada. Todavía soy una estudiante, ves, es mi primera vez atendiendo un niño tan pequeño como tú.

Craig se arrastró hasta la orilla del asiento.

—¿Estudiante? ¿Te dejan hacer esto cuando estudias?

Amera se llevó un dedo a los labios, fingiendo que pensaba en una respuesta. En realidad, quería darle una falsa sensación de suspenso, ayudaría para hacerle creer al pequeño que ahora estaba involucrado en una situación peligrosa pero emocionante.

—Sí. Verás, me gradué en psicología y obtuve mi título más mi certificado para dar consultas, pero eso no es lo que yo quiero hacer.

—¿Y qué es? —Craig se arrastró más a la orilla. Dejando las piernas colgando, balanceándolas como haría un perro mostrando felicidad.

—Terapía infantil —el niño dio un respingo, retrocediendo hasta sólo dejar colgando las espinillas. Sus hombros se encogieron—. Cuando era un poco mayor que tú también visite a un psicólogo antes de ir con un psiquiatra —el pequeño cuerpo de Craig se encogió un poco más—. También estaba muy asustada en mi primera sesión…

—¿Por qué te enviaron?

Craig encogió las piernas contra su pecho, abrazándolas.

Amera logró identificar una pequeña parte del problema, guiándose por los dos gestos más frecuentes. Encogerse y abrazar algo con fuerza. Alguien cercano, fuera familia o en la escuela, lo acosaba con aterradora frecuencia, orillándolo a buscar consuelo dónde pudiera sentirse protegido. Tal vez tuviera un padre de ideas extremistas, obligándolo a creer que por ser hombre no tenía permitido mostrar debilidad o miedo. Sino su padre un familiar directo.

—Esquizofrenia —murmuró. Craig se cubrió la boca con ambas manos, esforzándose por no gritar—. Me la diagnosticaron cuando intenté cortarme las manos con un cuchillo, desde entonces, todos los días me tomó un pequeño coctel de medicina. No va a curarme, sólo hago lo posible por vivir tan normal como me sea posible.

Su profesor, Harold y todos los especialistas que visitó durante el proceso de su certificación le dijeron lo mismo; no te abras con el paciente el primer día. Podía ser contraproducente, las posibilidades de aterrarlos y verlos desaparecer, su opinión era distinta. Jamás le diría eso a un adolescente, o un niño de doce años, con total seguridad ellos se burlarían; afirmando que la terapía era para lunáticos. Sin embargo con los pequeños no funcionaba así. Ellos eran listo, más listos de lo que se les daba justicia, cuando eran honestos con ellos, los tratabas como personas inteligentes y capaces de comprender el mundo, respondían de la misma forma.

—Mi tío dice que no debería de llorar —Craig recargó la barbilla sobre sus rodillas—. Mis compañeros de clase de molestan, dicen que… que yo… dicen que porque tengo una cara bonita voy a crecer para ser gay —contuvo la respiración, probando el punto de Amera—. Ellos…

—Antes de continuar, Craig, necesito hacerte una pregunta muy importante —él asintió—. ¿Sabes lo que es ser gay?

Las lágrimas desaparecieron de su rostro. Aflojó el agarre en sus piernas, su rostro permaneció sereno mientras pensaba, tratando de encontrar la respuesta. Enderezó la espalda un par de veces, listo para dar una respuesta inteligente, antes de hablar, cerraba la boca y volvía a recargar la barbilla en sus rodillas.

Amera vio el reloj sólo una vez, llevando el control del tiempo de consulta.

Sus compañeros podrían haberse desesperado de no obtener respuestas, ya le habrían dado la respuesta sin una sola oportunidad de que él usara la razón. Bueno, quizá Dylan se hubiera esperado igual que ella, él poseía una paciencia infinita para los niños. Le gustaba mucho charlar con él, sentía como sus conversaciones avanzaban hacia resultados satisfactorios.

No callejones sin salida.

—Perdón, no sé lo que es ser gay.

Amera cruzó las piernas, sonrió en dirección de Craig, dejando su teléfono en el brazo del sillón, así no le pondría atención.

—¿Sabes que hay personas que se sienten atraídas por su mismo sexo? —él volvió a asentir; arrastrándose a la orilla del diván—. Bueno, se les conoce como homosexuales, “homo” quiere decir uno, igual. Con los años se les ha dado el hombre de “gay” o “lesbiana” a las personas homosexuales —Craig miró al techo, su rostro parecía iluminado con el

descubrimiento.

—Pero a mí me gustan las niñas —confesó entre risas, balanceando las piernas, otra vez.

—Me da la sensación, Craig, de que tus compañeros están celosos.

El tiempo restante de la sesión, Amera le explicó como veía ella la situación. Los niños que lo molestaban eran conscientes de los gustos de las chicas, muchachos de piel blanca, altos y rubios, preferentemente con ojos claros. Si tenían músculos ya era una ventaja. Craig se rio varios minutos, imaginando que él podría crecer como alguien así. También le dijo que chicos como él, difícilmente tenían problemas para conseguir novia, a diferencia de chicos como sus compañeros, agresivos y violentos, lucharían toda su vida por una relación estable.

Aunque él pequeño no comprendió al instante todo lo que le dijo, le quedó claro el mensaje importante; lo molestaban por celos.

—Temo que eso es todo por ahora, Craig.

—¡¿Qué?!

—No podemos resolver los problemas del mundo en una hora —se levantó del sillón, extendió una mano hacia él, invitándolo a pararse a su lado—. Dile a tu mami que nos vemos la próxima semana, a la misma hora, ¿vale? Podemos hablar sobre tu tío si te sientes listo.

Al salir, Craig aceptó el apretón de mano, le dedicó la más ancha y brillante sonrisa que tenía en su rostro salpicado en pecas y raspones.

—Gracias por escucharme, doctora Amera.

—Gracias a ti, Craig, por confiar en mí.

Mackenzie subió los pies en la banca afuera del hospital, era pequeña y angosta, demasiado incómoda para soportar el estrés del quirófano, pero tendría que funcionar para el futuro inmediato. Por lo menos durante cinco minutos, el tiempo que le tomaría a Amera despedirse de los inútiles con los que trabajaba, recoger sus cosas hacer una llamada al idiota de su novio y salir a encontrarse con ella. Lo más fácil de la espera era el viaje en coche.

Por desgracia. Maldita jodida vida. Tendría que quedarse en el hospital para hacerle seguimiento a la chica. Oh, pero no lo decía como queja, simplemente detestaba pasar tiempo con los residentes. Estúpidos,

llorones, patéticos residentes que necesitaban una niñera que los llevaba de la manita a todos lados.

Los odiaba.

[…] *—¿Una pijamada, Kenzie?*

Estrujó sus dedos, manteniendo la vista clavada en la alfombra. No tenía idea de dónde salió el valor para preguntar, ni porqué pensó que le darían permiso, pero al ver a Amera emocionarse, planear y tomando en consideración la comida y películas, supo que no diría que no.

La estúpida de Amera Áilleach la invitó a una pijamada. Sabía que muchas chicas se reunían así para cotillear, bromear y burlarse de otras chicas, además de hablar de sus novios. Estaba aterrada por tener que desnudarse frente a otros, ni siquiera le gustaba verse en un espejo, menos quitarse la ropa frente a un grupo de arpías juveniles, listas para hacerla pedazos.

Amera, por cierto, dijo que sólo serían ellas dos. Lo prometió.

—Mi am… amiga me invitó.

Deidre, salió de la habitación, empujó a su esposo al pasillo y así, con un movimiento de muñeca, lo apartó de la conversación.

—¿La pequeña Áilleach? —preguntó con la mínima cantidad de movimientos posibles. Sonreía como Mackenzie recordaba, enviando calor y fantasía hacia su pecho. Mac asintió—. ¿Serán sólo ustedes? —volvió a asentir.

—¿Puedo ir, mami? —las manos le temblaron al preguntar. Apenas había terminado de aprender el lenguaje de señas, siempre sentía miedo de insultar a su madre por accidente.

Casi parecía estúpido pensar eso, Deidre cubrió sus manos con las suyas, llevándolas a su pecho mientras gesticulaba; «claro que sí».

Amera y su estúpido hermano Ryan fueron a recogerla a su casa. Él conducía porque ella no tenía licencia, además no podía dejar a su hermana ir a ningún lado sola, era su deber como el hombre de casa, cuando sus padres no estaban, mantenerla segura. Incluso Mac, que nunca hablaba con él, notaba lo incómodo que era la situación. Si pudiera, dejaría que Amera se moviera sola. ¿Sería tan cruel para hacerlo?

Se mantuvo callada durante el viaje. Escuchando el interminable monólogo de Amera. Pasó toda la tarde preparando su habitación, sacó un colchón para ese momento, tendió la cama y, contra su voluntad, Ryan le ayudó a subir el microondas al segundo piso, podrían comer todas las palomitas que quisieran mientras veían películas. ¡Y la pizza! Ryan accedió a comprarles pizza para tener algo extra en el estómago.

—¿Tú hermano no sabe decir que no? —miró al frente.

Ryan escapó de su mirada, apretó el volante sin cambiar la velocidad.

Era un idiota. […]

—Perdona la demora —Mackenzie se sentó en la banca, Amera luchaba por cubrir su cuello con la bufanda.

—Descuida, ¿todo salió bien?

—Yo debería preguntar eso, ¿qué tal la operación? ¡Oh, lo olvidaba! Ryan me llevará a cenar, ¿quieres venir? No conmigo, claro, seguro volveremos a casa para follar, Leila estaba turisteando, seguro tiene tiempo para cenar en otra mesa, ¿te interesa?

Diez años en el pasado le habría puesto los ojos en blanco. Mackenzie de una década atrás no hubiera soportado escucharla hablar así.

Vaya que se sentía glorioso disfrutar de su voz hablando sin parar.

—Me encantaría, pero debo quedarme la noche, mi paciente necesita monitoreo.

La emoción en el rostro de su amiga desapareció. Hizo un puchero y preparó sus lágrimas falsas, las utilizaba todo el tiempo para obligar a Ryan a ceder a sus caprichos, con Mackenzie nunca funcionaron. Y eso que eran amigas desde siempre.

—¿Y si te traemos la cena?

Mackenzie alzó la comisura de sus labios.

—Por favor que venga con extra picante.

Capítulo 6

Capítulo 6

Dónde la gacela se volvió depredador

Caminar por los pasillos del hospital, especialmente de noche, siempre le producía una relajante sensación de seguridad. Era consciente de la realidad, no sucedían cosas buenas en algunas ocasiones, si se descuidaba o no miraba con cuidado el camino, podría terminar como aquella pobre enfermera; violada y despedida por tratar de denunciar al doctor que abusó de ella y arruinar la reputación del hospital.

Aunque tampoco es que fuera tan estúpida como para no cuidar su periferia con cada paso, sabía exactamente dónde estaban las enfermeras del piso, conocía los exactos movimientos de los residentes y los internos. Y aunque fuera el caso de que alguien quisiera atacarla (lo cual era aún más estúpido), terminaría con el rostro embarrado en la pared más cercana y un brazo torcido, probablemente en peligro de romperse.

Eso eran sólo unas cuantas cosas de permanecer hasta tarde en el hospital que la mantenían alerta. Muy pocas. Lista de todas las circunstancias y situaciones que disfrutaba de cuidar a un paciente durante la noche, era mucho más larga. Empezando con la tranquilidad.

Sí, eso era lo que más disfrutaba.

—¡Mac! ¿Te quedas la noche?

Cuando sucedía.

Quitó los ojos del historial médico de la chica, sosteniendo la pantalla bajo su brazo mientras Gaynor se acercaba a ella con saltos infantiles. No era su interna, lo cual era una fortuna, hubiera sido una absoluta pesadilla mantener una relación con alguien que debía de ver todo el día, todo el tiempo. Tampoco terminaba de entender que hacía todavía en el hospital a esas horas.

—Iba de salida, pero si necesitas ayuda puedo quedarme un poco más.

Mac la vio atorar un mechón de cabello detrás de su oreja. Un gesto que aprendió a leer cuando se escapa de su residente para hablar con ella, el lenguaje habitual de una mujer, cuando deseaban coquetear con alguien, era fingir una risa infantil, mirar fijamente a la persona y atorarse el cabello detrás de la oreja. Gaynor había creado su propio lenguaje con el paso de los años. Más específico, cuando se dio cuenta de su sexualidad. Sí movía su cabello era porque deseaba llamar la atención, que

preguntaras si algo estaba mal.

Detestaba admitir con cuanta eficiencia funcionó las primeras veces, al punto que gracias a ese simple movimiento Mac se interesó en ella.

Ya no más.

—No, estoy bien. Puedes volver a casa sin culpa.

—Bueno —insistió, caminando al paso de Mackenzie—, tal vez con un poco de ayuda extra puedas salir temprano.

—No será necesario, voy a quedarme monitoreando al paciente.

«Al paciente». Siempre cuidaba mucho el tono de voz que utilizaba con sus compañeros, no formaba parte de sus planes darles indicios de preocupación, pasaría por el hospital (por lo menos hasta su especialización), como la chica a la que no le importaban los sentimientos del paciente. Sería la doctora que nadie quería en su equipo porque no mostraba emociones. Aunque fuera lo contrario en la realidad. Hasta el momento sólo Amera sabía que se quedaba hasta tarde cuidando a sus pacientes, cuando se trataba de casos graves, como el día de hoy.

Todos sus compañeros creían que volvía a casa tan pronto terminaba su turno. Quería que siguiera siendo así, no le gustaba mostrar la suavidad de su sonrisa a otros. Cuando se quitaba la máscara de arpía y sus rasgos se volvían blandos, lo hacía para tranquilizar a las personas recostadas en la camilla. Conocía el miedo del hospital, el pánico de ver personas en bata caminar frente a ti sin darte una respuesta. Desconocidos que se paraban al pie de tu cama para leer tu ficha clínica, estudiantes con caras aterradas durante las rondas matutinas.

El desagrado y lástima en sus ojos ante una víctima de quemaduras.

—Oh, no sabía que había que…

—El doctor Murphy me pidió hacer el chequeo —Gaynor arrugó la nariz al verla desaparecer por el pasillo.

Conocían al cirujano plástico, no era popular por mostrar preferencia en los residentes o internos, si acaso sólo se mostraba arrogante con un compañero cirujano, fuera de cardio o pediatría, aquel hombre miraba a todos somo seres inferiores la mayor parte del tiempo.

Dada la velocidad de sus pies, Mackenzie se fue sin escucharla.

Para Mackenzie, girar en el pasillo fue un alivio.

La máscara cayó al suelo sin que tuviera oportunidad para sostenerla, mantenerla un poco más cubriendo el dolor que tanto esfuerzo le costaba ocultar. Amera estaba al otro lado del pasillo, mantenía un brazo entrelazado con una piel morena como el cacao sin refinar, incluso con su mirada fija en la unión de los codos reconocía a la dueña del brazo.

Ante los ojos de alguien más, juzgarían su ceño para llegar a la conclusión de celos. Tardarían años en poder leer su rostro con la misma facilidad que Amera. Quién solamente inclinó la cabeza a un costado y le sonrió.

—Pareces hambrienta, ¿has comido algo desde que hablamos?

—¿Tengo cara de tener tiempo para situaciones tan mundanas como la comida?

La rubia, junto a la morena que convertía sus rodillas en gelatina, llegaron a su altura. Amera rodeó su brazo como hacia con Leila y recargó la cabeza en su hombro. Hubo un tiempo dónde Mackenzie rechazaría su contacto, retrocedería para abrazarse, cubrir sus brazos y apartar la mirada. Era tan refrescarte ver que después de todos estos años, especialmente después del último año de preparatoria, logró mejorar su actitud hacia su mejor amiga.

—Ven, te haré comer así tenga que hacer que Leila te dé en la boca.

¿Qué?

El pulcro y estéril suelo del hospital se convirtió el alquitrán, manteniendo la suela de sus zapatos estancada en su sitio, Amera siguió hablando, haciendo bromas sobre lo cómico que sería ver ese escenario, la ruda y todo músculos de Mackenzie abriendo la boca para comer. Su voz se volvió un lejano murmullo conforme avanzaba su monólogo. Leila, por supuesto, no respondería, no estaba siquiera segura de que fuera capaz de leer todas las palabras que decía. Ya que al no usar el lenguaje de señas, seguirle el ritmo sería complicado.

Tampoco encontraba una explicación de *porqué* parecía no escucharla. Estaban frente a ella, a unos pasos de distancia. Seguían en el mismo lugar desde hace quince segundos. Quince tortuosos segundos durante los que las funciones inteligentes de su cerebro se apagaron.

—¿No vienes, Mac?

—¿Eh?

Leila fue quién sonrió en ese momento, se soltó de Amera para tomar su brazo.

Si hubiera sido un gato, su pelaje se erizaría y su cola se mostraría esponjada, una clara señal para el resto de los seres vivos para mantenerse alejados. Los felinos usaban su cuerpo para expresar enojo, miedo o disgusto. En el caso de Mackenzie, el pelaje erizado reflejaría incomodidad.

La piel de Leila era tersa, suave a comparación de la suya, comúnmente reseca porque olvidaba utilizar crema humectante. Sentir su mano deslizarse sobre el dorso de la propia y entrelazar sus dedos para impedir su escape, fue por poco, la situación más aterradora jamás vivida.

¿Cómo algo tan simple como tomarse de la mano podía sentirse tan… erótico?

Leila se inclinó al frente para verla, asegurándose de convertirse en el único objetivo de su campo de visión. Amera sería incapaz de ver su rostro desde esa posición, lo cual le beneficiaba bastante, porque en ese momento, sintiendo la tensión de Mackenzie bajo su agarre, ella también tiró su máscara.

Para Jeremiah y el resto de sus conocidos, era Leila, sumisa devota y entregada a su señor. La joven de suaves sonrisas, mirada tímida y cabeza eternamente agachada, siempre mostrando su nuca a su señor, dócil.

Justo ahora, en ese instante, tenía la expresión digna de un depredador. Sabía muy bien lo que quería y en su mano poseía todas las armas necesarias para lograrlo.

Mackenzie era un pequeño e indefenso gato escoses ante la impotencia y elegancia de un chita.

Sólo hasta sentir el apretón en su mano, logró despegarse del alquitrán.

Sin cómo ni cuándo, Leila le había puesto una correa alrededor del cuello. Y no le estaba dejando espacio para mantenerse alejada.

Capítulo 7

Capítulo 7

De pesadillas y monstruos

La sensación de culpa por haber dejado a Ryan esperando en el coche, durante la media hora que ella y Leila tardaron en volver a cenar con Mackenzie, desapareció como el dibujo que haces por la noche en la arena; cuando sube la marea. Ni siquiera recordaba haberse detenido a pensar en el pobre hombre que estaba locamente enamorado de ella, con la misma intensidad que ella lo amaba. Porque cualquier sentimiento de culpa, dolor o arrepentimiento que tuvo fue reemplazado por cansancio. Ya estaba acostumbrándose a sentirlo.

Leila iba con las piernas extendidas en los asientos traseros, Ryan accedió a colgar una pequeña linterna en el techo para permitirle leer durante el viaje, así que no fue capaz de darse cuenta del cambio de expresión en su rostro. Llevaba puestos los audífonos que bloqueaban el ruido a su alrededor y le ayudaban a controlar sus migrañas, solamente si alguien la movía se daría cuenta de que sucedía algo. Ryan, por otro lado, notó la perdida de alegría en su rostro desde el momento en el que sacó el teléfono de su bolso para responder a la llamada entrante.

Le daba las gracias a Mackenzie por el consejo, añadir el número de Ze'ev Wilson le daba la libertad de colgar o borrar el mensaje sin tener que leerlo. Salvo que en esta ocasión leyó el mensaje tres segundos antes de recibir la llamada. Trató de no fruncir los labios durante varios segundos, mientras más se esforzaba por mantener una cara de póker, le salía más natural mostrarse molesta. Tanto así que Ryan le quitó el móvil sin darle una oportunidad para reaccionar.

—Ryan Ái… Welsh, ¿con quién me comunico?

Amera se tensó en el asiento.

Pasaba, eran ocasiones muy raras e incómodas, pero todavía había momentos dónde el instinto protector de Ryan salía a flote, su mente siempre lo obligaba a dar el nombre de su padre, porque recordaba el poder que venía acompañado. Porque durante el primer año que vivieron en el proceso de desligarse de aquel hombre, eran capaces de usar el nombre Áilleach y ser respetados. Incluso tiempo después de que Gilbert Áilleach, su padre, fue arrestado y despojado de todos los títulos y beneficios que acompañaban su nombre, ellos todavía podían utilizar el nombre. Fue en tiempo que trataban de acostumbrarse a su nuevo

nombre, que se volvió complicado.

Ryan se volvió “huérfano” y decidió llamarse Welsh, Insistió durante meses en que lo que él necesitaba no era permanecer unido a la familia, aunque fuera el único unido por sangre a ellos, para beneficio de su salud mental y por seguridad de su control de ira, necesitaba un inicio nuevo.

Amera fue la que decidió conservar el nombre. Cuando alguien le preguntaba, ella respondía con voz baja y orgullo que era hija de Qwin Áilleach, el hermano gemelo de su padre. Su abuela no fue capaz de convencer a Ryan de utilizar su apellido de soltera, al menos para mantenerlo dentro de la familia, ella no tuvo corazón para rechazar el calor de la familia que se quedó a su lado dándoles apoyo día tras día.

—Soy el doctor Wilson del Royal Liverpool University Hospital, quisiera comunicarme con la señorita Amera, si es posible.

Ambos se miraron, aunque no tuviera el teléfono en altavoz, ella escuchó claramente. Alzó un hombro, en realidad le daba lo mismo si lo comunicaba o seguía hablando él. Ya estaba harta de tener que lidiar con ese hombre todos los días desde el mes pasado.

—No se encuentra disponible por el momento, ¿hay algún mensaje que necesite hacerle llegar a mi prometida? —Ryan alzó las cejas, era un gesto que normalmente significaba «no tengo tiempo para tus estupideces». Amera se mordió la lengua para no reírse.

—Es un asunto privado, ya me comunicaré después.

El doctor Wilson colgó, antes de que Ryan pudiera responder. Le devolvió el teléfono a su novia, tratando de no reírse.

—¿Y si recurrimos a la última línea de defensa, mi amor? —sugirió él, buscando el control del garaje dentro de la guantera—. ¿No resolvería el problema más rápido?

Amera frunció los labios. Eso podría ser de gran ayuda, después de todo, el hospital llamó a la empresa dónde ahora trabajaba Ryan, la división en Inglaterra, para la renovación del sistema de seguridad. Él estaría dándose vueltas por ahí durante un tiempo, además Wilson siempre estaba saliendo del piso de cirugía para ir a molestarla en psiquiatría. Nunca podía encontrarla sola, porque todo su tiempo libro lo pasaba con Mackenzie, ya fuera en el comedor o dentro de su consultorio, monologando. Saltar a la última línea de defensa sólo así…

—No lo sé, creo que podría traer más problemas que beneficios, además, trabajo en el mismo hospital que el tipo. Será muy molesto si corre el

chisme.

Ryan guardó silencio. Tardaría toda la noche en encontrar una respuesta que fuera agradable para ambos, no un pensamiento acelerado como le ocurría durante sus primeros años de noviazgo. Haría mapas mentales imaginarios analizando todas las posibilidades. Le gustaba que fuera así, se sentía realmente afortunada de que su pareja tuviera su vida profesional en consideración, antes de tomar cualquier tipo de decisión.

Bajaron del coche cuando la puerta del garaje se cerró, ella recogió su bolsa y las pocas cosas que Ryan llevó a casa de la empresa, mientras él rodeaba la cajuela del coche para abrir la puerta y sacudir las piernas de Leila, cuando levantó la mirada del libro con movimientos fluidos y sin trabas, le comunicó que ya habían llegado a casa. Leila respondió con la misma suavidad de manos. Hasta cierto punto, Amera se sintió incómoda; por enfocarse en sus propios estudios dejó de practicar el lenguaje de señas, así que cada vez que intentaba hablar con Leila debía de detenerse un momento para tratar de recordar.

Haría un esfuerzo por mejorar su fluidez.

Además, considerando que Mackenzie pasaría gran parte de la noche en el hospital, fue decisión suya que Leila pasara la noche con ellos, así no tendría por qué quedarse sola.

No es que lo necesitara, claro, era perfectamente capaz de estar sola en casa el tiempo que fuera necesario. Simplemente, como anfitriona y amiga, no le agradaba la idea.

Sería una oportunidad perfecta para practicar.

—Iré a llenar el plato de Manzana y asegurarme que no haya masticado mi sillón, de nuevo. ¿Crees necesitar ayuda con algo?

Amera negó con la cabeza.

Puede que no hubieran tenido la cena romántica que ella quería, solo ellos dos en uno de los apartados de su restaurante favorito, pero fue una noche fabulosa. Tuvo la oportunidad de conocer a Leila fuera del ámbito de sumisa al que estaba acostumbrada a verla, fue como conocer a una persona completamente distinta, nada parecido a la mujer de mirada baja y sonrisa tímida con la mujer que subió los talones en las piernas de Ryan, sin importarle que él odiara esa sensación mientras comían y ella contaba su versión del viaje a Disneylandia.

Durante todo este tiempo, Amera pensó que Jeremiah la tomó como su sumisa porque vio en ella el potencial, además de su determinación. Ahora comprendía lo que más le gustaba aquel hombre de piel oscura de

sus sumisas; fuera de la mazmorra, lejos del papel que jugaban cuando estaban juntos, había fuertes mujeres de gran carácter, personas independientes capaces de hacer callar a un gerente molesto sólo con una mirada.

Sin tener la intensión, Amera se vio a si misma deseando ser como ella algún día. En ambos sentidos, deseaba ser una sumisa tan entregada para Ryan como lo era Leila con Jeremiah, y tener la misma fuerza y determinación que veía en Mackenzie y Leila. Las admiraba por eso.

Despertó a mita de la noche, tapándose la boca para ahogar los gritos de la pesadilla. Persiguiéndola con las garras enterradas en su pecho, jalando con fuerza para regresarla a esa oscura cueva, tenerla bajo su control y alimentarse del miedo transformado en sudor cayendo por su piel.

Tarda quince segundos en recuperar el control de su cuerpo, su respiración y su mente. Inconsciente de la mano amorosa frotando su espalda. Lleva la cuenta mental, apretando el puño en su pecho para asegurarse del latido de su corazón, sentir el golpe de la sangre bombeando llena su mente con calma. Ni siquiera se percata de los gruesos y fornidos brazos que la arrastran a un pecho cálido y conocido.

El razonamiento volvió a su control cuando sintió el abrazo de los escalofríos.

—¿Otra pesadilla, amor?

Cerró los ojos, buscando refugió en Ryan, aferrándose a sus brazos y su cuello tan fuerte que las uñas se enterraron en su piel.

Apretó y apretó y apretó hasta que fue consciente de lo que estaba haciendo.

—Bi-bien… una pesadilla, es todo —respondió, controlando el temblor de su voz.

Ryan murmuró palabras incomprensibles para ella sin dejar de frotar su espalda, besando su cabello y apretando su cuerpo, más fuerte, más.

Poco a poco dejó de temblar, permaneció callada dejando que su novio le diera la tranquilidad y seguridad que siempre encontraba entre sus brazos. Relajó los hombros al reconocer el cosquilleo de sus manos recorriendo su espalda, la punta de sus dedos dibujando espirales entre sus omoplatos, el centro de su columna y la espalda baja. Sus labios se curvearon contra su voluntad, soltó el aire que mantenía atrapado en sus

pulmones, perdiendo toda la presión de su pecho.

—Ya estoy mejor, muchas gracias, mi amor —Ryan sostuvo su rostro con ambas manos, acunándolo mientras inspeccionaba sus ojos.

—¿Necesitas algo? ¿Un poco de té, te traigo tu medicina, llamó a…?

Amera detuvo el pánico de su novio colocando los dedos sobre sus labios, delicadamente.

Las pesadillas comenzaron semanas después de haber iniciado la universidad, cuando la distancia entre ellos creció. Mudarse a un país nuevo y empezar su nueva vida fue más complicado de lo que había soñado en un principio. Cuando sus noches se convirtieron en algo que le aterraba, se trataba de esa noche, la causa principal por la que dejó de celebrar su cumpleaños. Su padre.

Atormentó sus noches durante meses y fue el principal motivo por el que inició terapía. Después de eso tan sólo empeoró, los monstruos que la atormentaban de niña regresaron con potencia, igual que ahora, despertaba gritando a mitad de la noche, pataleando y manoteando al aire para tratar de quitarse de encima el miedo y el pavor. Mackenzie corría hasta su habitación para sentarse detrás de ella y abrazarla hasta que se tranquilizaba.

Los fines de semana, cuando Ryan las visitaba, se quedaba despierto toda la noche, hablándole, le contaba sobre su trabajo, lo emocionante que era estudiar mientras tenía un trabajo formal, le platicaba de los intercambios verbales agresivos que tenía con Mikel, sobre sus diferencias de opiniones y sus inútiles intentos por hacer las paces. Mientras hubiera algo haciendo ruido, Amera podía quedarse dormida sin ser acechada por sus miedos, tener el teléfono con un audiolibro arrullándola se volvió rutina.

Al mudarse Ryan a Liverpool pensó que eso se había terminado. Y así fue, durante un año no había despertado sudando y con dolor en el pecho.

Hasta hoy.

—Estoy bien, seguramente la discusión con Wilson me afectó un poco —las cejas de Ryan se reúnen en el centro de su frente—, ¡pero nada más! —añade al darse cuenta de lo que pasa por su mente—. Lo que más necesito ahora es tenerte aquí, justo aquí.

Su voz bajó de volumen hasta volverse un murmuro, colocando una mano sobre su pecho desnudo. Disfrutando el calor, la suavidad y la seguridad de tenerlo cerca.

—Mi amor, princesa, cariño mío, no me importa que hayas dicho que no… voy a recurrir a la artillería pesada.

Ella suspiró, lo último que quería era hacer eso.

Lo peor es que comprendía porque Ryan actuaba así.

Había muy pocas cosas que afectaban a su prometido de esa forma, ella siempre encabezaba la lista. Él fue paciente durante un año, esperando a que su terapía le ayudara a dormir, pero cuando los gritos empeoraron y rodearla como camisa de fuerza dejó de ser efectivo, él tomó cartas en el asunto. Hubo gritos y discusiones cuando eso sucedió.

Admitir que le ayudó fue lo más difícil durante ese tiempo. Estaban furiosos el uno con el otro.

—Bien… haz lo que consideres lo más apropiado para el momento.

Ryan atrajo su rostro hacia él, besando sus labios con delicadeza, casi podría decirse que era timidez, besó su nariz y su barbilla, descendiendo hacia su cuello. Y cualquier percepción de timidez quedó en el olvido.

Fuera de la habitación, cerrando la puerta con una lentitud que sólo ella era capaz de tener, sin hacer un solo ruido, Leila sonrió.

Sintió un gran pánico cuando escuchó gritos de esa forma, que por un momento pensó que Mackenzie había llegado y se quedó en una de las habitaciones. Tampoco le tranquilizaba ver a la pobre Amera, dulce y amorosa Amera despertando tan asustada, le dolía el corazón cuando recordaba la sonrisa que le vio por primera vez.

Volvió a su habitación manteniendo una mano pegada en las paredes.

Capítulo 8

Capítulo 8

Para recordar y sonreír

Cerró la puerta de su habitación en silencio, como lo eran todos sus movimientos. Conocía a Ryan, el muchacho intentaría mantener el ruido en el nivel mínimo para no molestarla, aunque ambos supieran que realmente no le incomodaba escuchar… o tener la sensación de que escuchaba.

Seguía siendo tan extraño, tan curioso y aterrador al mismo tiempo.

Luego de ser atacada por aquel grupo de hombres (encerrados ya desde hace muchos años), perdió la capacidad completa de escuchar en un oído, el izquierdo, que era el sano, quedó al cuarenta y cinco por ciento de su capacidad auditiva. Hablando en estadísticas parecía ser algo bueno, aunque la realidad fuera distinta. Si su señor o su hermana le hablaban en voz alta, podía escucharlos a la perfección, solamente hacían eso cuando se encontraban solos en la mansión. Ojala pudiera decir eso cuando estaban en la calle.

Haber escuchado a Amera, la dulce y hermosa chica que siempre se sonrojaba cuando se veían fijamente a los ojos, gritar de esa forma tan horrorosa; le partió el corazón. Saltó de la cama y se apresuró a llegar a su lado, como había hecho con Mackenzie la noche anterior. Olvidó por completo que Ryan estaba con la dulce Amera, siempre estaba a su lado.

Era muy parecido a su señor en ese aspecto, ambos protectores con lo que aman.

Incapaz de volver a dormirse de manera inmediata, se metió en la cama, colocó su teléfono en la mesa de noche junto a su cabeza, con el primer programa que vio en su lista de seguir viendo, no necesitaba escuchar las voces, activó los subtítulos y se cubrió hasta la barbilla con el cobertor.

¿Habría llegado ya Mackenzie a casa?

La bonita y misteriosa de Mackenzie.

Desde su primer encuentro, cuando faltaban meses para el baile de graduación, la encontró como una mujer incapaz de leer, no podía descifrar ninguna de sus expresiones. Sonreía y su rostro permanecía vacío. Arrugaba el ceño con una expresión blanca. Hasta ahora. Quería

más.

Deseaba ver más de esas expresiones naturales, sorpresa mezclada con vergüenza. Felicidad escondida detrás de la molestia. Más allá de tomarla por sorpresa, antes de que se pusiera la máscara de “bruja” como le llamaba Ryan, esperaba poder conocerla a fondo.

Cerró los ojos sintiendo el cansancio como una manta extra sobre sus hombros. De no haber escuchado la notificación de su teléfono, informándole de un nuevo mensaje, hubiera caído dormida en un santiamén. Libreando un brazo del capullo de algodón y suavidad desbloqueó la pantalla, sus labios sonrieron ante el nombre.

La bonita pelirroja.

«Llegué.

No sé porque te digo. Estarás dormida. Bueno… aquí estoy.»

Sino hubiese despertado aterrada por la seguridad de la bonita rubia, estaría profundamente dormida. Tarareó una de sus canciones preferidas en su mente, escribiendo una respuesta.

«Menos mal tenía sed, me hubiera sentido fatal de dejarte esperando por una respuesta.

L.»

Imaginó a Mackenzie en el departamento, quitándose la ropa y lanzando los zapatos a una esquina, sobresaltada por recibir una respuesta. Quiso pensar en su rostro al leer el mensaje, ¿se habría sonrojado? ¿Le temblarían las manos como lo hicieron cuándo trató de besarla?

Su respuesta llegó, luego ver cambiar el mensaje repetidas veces para decirle que seguía escribiendo. Ver las palabras en las que dudó tanto para enviar, la forma en que simplemente intentaba demostrar que no le incomodaba hablar con ella, llenó su pecho de alegría. Por lo menos, Leila lo sentía de esa forma.

«Ten bonitos sueños»

Besó la pantalla sin enviar una repuesta, no era necesario.

Regresó al interior del capullo, no sin antes colocarse sus audífonos para privarla del ruido. El sueño volvió a cubrirla como si jamás se hubiera marchado, apenas cerró los ojos se desconectó.

Mackenzie deslizó el dedo una y otra vez sobre el mensaje, debatiéndose entre la opción de eliminarlo y fingir demencia. Enviar cosas cursis, o palabras bonitas no era cosa suya, le pertenecía a Amera.

No porque eso fuera una característica propia de chicas con actitudes delicadas y femeninas… o que eso lo convirtiera en algo malo por definición, ¡mierda, no! Claro que no. Significaba, en pocas y resumidas palabras, que Amera se comportaba así y Mackenzie era una cobra con veneno letal. O por lo menos lo fue.

Tener a Leila cerca la ponía muy nerviosa.

Admitía su atracción por ella, es una mujer guapísima, segura de sí misma y muy independiente, aunque viva en la mansión de Jeremiah y él la mantenga, Leila nunca ha dependido de él o de nadie en general. Su actitud mimosa, el andar colgada del brazo de alguien todo el tiempo, para no perder el equilibrio como le explicó en alguna ocasión, era solamente un capricho.

¿Entonces por qué?

¿Por qué debía ser tan jodidamente difícil soltarse con Leila y no con otras chicas? No tuvo problemas en abrir una barrera para permitirle la entrada a Gaynor, de ella solamente le interesó la forma tan curiosa de moverse que tenía, ni siquiera tuvieron sexo. Ni una sola vez en casi un año. Mackenzie siempre decía que no sentía esa atracción, y era cierto. La simple idea reavivaba las quemaduras de su pecho y le dolían los recuerdos.

¿Por qué todo era tan diferente con Leila?

Si las cosas pudiesen ser tan fáciles como lo eran con las demás…

¿De verdad eso es lo que más quería?

Dejó abierta la puerta del refrigerador, Leila incluso le dejó preparado algo para cenar, imitando esas raras manías que Ryan solía hacer con Amera cuando la iba a visitar. Dejar la comida envuelta en plástico, sólo para meter en el microondas y alimentarse.

—No —respondió al aire—, no quiero que sea fácil con ella.

Los botones parecieron presionarse solos, un minuto y medio para calentar sus alimentos, escuchar el familiar zumbido del aparato ese mientras funcionaba, la luz que, cuando Amera vivía ahí, la delataba como

la criatura nocturna que siempre fue.

Su mente no se encontraba ahí, estaba lejos, muy, muy lejos del departamento.

¿Cómo podía esa mujer de enormes e hipnotizantes ojos marrón tener tanto poder sobre ella?

Durante el baile de graduación, llevada por un impulso que aún ahora era incapaz de identificar, llamó a la mansión Dassel, dónde Jeremiah, su esposa Yelina y Leila vivían, uno de los sirvientes atendió la llamada y, cuando Mackenzie no pudo echarse para atrás, les pidió que le dieran un mensaje de su parte a Leila. Había un evento en la escuela, algo así como un ritual de adolescentes, al que debía ir por compromiso social con su mejor amiga, y pensó que posiblemente a Leila le gustaría asistir. Y colgó.

Hasta el momento en que soltó el teléfono comprendió lo que había hecho.

La voz en el fondo de su cabeza, esa que logró mantenerla con vida durante años de abuso, le advirtió del peligro. Una cosa era invitar una chica cualquiera que conoció en un pub al baile, embriagarse, manosearse un poco y despedirse para toda la eternidad. Era muy distinto invitar a una mujer en quién ya había demostrado interés, con quién incluso se atrevió a coquetear y era imposible despedirse para siempre.

Tres largos y agudos pitidos interrumpieron su martirio.

Maldita mierda, ¿por qué justo cuando más agotada estaba pensaba en esas cosas?

Comió sin tener hambre, sólo por la necesidad física de mantener su cuerpo saludable. Aunque, ahora que saboreaba mejor, la comida tenía un gran sazón, hierbas adornaban la carne y la pasta, aunque ella odiaba los carbohidratos, no era grasosa ni seca, todo lo contrario, estaba perfectamente humectada con un exquisito toque a mantequilla.

Leila cocinó para ella.

Mackenzie sonrió al plato, disfrutando, por primera vez, del calor que inundó sus mejillas. Nadie ajeno a su familia le había cocinado nunca, se trataba de algo nuevo, emocionante, lo suficiente para aplacar a la cobra rey y ponerla a dormir.

Durante tres segundos, mientras saboreaba la siguiente mordida, pensó

en llamarle a Amera y compartir su recién descubierta felicidad.

[…]*Llenó sus pulmones, contuvo el aire hasta que le dolió la cabeza y lo soltó de golpe.*

Mamá había dicho que la nueva escuela le ayudaría, era como el psiquiatra le dijo (antes de mudarse, claro); necesitaba alejarse del lugar dónde le hicieron daño para empezar a sanar. Mientras más lejos más oportunidades tendría de curarse.

Al menos eso dijo ella. Mackenzie no podía sacudirse el pensamiento de que sus padres exageraron. Vale, sí, aceptaba la distancia de Dublín, pero en su mente, cuando le dijeron que se alejara, ella pensó en mudarse a otro estado, Bray o Drogheda eran una buena opción… ¡no literalmente atravesar el océano hacia otro continente!

Menos mal que el idioma no era una barrera, aunque el siguiente problema fuera su inglés, ya podía ver a otros chicos correr al interior del colegio, detenerse para verla y… maldita sea… hablar. Bajó la cabeza para poner orden a sus pensamientos. Al despedirse en el aeropuerto, Amera le dijo que si necesitaba sacar todo el veneno que acumulaba con ella, lo hiciera, la ánimo a defenderse y no permitir a nadie pasarle por encima.

Oh, rayos, ahora estaba nostálgica.

—¡Hey! —gritó alguien, deteniéndose frente a ella. Un rostro de piel oscura y hermosos ojos—. Tu eres la chica nueva, ¿verdad? Mi nombre es Olivia, me pidieron que te enseñe los alrededores.

Mackenzie metió las manos al fondo de sus bolsillos, rechazando el ofrecimiento de Olivia por estrecharle la mano. Carraspeó, tocándose las orejas con los hombros.

—Sí, soy Mackenzie Zweinbrücken.

Olivia, y los chicos que se habían detenido para hablar volvieron el cuello en su dirección. No había desagrado en sus rostros, tampoco asco o burla, ¿qué acaso no era este el país dónde odiaban a los pelirrojos?

—¡Pero qué acento! ¿De dónde vienes? —los tres chicos corrieron hasta pararse cara a cara con ella—. ¡Seguro vienes del mismo sitio que los vikingos! ¿A qué sí?

Olivia tuvo que hacer de escudo con su cuerpo, evitando que los tres raritos de la clase siguieran molestándola. Incluso se disculpó, diciendo

que no eran así todo el tiempo, sólo algo les llamaba mucho la atención.

Sólo hasta que uno de ellos se encogió, de la misma forma en que Mackenzie hizo segundos atrás, comprendió que debió hablar con Amera cuando tuvo la oportunidad, advertirla de lo mal que lo pasaría su hermano si lo abandonaba de esa forma. Quiso volver, regresar a casa y pedirle, rogarle a su amiga que al menos estuviera ahí para él.

Ella ya no necesitaba de su protección, sus padres la protegían.

Pero Ryan no tendría a nadie.[…]

Bastante raro fue soñar con el único momento de su vida dónde se preocupó por el idiota Áilleach, como para que también le añadieran la falta de gritos y pánico nocturno.

Empezaba a considerar la opción de decirle a Amera que mejor fuera ella quien pasara a recogerla, aunque ya conocía esa respuesta, claro. Para no tener que cruzarse todos los días con el idiota que se comprometió su amiga, tomaban turnos de quién llevaba a quién al hospital. Por supuesto, vivían a unos cortos diez minutos la una de la otra, no era algo tan horrible, pero justo ahora no tenía el ánimo para toparse con él.

Quería ver a Leila y agradecerle por la comida.

—De acuerdo, llaves, coche, identificación, dinero… algo me hace falta, ¿qué me hace falta?

Palmeó sus pantalones, contando mentalmente los artefactos que siempre cargaba encima.

—Teléfono, no traigo mi teléfono. Eso es lo que me hace falta… ¿pero dónde lo dejé? Anoche le mandé el mensaje a Leila y luego…

Cerró la boca de golpe.

Sólo por la blancura de piel era evidente lo sonrojada que estaba, lo agradecida que se sentía de vivir sola para variar. Dudó durante un momento adentrarse en la habitación para buscar el aparatejo ese sin el cual era imposible existir, justo por esa razón debía de llevarlo consigo. Amera, o mamá o papá o quién sea podían llamarle en cualquier momento.

¿Y si al final ella le respondió el mensaje? ¿Qué debería de hacer? ¿Enviar otra respuesta? ¿Iniciar una nueva conversación? ¿Esperar hasta

encontrarse con ella en casa de Amera y hablar?

No. no, no, no, y rotundamente no.

Antes arrollada por una jauría de cachorros hambrientos, que empezar a preocuparse por estupideces como mensajes inexistentes.

No ella, no la cobra rey que se rehusaba a dejar que su corazón tomara el control de las decisiones. Contó los pasos desde cerrar la puerta, girar tres veces la llave a la izquierda y dejarla levemente inclinada a la derecha, atorar un cuadrito de papel en el marco, justo al nivel del ojo, empujando el tapete unos centímetros descentrado. Hasta el fondo del pasillo y bajar las escaleras hasta el estacionamiento.

Al encontrarse dentro del coche, encendió el radio.

—Ya estoy de camino, Ame. Sí, afuera, como siempre. ¿Qué? ¿Venir conmigo a dónde? Estaré todo el día en… oh, bueno, supongo.

Bueno, ¿pero de dónde se sacó la idea Leila de que podía quedarse con ella todo el día?

Capítulo 9

Capítulo 9

En el que la felicidad es real

Mackenzie estacionó el coche frente al garaje en casa de Amera, asegurándose de centrarlo bien con la puerta, de esa forma, aún si Ryan salía para ir al trabajo no estaría entorpeciendo el camino. Muchas veces lo consideraba un inútil, en realidad jamás lo llamaba por su nombre, después de que se cambió el nombre comenzó a llamarlo por el nombre de bautizo otorgado por su abuela… aunque solo en ocasiones. Aun así, no deseaba atormentarlo cuando debía de salir al trabajo. No era tan perra.

Recargó los brazos en el volante, aguardando.

Su amiga no tardaría mucho en salir, unos tres o cuatro minutos como mucho, ella también tenía muy claros sus tiempos. Además, Leila les haría compañía durante ese viaje, eso significaba que tendría una oportunidad para poder conversar con ella… o intentar. Porque mientras estuviera conduciendo sería imposible responder, y aunque tuviera sordera parcial ella necesitaba poner música durante el trayecto, simplemente era así.

Cuando había mucho silencio es cuando…

—¡Perdón por tardar! Tuve que convencer a Ryan de venir con nosotros.

¿De qué?

—Iré en mi coche, no usé dinero del diablo para traerlo desde Irlanda y no usarlo, mi amor.

¿Qué quién iba a ir en su coche?

—No, no, vamos al mismo sitio, más vale ahorrar viaje e ir juntos. ¿No lo crees, Mac?

—No —respondió cortante—. ¿Por qué tiene que venir ese en mi coche?

Ryan suspiró, sin sentarse. Amera mantenía un firme agarre de su brazo, ambos sabían que ella no lo soltaría ni aunque se quitara lo pantalones.

Ni siquiera percibió cuando Leila ocupó el asiento de copiloto.

—¿Recuerdas que Ryan empezó a trabajar en una compañía tecnológica? —Mackenzie movió la cabeza, vagamente creía haber ignorado esa conversación—. Les llamaron del hospital para renovar el sistema de

seguridad, y claro, mi novio el genio presidente de la empresa antes de los treinta tiene que ir —la ceja de Mackenzie dibujó un arco en su frente, observando a su amiga con ingenuidad. Luego volteó hacia el hombre del que ella estaba locamente enamorada.

—¿Qué tú no sabes quedarte quieto en un solo sitio? ¿Tienes TDA o algo por el estilo?

Cediendo a los deseos de Amera, Ryan se sentó en la parte trasera del coche.

Su estúpido rostro de nerd estirado estaba concentrado, pensando o quizá buscando excusas, para Mackenzie todo lo que él dijera eran excusas.

Después de tantos años resultó que así era como se llevaban.

—Creo me hice un estudio cerebral en mi segundo año en la fábrica en Alemania, debe estar por ahí guardado, dice que soy un genio y puedo lo que me de la puta gana, vieja bruja.

Los labios de Mackenzie se crisparon en una sonrisa, dedicó su atención en Leila, quién ya tenía puestos sus audífonos para protegerse del ruido, y con una delicadeza que no pegaba con ella, la saludó en agiles movimientos de manos.

—Buenos días, bonita —saludó Leila, inclinándose sobre el asiento para besar la mejilla de Mackenzie.

De haberle puesto atención, si tan sólo ese pedazo de idiota hubiera volteado tres segundos antes, se habría percatado del violento sonrojo en su rostro. Podría haber sido testigo de la rapidez con la que fijó su atención en el camino, encendió el motor y movió el coche para regresar a la calle principal.

Más le valía, por la seguridad del rostro que su mejor amiga amaba, no asomarse.

Asumir que el viaje le causaría incomodidad, sólo por el hecho de que Leila iba sentada a su lado, fue algo estúpido de su parte. Lo reconocía mentalmente. Fue grato descubrir lo equivocada que estuvo, mientras Amera iba con la cabeza recostada en el hombro de Ryan (por haberse desvelado… o el regreso de las pesadillas) y este a su vez permanecía en silencio, Mackenzie pudo leer todos los movimientos de Leila por la vista periférica.

Incluso llegó a reírse.

Ella. La bruja, la cobra rey que sólo sabía ser cínica y distante con el mundo. Se rio a fuerza de pulmón, aprovechando las luces rojas para recostar la cabeza en el volante y sobarse el costado.

Realmente le dolía tener que despedirse de Leila en ese punto.

—¿Todo en orden, Mac? —Amera, que ya se había despegado de su novio desde hacía diez minutos, la sacudió—. No pareces tan… venenosa. Sinceramente me preocupas.

Volvió a sonreír.

Porque esa mujer de brillantes ojos y cabello rubio jamás diría algo así para molestarla. No ella, no la chica que la llevó contra su voluntad al hospital cuando tenían doce años, y le salvó la vida. Bueno, la vida era para usarse y que se jodiera el que estuviera en desacuerdo.

Rodeó los hombros de su amiga con un brazo, dándole una muy grata sorpresa.

—Bueno, estos días he estado pensando en cómo me iba a vengar de ti por mandar a Leila a mi casa, en lugar de cuidarla tú, como asumí que tendrían que hacer —Amera frunció los labios, aquello significaba que tal vez respondería—. Ahora me pongo a pensar si debería de permitirte arrastrarme contigo a tus compras… como agradecimiento.

Contó hasta diez.

Tiempo suficiente para darle a su amiga el suspenso necesario para quedarse de piedra en su sitio, poniendo esa expresión de asombro e incredulidad. La que tantas veces puso cuando, mientras aún asistían a preparatoria, ella le decía que se comportaba como Catherine cada vez que discutía con Ryan.

—Esto es… aterrador. Sí, lo he dicho. Me asustas.

Gruñó empujándola amistosamente.

A la mierda la opinión de otros. Que se metan por el culo su opinión, todos aquellos que se giraron en redondo para verlas. ¡Y que el tobillo se les torciera por entrometidos!

—Sí a ti te aterra, imagina como lo siento yo —confesó.

Cerró los ojos, dejando que su memoria muscular la llevara a uno de los ventanales del segundo piso; Amera siempre la acompañaba hasta el

vestidor de internos, luego iba hacia el ala de psiquiatría. Se recargó en el barandal y disfrutó del calor del sol sobre su piel.

Geográficamente no existía mucha diferencia entre la República de Irlanda e Inglaterra, excepto que, ese preciso día a esa hora, ella lo sentía más tibio. Llenó sus pulmones con una estúpida sensación de felicidad inexplicable, misma de la que solía burlarse cuando Amera la tenía, aquella de la que fingía sentir asco cuando alguien la mencionaba.

—Tuve algo parecido a esto cuando mamá y papá me adoptaron —murmuró, sabiendo que su amiga la escuchaba—, creo que me sentí así durante un tiempo… tal vez un par de años. Pero luego de que ese pedazo de mierda entrara en mi vida —suspiró, observando su reflejo en el cristal—, estaba segura de que jamás volvería a sentirlo.

El latido de su corazón, ahí dónde la tinta del tatuaje cubría su piel y coloreaba las cicatrices, incluso ahora era incapaz de tocar *esa* zona de su cuerpo.

—¿Sabías del accidente de Leila? —Amera asintió—. Me contó un poco, una versión apretada. Sentí por ella el mismo respeto que te tuve a ti aquel día, cuando llamaste a mamá y me arrastraste a un hospital… incluso llamaste a la policía.

Notal el peso de la cabeza de su amiga en el hombro relajó el acelerado ritmo de su pecho.

—Ojala pudiera enviarme un mensaje al pasado y haber actuado antes, lo que fuera por ayudarte cuándo más me necesitabas —aguardó unos momentos antes de seguir. Esperando a que los residentes se alejaran—. Si Gilbert Áilleach me dejó algo bueno, fue el hecho de que nadie debería tocarte sin permiso, especialmente cuando eres un niño.

Y solo por esa razón, jodido Gilbert cabrón Áilleach, no le deseaba ser masticado eternamente por el diablo en el noveno círculo.

Para tratarse de un cretino capaz de perseguir a su novia durante un mes completo (sólo por un tener amistad con la bruja), cuando se trataba de asuntos técnicos no parecía ser capaz de conectar dos puntos juntos ni siquiera para defenderse. Vamos, tampoco es como si le hubiera pedido resolver un complejo problema matemático, que requiriera tres hojas de proceso para que la respuesta fuera cero. Lo único que hizo, y se vio noble, fue pedirle un recorrido por el área de quirófanos y cuidados intensivos.

Hasta la pequeña y diminuta Micky, siempre tomando notas en su Tablet, podría haberlo pedido y el idiota de Ze'ev Wilson no hubiera podido sumar dos más dos.

…

Bueno, en ese punto reconocía que estaba siendo cretino sin razón.

—Lo que quise decir, señor Welsh —se apresuró a añadir, ignorando el tic en la mandíbula de Ryan—. Es que no podemos permitirle la entrada a los quirófanos a cualquiera es un área esterilizada que debe mantenerse de esa forma y…

—Ryan —lo cortó—, no he cumplido los cuarenta para que me llamen señor.

Especialmente no cuando se encontraba *fuera* de su mazmorra, pensó con frustración.

—Yo comprendo que los hospitales no son lugar para dar recorridos gratuitos, doctor Wilson, lo que estoy pidiendo es para mostrarme los pasillos, no requiero entrar a un quirófano.

Micky, una pasante que empezó a trabajar con él desde hace dos años, alzó la voz, previendo la lucha de dominantes que Ryan pretendía iniciar.

—Es solamente para poder revisar los puntos que necesitarían más seguridad en caso de… —la chica se calló, era tan supersticiosa que el simple hecho de nombrar algo la ponía nerviosa—, en caso de ser necesario. Además nos ayudaría mucho para facilitar el acceso solo al personal autorizado —convertirse en el centro de atención de los médicos de guardia y jefe de cirugía en ese momento, la puso terriblemente incómoda.

Ryan observó cómo se sentaba y concentraba su atención en sus notas.

Aplaudía su valentía, Micky era apenas una estudiante de primer año en la universidad, pequeña para los estándares europeos, delgada con un rostro eternamente joven, eso sumado a los rizos incapaces de controlar en su cabeza, le daban un aspecto muy vulnerable. Y ella odiaba ser el centro de atención.

Fue bueno que el siguiente en hablar, fuera un miembro de la mesa directiva.

—En uno o dos días, como muy tarde, les haré llegar un permiso para poder revisar las áreas que considere pertinentes del hospital —dirigió su mirada a Ryan y Micky—. Hemos escuchado muy buenas recomendaciones

sobre su compañía, y nos gustaría poder trabajar con ustedes.

Ryan agradeció la eficiencia y repitió las mismas palabras. No era del todo mentira, solo que en ese momento no sentía mucha emoción por empezar a trabajar con los doctores.

Estaba agradecido por poder seguir experimentando, por supuesto. Durante los años que su Amera estudió la universidad trabajó en la planta química que soñó en Alemania, el primer y único año de universidad lo hizo a medio tiempo, el resto fue trabajo a tiempo completo y dedicó cada segundo y gramo de energía en su cuerpo a él. Cuando las prácticas de su novia empezaron, consideró la opción de mudarse con ella.

Su jefe en la fábrica le ofreció el puesto de director para sección que deseaban abrir cerca de Liverpool, y aunque nada le hubiera otorgado más orgullo que aceptar, la fibra del niño ansioso por adquirir más conocimiento que jamás murió en él pidió más. Todavía más. Quería alcanzar más sueños, experimentar otras cosas y no detenerse. La compañía de sistemas de seguridad en la Mikel había estado trabajando por un tiempo, fue el objetivo.

Entre los dos lograron hacer que la compañía tuviera popularidad en Inglaterra, mientras Mikel se quedaba en su Alemania para seguir con lo que inició su padre, Ryan se hacía cargo de la suya.

—Micky —llamó cuando salieron de la sala de reuniones—. Asegúrate de recibir ese permiso en cuanto esté terminado, y tan pronto termines de dibujar los planos del hospital, compáralos con los originales, sé que han hecho unas modificaciones desde entonces. Me interesa más buscar los puntos ciegos, de esa forma tendremos un plan de ataque para cubrirlos.

—¿Plan de ataque? —era frecuente escucharlo hablar así, incluso después de dos años trabajando con él, no lo entendía del todo.

—Sí bueno, es como defender el USS Enterprise de un ataque.

—¿El qué, Ryan? —tuvo mucho, mucho cuidado de no llamarlo “señor”, sabía que le disgustaba ser llamado así.

—No importa, necesito que tengas eso preparado lo más pronto posible. Iré a reunirme con los técnicos más tarde… si se hace muy tarde y no terminas con el boceto del hospital llama al señor Jim, te llevara a casa.

Micky no pudo darle las gracias y confirmarle que haría lo posible. Ryan ya había sacado su móvil. Eso significaba que la única persona capaz de distraerlo era él mismo.

Capítulo 10

Capítulo 10

En el que me das tranquilidad

El amo Jeremiah siempre le decía que, si ella deseaba maquillarse y ponerse vestidos bonitos sin razón alguna, podía. No era necesario hacerlo cuando salían para sus reuniones o los eventos a los que otros amos y amas, los invitaban.

Su respuesta nunca cambiaba, aunque encontrara terapéutico sentarse durante horas frente al espejo, probando sombras, jugando con delineadores y descubriendo como lucían sus colores de labiales con el conjunto completo, se tomaba fotografías con tal de tener evidencia y juzgar si le agradaba el resultado o no, para desmaquillarse, limpiar su rostro y esperar unas horas más antes de volver a empezar.

De esa forma cuando eran invitados a una reunión, sabía exactamente como deseaba verse.

Muchos amos no permitían a sus sumisas resaltar de la forma en que Leila lo hacía, muchas sumisas, incluida su hermana, se mantenían silenciosas sin atraer la atención de otras personas. El señor le permitía esas pequeñas rebeliones por una simple razón, era obediente.

Los tres eran apenas unos niños cuando comprendió que Jeremiah sólo tendría ojos para Yelina. Ningún cambio harían las horas que ellos dos pasaran haciendo tarea o viendo televisión, en el momento que su hermana llegara a casa de sus clases de teatro, él dejaría de hacer lo que estuviera haciendo, para verla.

Quizá era por esa razón que maquillarse ese día se sintió distinto.

La bonita le mandó un mensaje temprano, después de haberle llamado y colgado al instante, para invitarla a “caminar”. Fue el texto exacto.

Pensó, haciendo girar el delineador entre sus manos, lo complicado que fue para ella reunir el valor de invitarla a una cita sin nombrarla cita. Al tenerla bajo su merced, nada más ellas dos, la haría responder las preguntas que tenía rondando en su mente, la repentina, aunque maravillosa timidez, que mostraba al dirigirse a ella. Ese movimiento de ojos involuntario cada vez que Ryan hacía o decía algo.

Suspiró. Deseaba tener más tiempo para descubrirlo.

Revisó la hora al terminar su delineado, aún tenía media hora libre antes de que el secretario de Ryan, un tal James, fuera a recogerla y llevarla al hospital.

Hubiera preferido al pequeño y manipulable de Ryan, así sería más sencillo desviarse a una dulcería, o mejor aún, una pastelería para adquirir una caja de exquisitos macarrones; sería su regalo para esa bonita pelirroja.

Al bajar del departamento y cerrar, con el juego de llaves otorgado por Amera, se encontró no con un hombre entrado en los cincuenta, como asumió por el nombre, tampoco se trataba de un niño ingenuo que cayó presa del poder de Ryan, como había imaginado por su puesto de trabajo. Todo lo opuesto. El hombre de pie frente al convertible de Ryan parecía realmente cercano a la edad del antiguo sumiso de su señor.

—¡Señorita Deligiannis! —saludó con educación.

Entonces notó los audífonos sobre su cabeza y extendió unos carteles, como haría alguien para recogerte del aeropuerto.

«El señor Welsh me informó de su condición.

Me pidió venir preparado para no causarle incomodidades.

La acercaré al hospital para poder reunirse con la señorita Zweinbrücken»

James le abrió la puerta del coche, esperando hasta que se sentó para avanzar al asiento de copiloto. Lo más seguro era que el pobre no supiera nada sobre lenguaje de señas, pedirle llevarla a una pastelería sería de lo más complicado y…

Claro, cómo no lo pensó.

Unas cartulinas color hueso y un paquete de plumones negros le esperaba en el asiento.

Ryan no era idiota, no iba a dejarla abandonada con su secretario sin darle una oportunidad para solucionar un problema pequeño.

Escribió rápido y con una pulcra caligrafía, luego tocó el hombro de James para atraer su atención. Él leyó y asintió sonriente.

«Quisiera ir primero a una pastelería, si quedan por el camino.»

Aguardó recargada en la puerta del coche, observando a los doctores y residentes que volvían a casa para descansar, algunas enfermeras, y familiares que habían permanecido mucho tiempo en el hospital. Nadie le prestaba particular atención, no era muy tarde, a decir verdad era bastante temprano para estar saliendo del hospital; lo que le llenó el pecho de alegría, significaba que Mackenzie tomaba tiempo solo para ella. Sonrió ante la idea.

Permaneció quieta, con las manos entrelazadas en la espalda y una pierna cruzada frente a la otra. El señor Jim, que seguía dentro del coche, esperando hasta que la más bonita de las pelirrojas saliera a su encuentro, la miró con curiosidad. Y ahí estaba ella.

Mackenzie salió colgándose la mochila al hombro.

Claro. No le parecía ser alguien que fuera a llevar una bolsa, aunque le ofrecieran una con la capacidad infinita para cargar sus pertenencias. No iban para nada con su personalidad, era mucho más esperando verla con una mochila, colgada de un hombro o ambos tirantes. Eso era lo lógico. Se despegó del coche, manteniendo su pose de espera, quieta y sin hacer movimientos bruscos, hasta que los brillantes ojos azules como el mar se fijaron en ella. Avanzó dos pasos, poniendo frente a ella la caja de dulces.

Parpadeó tres veces, miró sus manos y luego volvió a fijarse en Leila.

—¿Para mí? —preguntó en voz alta. Ignorando por completo los audífonos.

La mujer de piel morena asintió, abrió la cajita e, ignorando los gestos de Mackenzie por retroceder, apretó un pequeño macarrón en sus labios. Evitando mostrarse grosera, la pelirroja separó los labios, permitiendo la entrada al dulce y lo mordió a la mitad. La otra mitad se la comió Leila.

Quién fingió ignorar el sonrojo en las mejillas salpicadas en estrellas.

—Bueno yo… si no estás muy ocupada, podemos irnos. Mi coche está por aquí.

Tomó la mano de Leila para guiarla, mientras le agradecía al secretario de Ryan por haber cuidado de ella durante ese corto tiempo. Él movió la cabeza, tal vez saludando, tal vez diciendo que no había problema, luego encendió el coche y se marchó. Mackenzie había estado concentrada en ese intercambio silencioso, que ni siquiera logró darse cuenta del momento en que Leila entrelazó su mano con la suya. Frotándole el dorso con mimo.

Hasta el momento en que tuvo que soltarla, se dio cuenta de lo que había

sucedido.

—¿A dónde iremos primero? —las manos de Leila parecieron crear una danza al hablar.

Mackenzie lo pensó, recargándose en el volante, como había hecho el día anterior.

—¿Qué es lo que te gusta hacer? —preguntó Mackenzie. Leila se había quitado los audífonos, así que pudo escucharla con claridad.

Descansó la espalda en el asiento, ajustándose el cinturón con lentitud. ¿Algo que le gustara hacer? Desde su salida del hospital no había nada que disfrutara tanto para repetirlo, o pedir que la llevaran a hacer. En la mansión ocupaba su tiempo libro tendida en cama, observando una serie o una película, dando largas vueltas por el jardín, remojando los pies en la piscina o simplemente se sentaba en el sillón de terciopelo rojo del amo, recogía las piernas a la altura del pecho y esperaba ahí hasta que su hermana o su señor volvieran de sus trabajos.

No tenía nada para ocupar su tiempo.

—Nada en particular, ¿hay algo que te agrade a ti? —preguntó, esperando que su sonrisa distrajera a la bonita Mackenzie de su falta de actividades.

—¿A mí? —Mac fijó la vista al frente, un compañero suyo pasó y la saludó sin obtener respuesta—. Hay algo… aunque no sé si cumpla tus expectativas.

Leila vio la apertura en sus movimientos, estirándose cual gato sobre la cama luego de una larga siesta, arqueando la espalda para desentumir su cuerpo. No tuvo oportunidad de retroceder, o quitarse del camino, cuando ella se inclinó, apoyando una mano sobre su hombro, para besar su mejilla. El rojo que iluminó su rostro y orejas brillaba casi tanto como lo hacía su cabello, haciendo resaltar el color de sus ojos todavía más.

Sin apartarse, Leila murmuró, o mejor dicho; gesticuló:

—Si es contigo, cumple las expectativas.

Luego volvió a su lugar, abrochándose el cinturón.

[…] *Olivia la llevó de la mano todo el camino, a diferencia de Amera, quién jamás hacia algo sin antes pedirle permiso o preguntarle si se sentía bien, Liv se rehusó a soltarla. Ni siquiera cuando jaló con fuerza para zafarse*

del contacto que le erizaba la piel.

Así que simplemente se rendió.

Se mordió la lengua y pretendió no sentirse incómoda. Cerró los ojos e imaginó que era normal, así era como debía de comportarse.

Y quizá hubiera seguido así, fingiendo, pretendiendo, si el familiar sabor a hierro en la lengua no la hubiera regresado a la realidad. Ya no era una niña. No tenía nueve años ni tenía porque seguirse reprimiendo de esa forma. No tenía por qué permitirle a nadie obligarla a hacer algo que no quería. Ni siquiera soportaba cuando Amera la tomaba de las manos, y fue ella quien la llevó al hospital, fue ella quien llamó a la policía y denunció el abuso de su tío. Amera, esa chiquilla rica que lo único que quería era llamar la atención de la escuela, ser popular y escuchar su nombre en boca de todos. Amera, quién se encerró durante una hora completa en el baño para que Mac pudiera cambiarse con tranquilidad en su primera pijamada.

Era incapaz de tolerar el tacto de su mejor amiga.

Clavó los pies en el suelo, contuvo el llanto en la base de su garganta, sintiendo las lágrimas arder dentro de sus ojos y el pavor luchando por salir. Dio un tirón a su brazo, fuerte, tanto que casi tira a Olivia por la sorpresa del movimiento. Cruzó los brazos en su espalda, fijando la vista en la chica, asegurándose de mostrar una expresión aterradora.

—Te dije que no quiero.

—Pero si sólo te tome de la mano —respondió ella. Mackenzie no supo si las lágrimas eran reales—. No hay nada de malo en es…

—Lo hay —interrumpió—. Hay algo malo porque dije que no —las palabras de Amera volvieron a su mente, claras—, si yo digo que me incómoda es malo. Y no deberías de insistir.

Ni siquiera al volver a casa, refugiarse en el regazo de su madre y llorar hasta quedarse dormida, comprendería porque las cosas sucedieron como lo hicieron después de ese día.

Tardaría años, meses después de la visita sorpresa de Amera en Wisconsin, para comprender que Olivia no estaba segura de su sexualidad, y usaría a Mackenzie para descubrirlo. […]

Pero por alguna razón, el roce de las manos de Leila en su cabello se

sentían bien.

Asistía regularmente a sus sesiones de terapía con un psiquiatra en el hospital, pasaba horas tendida en el diván de Amera, hablando sin cesar hasta sentir como la carga en su pecho se aligeraba palabra a palabra, y aún con todo ese trabajo en los últimos cuatro años, a penas conseguía durar treinta segundos el abrazo de su amiga antes de apartarse. Al menos ya no sentía la urgencia por lavarse o sacudir sus brazos para borrarse el contacto.

Creía firmemente poder quedarse así el resto del día, recostada con la cabeza en sus piernas, permitiéndole tomar mechones de cabello individuales para trenzarlos uno a uno.

Recordaba los primeros años luego de su adopción, su mamá se quedó horas sentada frente al espejo, preguntándose si existiría alguna forma humana de amarrar los rizos de su cabello, temiendo usar un cepillo para desenredarlo. No se le veía segura de ninguna forma para humedecerlo un poco y empezar a crear todo tipo de peinados. Tuvo que llamar a una amiga suya, una hermosa mujer de piel negra como el chocolate, para escuchar sus recomendaciones. Entonces era muy pequeña para comprender, años después descubrió que el cabello rizado como el suyo, no podía simplemente cepillarse.

Leila no parecía siquiera preocuparse por detalles como esos, no está desenredando, todo lo contrario, buscaba la forma de estilizarlo sin la necesidad de un cepillo.

—Este parque me agrada —murmuró. Su voz la despertó al darse cuenta de que se estaba quedando dormida—. Muy poca gente para por aquí a esta hora del día.

Abrió los ojos, encontrándose con la mirada de Leila, fija en ella, sonreía sin dejar de mover las manos. Mackenzie bostezó, estiró una mano y frotó la mejilla de su acompañante con mimo. Al menos, quería pensar que era así.

—No soy muy dada a la compañía humana —carraspeó—, aunque tal vez ya te había contado eso Ryan —es en términos generales, no… no soporto que alguien quiera tocarme. Fui terca durante años y nunca dejé que Amera me ayudara, hasta hace poco.

Usó los codos como punto de apoyo para sentarse, quedando su rostro y el Leila a la misma altura. Su manía seguía sosteniendo su rostro, acunándolo de la forma más delicada que conocía, siendo como su memoria muscular era capaz, luego de años de practicar artes marciales.

—Y no puedo un solo día en el que estar contigo me haga sentir incómoda —Leila frotó la mejilla en su mano, sosteniéndola entre las suyas—. Te advierto que es muy posible que te hartes de escucharme mencionar a Amera en este tema pero… ella me ha mantenido a flote.

Guardó silencio, antes de seguir soltando los nudos de la máscara para exponerse, necesitaba respirar, esperar por una respuesta, o al menos una señal aprobatoria. Hablaba con Amera porque era fácil, la conocía, confiaba en ella y si era necesario golpearla con un cojín, lo haría. Entregarle su confianza a Leila, por mucho aprecio que le tuviera, era un desafío.

Menos mal decidió intervenir antes del colapso nervioso.

—Después de que me atacaron, mi hermana bromeó durante un año que el señor se había casado conmigo, y no con ella. Porque fue él quien me llevaba al doctor, él se encargó de contratar un terapeuta que viajara hasta la mansión sólo por mi —se llevó la mano de Mackenzie a los labios al terminar, besando sus nudillos, uno a uno. Luego continuó—. Tener a alguien que te apoye es tan importante como aceptar la ayuda. Me da gusto ver que Amera es tu persona, de la misma en que tú eres la suya.

Fueron breves segundos de confusión. Antes de sonreír.

Hablaba del inicio de la relación de su amiga. Ese año lleno de problemas, gritos, peleas y noches en vela llorando en su cama. Luego del aborto que tuvo Amera, Jeremiah le dio las gracias a ella por ser tan buen amiga, pues él sabía que ninguno de los, ni Ryan ni Amera hubieran logrado salir adelante sin su apoyo. Si ella no hubiese estado ahí para sostenerla todo el tiempo, quizá ellas dos tampoco estarían ahí en ese momento.

Se acomodó en el césped, recargando la cabeza en las piernas de Leila, una vez más. Ella comenzó a trenzar desde dónde se quedó.

Esta vez no se preocupó en permanecer despierta.

Capítulo 11

Capítulo 11

Dónde derribamos los muros

La hora en que despertó para volver a casa no era una de su agrado para conducir. Había luz natural en el cielo, sí, las lámparas todavía no se encendían y técnicamente podría considerarse temprano, eso también era verdad. Pero pasaba de las cuatro con quince, y eso ya *no* entraba dentro del horario marcado y estipulado por ella para conducir.

Cuando alguien le preguntara cuál era el problema, su respuesta sería la misma, arrugar el ceño, torcer los labios y alzar el dedo medio. ¿Cuál era la jodida necesidad de preguntar todo el tiempo? No era su puto problema, no tenían por qué andar de entrometidos en su vida. Razón principal por la que deseaba Leila no hiciera preguntas cuando le pidiera conducir de regreso. En ese punto de la amargura era una respuesta automática, ya no se detenía a analizar si debía hacerlo o callarse el hocico.

Quizá la única persona capaz de mantenerse su pregunta guardada era Amera, y eso fue a base de escuchar la misma grosera y pedante respuesta durante tres años consecutivos.

¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué era tan jodidamente complicado quitarse los malos hábitos de encima?

Parecía un puto alcohólico, asistiendo todas las noches a sus reuniones de AA para liberarse del pecado que era su adicción. La diferencia era el veneno que metía a su cuerpo, mientras que los asistentes de AA destruían su hígado y con lentitud el resto de su sistema, ella arruinaba relaciones con el resto del mundo. ¿Existiría alguna diferencia?

—¡Mackenzie, espera! —su cuello tronó por la velocidad en que levantó la cabeza.

Corriendo a toda la potencia de sus cortas piernas, Gaynor Wilson llegó a su altura, deteniéndose un momento para recuperar el aliento cuando la alcanzó.

—Pensé que no te alcanzaba, ¿volvemos juntas? —la rubia sonrió. Era el mismo gesto con el que logró hechizarla en primer lugar.

Obligándola a creer que era una persona distinta, alguien con madurez mental suficiente para saber diferenciar cuando estabas ocupado, a cuando deseabas ignorarla por completo. Esa suave curva de labios

delgados, acompañada con mejillas sonrojadas y un “inocente” juego con los mechones de cabello la trataron como estúpida.

Leila levantó la cabeza de su hombro, seguía sujetándose de su brazo, y Mackenzie permanecía de pie, sin responder.

—No —contó hasta cinco, luego añadió—, no voy para mi casa, tengo un compromiso.

Gaynor inclinó la cabeza hacia un costado, pretendiendo que no comprendía lo que estaba insinuando Mackenzie. Incluso murmuró en un tono alto, como si de verdad estuviera esforzándose por pensar en el significado detrás de sus palabras.

Jodida sonrisa. Jodidos ojos. Jodida actitud. Jodida Gaynor.

—Pero si Amera todavía no sale del hospital, ¿a dónde más podrías ir?

Mackenzie notó la presión en su brazo, Leila le apretó por reflejo. Aquella chiquilla estaba ignorando su compañía con desagradable descaro.

Aunque era consiente que vería su peor faceta, tarde o temprano, no deseaba mostrársela justo después de haber toma una agradable siesta en su compañía. Sus manos se apretaron en un puño dentro de los bolsillos de su chaqueta, si fuera una chica que usa uñas largas, justo ahora estarían sangrando sus palmas por la dureza. En el exterior Leila y Gaynor verían como su expresión facial se suavizaba, mostraba su sonrisa de superioridad con la que acostumbraba a burlarse de otros.

—Mi vida social no gira en torno a Amera, quizá no estés enterada, pero vive con su esposo… novio… prometido… —fue su turno de fingir que pensaba—, el hombre con el que ha decidido compartir el resto de su vida, ergo, no necesito estar pegada a su lado todo el tiempo.

Gaynor se encogió de hombros, pretendiendo que el rubor en sus mejillas no era por vergüenza.

—Además, si no has puesto esos ojitos tuyos a funcionar, tengo compañía —señaló a Leila con la cabeza, insegura de mostrar el daño que había hecho en sus manos—, Leila, ella es Gaynor Wilson, la hermanita menor del cretino que lleva acosando a Amera desde hace un mes. Gaynor, ella es Leila —el pánico llenó su pecho por tres segundos—, mi compañera y una allegada muy querida para mí.

Su corazón se detuvo.

Sintió una gran victoria al ver la velocidad con la que retrocedió Gaynor, a

ella jamás la llamó compañera, nunca uso palabras tan dulces al hablarle.

¿Pero qué putas era lo que acababa de hacer?

¡Llamó a Leila su compañera! ¡Com-pa-ñe-ra!

Jodidos impulsos y actitud de fuego.

Ella misma estaba insegura de lo que sentía por ella, no sabría ponerle nombre a la forma en que su pecho dolía cada vez que recibía una sonrisa por parte de Leila, sabía muy bien que al llegar a casa, después del resultado de este encuentro, se encerraría en el baño bajo la ducha hasta volver a levantar los muros de su corazón.

Y odiaba que eso fuera a suceder. Pero así sucedía con ella.

—Oh… ya veo —respondió Gaynor.

Temiendo que se hubiera quedado callada durante una eternidad (aunque hubieran sido como diez segundos), Mackenzie suspiró. Y se arrepintió.

Fue el suspiro de odio absoluto. La respuesta universal para todo aquel que no consideraba dignos de su cantidad moderada de veneno. Odio su respuesta porque lo que sucedió después; Leila soltándose de su brazo.

—¿Entonces fue mentira? Creí que podrías mantener las cosas en "cortesía" pero veo que no —Gaynor ajustó su mochila sobre el hombro, su perfecta actuación de exnovia que trataba de mantener una amistad, fue estelar. Incluso obtuvo la reacción que quería de Mackenzie.

Caminar hasta el coche después de ver a su ex alejarse, fue incómodo. Todo el cariño y mimo que había recibido de Leila desapareció, no había señales de que este fuera a regresar.

Al volver a casa, aunque ya había dedicado todo el viaje de regreso para analizar lo que sucedió en el parque, no sentía como la acción de respuesta apropiada simplemente perdonar a Mackenzie por su actitud. Comprendía a la perfección la actitud de aquella chica, ¿Gaynor, se llamada? Sí, estaba segura de que ese era su nombre, así fue como la presentó la bonita pelirroja.

Pero ahora comprendía porque Ryan siempre hablaba sobre ella como si fuera una bruja.

El plan al que llegó, momentos antes de bajar del coche y mantenerse en el elevador por treinta segundos hasta el piso en el que vivía Mac, estaba

por irse completamente al olvido. La chica arrojó su mochila hacia el sillón tan pronto como cerró la puerta, girando el mango unos centímetros hacia el costado antes de poner el seguro y ocultar el bate de aluminio detrás del librero, y se dirigió a su habitación azotando la puerta.

Leila suspiró, se recargo en el muro del pasillo que llevaba a las habitaciones y se cruzó de brazos. Todavía hay temas de la discusión con la ex de Mackenzie que quería aclarar, aunque no estaba segura de querer hablar con ella de esa forma.

Tocó la puerta de todas formas.

Y la bonita mujer de ojos brillantes abrió luego de escucharla tocar cuatro veces.

—Escucha, no esto…

Leila presionó un dedo en sus labios, obligándola a callar. Entró en el cuarto y se sentó en la cama, palmeo el espacio libre, no era una invitación para charlar; era una orden. Pudo darse cuenta, por la forma en que Mackenzie estiró la espalda, que no estaba acostumbrada a recibir órdenes de esa forma. Esperó a la respuesta, se mantuvo quieta, sin mover las piernas o mirar a los lados para pasar el tiempo.

Ese no era el estilo del amo Jeremiah.

Mantuvo la mirada sobre ella todo el tiempo, sin presión, sin tensar su expresión o dar señales de cansancio. Quedarse con una posición neutral y una sensación de inocente curiosidad.

Al final la resistencia de esa chica con mirada desafiante fue derrotada, arrastrando los pies hasta dejar caer el peso de su cuerpo junto al suyo. Aunque estaban en el mismo sitio, apretando los labios en una gruesa línea blanca, Mackenzie hizo todo cuanto estuvo en su poder por evadirle la mirada.

Así que fue Leila quién inició la conversación.

—¿No terminó bien tu relación?

Mackenzie volvió a suspirar, sólo que no era nada parecido al ruido que había hecho esa misma tarde. Tenían la misma expresión de cansancio, con los hombros tensos y las cejas fruncidas. Era la forma en que sus ojos brillaban, como si quisiera llorar, lo que la diferenciaba del gesto que le provocó frustración.

—No soy una persona de relaciones, mi única amiga es Amera, y eso es porque ella a aprendido a lidiar conmigo a lo largo de los años —habló en

voz alta. Leila sólo podía imaginar lo difícil que debería de ser eso para ella.

—¿Y ella tenía la paciencia que Amera tuvo contigo? —Mackenzie giró con sorpresa, su cabello pareció ondear como llamas de fogata con ese movimiento—. Una relación involucra dos personas —continuó Leila—, la razón por la que Amera y Ryan han permanecido juntos durante todos estos años, es porque hablan. Ninguna relación es funcional con una persona gastando energía por dos —aunque no necesitaba tomar una pausa y respirar, Leila sostuvo las manos de Mackenzie entre las suyas.

Luego de un largo silencio, sostuvo su rostro con ambas manos, acunándolo. Frotó sus mejillas con los pulgares, una y otra vez hasta que vio la caída de su máscara.

Fue como ver una persona completamente distinta.

El brillo en sus ojos que tanto le gustó cuando la conoció por primera vez, la sonrisa y seguridad en su mirada cuando hablaba con ella ya no existía. El rostro que tantas veces vio y recordó responder a los insultos de otras personas, burlarse de quiénes no eran capaces de responder con elocuencia en una lucha verbal, no era más que un sueño a comparación de la mujer que tenía en sus brazos en ese momento.

Una lágrima cayó por su mejilla, perdiéndose en las manos de Leila. A esa primera le siguió otra y otra hasta convertirse en llanto.

Quién fue la primera en inclinarse a quién es una pregunta a la cuál ninguna pensó en buscar una respuesta. Mackenzie se aferraba al abrigo de Leila, con el rostro oculto en su hombro, llorando hasta secar sus reservas de lágrimas e irritarse la garganta. Oh, se sentía horrible la tranquilidad que le daba verla sufrir así, sin embargo, al mismo tiempo se sentía incapaz de hacer otra cosa que no fuera frotar su espalda con movimientos circulares.

Ni siquiera podía sacar de su mente todas las palabras de consuelo y apoyo que tenía adentro, dando vueltas y repitiéndose una y otra vez. Sólo podía pensarlas, escucharlas en su cabeza y creer que su abrazo sería suficiente para poder ayudarla.

Así que sólo la abrazó con fuerza, tan cerca de su cuerpo como pudiera, esperando que los latidos de su corazón fueran suficientes para hacerle entender lo mucho que le preocupaba, deseaba ser capaz de transmitirle el apoyo y tranquilidad que sentía. No importaba si era un poco, en ese momento, sintiendo su cuerpo entero temblar y encogerse, lo que más deseaba era poder hablar.

—Está bien llorar, Mackenzie. Aquí estoy.

Diría, con el tono de voz suave que su madre usaba con ella y Yelina en las noches de tormenta.

Llora lo que quieras, querida Mackenzie.

Capítulo 12

Capítulo 12

Para abrir la caja prohibida y desatar el caos

Remojó su rostro varias veces hasta sentir que el ardor en sus ojos disminuía. Cubrir los espejos para escapar de la aterradora visión que era verse reflejada, dejó de ser un miedo constante en ella después de ingresar a la universidad. Descubrir que volvía a hacer lo mismo en un momento así la ponía nerviosa en el mismo nivel que aterrada.

¿Cuándo fue siquiera la última vez que lloró de esa forma? Y no hablaba de esas lágrimas de estúpida niña de quince años, no, quería recordar la última vez que *realmente* lloró. Había una sección en su memoria que trataba de decir a los nueve, pero la otra parte realmente gritaba los trece años, en su primera cita en forma con un doctor para atender sus heridas y la piel quemada. ¿Y era realmente esa? No. demasiado pronto, muy cerca para haber…

El accidente.

Claro, ahora recordaba la última vez.

Levantó el tapón del lavabo, usando las toallas de reserva en el baño para secarse, en la sala, esperando con una jarra llena de chocolate caliente (o mejor dicho espeso), Leila sonrió al verla salir. Un gesto tan simple, realmente sencillo y que fácil podría pasar desapercibido por muchos le entibió el corazón. Ya ni siquiera tenía ganas de resistirse, obedeció al impulso de sus piernas para ir a sentarse junto a ella, aceptó su taza de chocolate y saboreó con agradable sorpresa, la crema batida que llegó en acompañamiento.

—Creí que estaría dulce —Leila pareció pensarlo durante unos momentos, antes de responder.

—Al amo Jeremiah no le agradan los sabores dulces, y la receta del chocolate viene de su familia —observó a Mackenzie beber el chocolate, un sorbo tras otro, hasta que un poco del brillo y ánimo de la chica que tanto le gustó, volvió a ser parte de ella—. ¿Mejor?

—Bastante, gracias.

Leila atoró un riso rebelde detrás de su oreja, deteniéndose para frotar su oreja con mimo. Las respuestas a esas esporádicas muestras de atención, que comenzaban a volverse sus favoritas, eran sus favoritas. Sus mejillas se coloreaban, las pecas en su nariz parecían brillar como verdaderas

estrellas, lo único que la retenía de inclinarse para besar cada una de esas pequeñas luces, era la tensión en sus hombros.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —Mackenzie miró los rastros de crema batida en la taza, era como si quisiera leer hojas de té, solo que usaba manchas blancas para hacerlo.

Cuando aprendió el lenguaje de señas para comunicarse con su madre, los instructores siempre decían que era importante considerar la personalidad de alguien, porque el cuerpo hablaba más de lo que la voz podía, durante años tuvo miedo de moverse mucho cuando hablaba con su madre. Todo lo contrario a lo que sucedía con Leila. Al hablar con ella, fuera por medio de un monologo o una larga y silenciosa conversación, lo disfrutaba. El miedo de hacer algo que pudiera significarse algo distinto no existía.

—A decir verdad… sí —se preparó mentalmente para la conversación, mientras Leila volvía a llenar su taza con más chocolate y preparaba una para ella—. En realidad, sólo he hablado de esto una vez, a mi psiquiatra hace años, y jamás le dije la verdad, mentí porque no quería volver a hablar del tema.

Ahí está, el punto de no retorno.

—Mis padres murieron en un accidente de tren en el que estuvimos involucrados cuando era pequeña, murieron al instante y yo estuve hospitalizada por meses. Uhm…, no había nadie que pudiera hacerse cargo de mí, fue una entrada directa al sistema de adopción, creo que no pase mucho tiempo ahí antes de que me adoptaran —sí, ahora recordaba con claridad, cuando la dieron de alta del hospital fue la primera vez que realmente lloró—. No recuerdo bien cómo fue, pero pasé de vivir en un orfanato con otros niños igual de miserables que yo, a tener mi propia habitación y una enorme cama que solía usar como tienda de campaña.

Comió lo restante de crema batida con una cuchara.

—Fui adoptada a los cuatro… creo que fue a los cinco. Aunque sólo pude disfrutar de esa paz durante un año o dos, hasta que le diagnosticaron a mamá el cáncer. Después de eso su hermana y… su hermana y su…

Una risa histérica ascendió desde su pecho. Cubrió su boca con ambas manos, tratando de controlar el ataque, mantenerlo bajo control.

Pero resultó imposible.

—Y yo pensaba que Amera sólo me jugaba una broma…. ni siquiera puedo armar una sentencia coherente sobre la situación.

Leila tomó su mano, todas las expresiones que Mackenzie le había mostrado hasta ahora, desde el sonrisa autentica cuando rieron en su coche, hasta el dolor absoluto de hace unos minutos, ninguna de ellas era comparable con la tensión que veía en ese momento. Volvía a estar tensa, evitaba mantener contacto visual, concentrándose solamente en sus manos.

—Durante siete años viví bajo el mismo techo que la persona que abusó de mí.

Mordió su lengua, evitando empezar a reír otra vez.

—Mis padres adoptivos tuvieron algo más importante a lo cual prestar atención, atender el cáncer de mamá y hacer lo posible por evitar que volviera… y no los culpo, nunca lo he hecho pero… pero yo…

Leila pensó que iba a volver a llorar, vio caer sus hombros y enterrar el rostro en sus manos, estaba preparándose para sostenerla si era necesario, y no lo fue.

Mackenzie giró en el sillón, dejando caer su cabeza sobre uno de los brazos, cubriéndose los ojos con el antebrazo. Esa posición le recordó mucho a Leila a una habitación de psicólogos, o tal vez un psiquiatra. Mac suspiró, sin descubrirse los ojos retomó su historia.

—Para mí, la hermana de mi mamá es una vieja bruja y deseo que se rompa las piernas, la cadera y pase el resto de su existencia usando un pañal en una silla de ruedas —humedeció sus labios, usándolo como una larga pausa para controlar el dolor de su pecho—. Amera siempre me dijo… y no sólo ella, mi psiquiatra también, ambas decían que desearle ese tipo de males a una persona me haría daño, porque toda energía mala que deseas se te regresa en igual medida.

Leila asintió, su pensamiento era idéntico.

—Esa mujer, esa zorra esa…. Como quieras llamarla, sabía con exactitud lo que sucedía conmigo. El pedazo de mierda con quién casó era… ¿alguna vez te hablaron del padre de Amera y Ryan? —Leila hizo un gesto de afirmación, a medias—. Bueno, puedes multiplicar a ese grandísimo hijo de puta por cien —tomó aire y lo soltó de golpe.

Recostarse como si estuviera en un diván le ayudaba a soltarse, fue la forma en que pudo hablar del problema con la psiquiatra y su terapeuta, de lo contrario nunca hubieran logrado que abriera la boca, y Amera hizo un juramento de nunca contar su pasado, ella hizo el mismo juramento de jamás sacar a la luz el origen de su relación con Ryan.

—Diagnosticaron a mamá y papá no se despegó de ella ni un solo momento desde entonces, era todavía una bebé y no podían llevarme al hospital con ellos, así que le pidieron a la "señorita" Sierra Sweeney y a su esposo quedarse en casa para cuidar de mí —Leila sostuvo sus manos, Mac apenas y se dio cuenta de lo que hizo—. Realmente no recuerdo mucho de *cómo* empezó, tengo muy grabado en mi memoria el desprecio que le tenía a ese tipo nunca quería quedarme en la misma habitación que él y cuando podía, me escondía en mi caja de juguetes…

[…]*Mamá pudo quedarse en casa el tiempo suficiente para darle un beso de despedida, le preparó el almuerzo e incluso se sentó con ella en el baño para peinarla. Como era su primer día de escuela le hizo unas hermosas trenzas africanas, más sueltas de lo que debería ir el peinado, por supuesto, su cabello no era igual y podría dañarse. Mackenzie atesoró esa hora completa en compañía de mamá, en la puerta del baño papá esperaba (vigilaba) a que terminaran de peinarla para llevarla al coche, luego de asegurarse de que mamá estaba en cama, descansando.*

No comprendía porque debía reposar tanto tiempo, nadie le quería decir lo que ocurría con mamá. Era muy pequeña para conservar recuerdos de sus padres biológicos, hasta el momento todos sus recuerdos eran con mamá y papá, Deidre y Cassian Zweinbrücken, el maravilloso matrimonio que la adoptó. Quizá por eso tampoco le hizo ninguna pregunta a papá sobre el delicado estado en el cual se encontraba mamá.

—Bueno, ¿ansiosa por tu primer día? —Cassian frotó la mejilla de su hija, adorando el sonrojo que iluminaba sus pecas.

—¡Quiero hacer montones de amigos nuevos! —eso era mentira. La sonrisa, el sonrojo; todo era mentira.

—Tómalo con calma, Kenzie, verás que harás todos los amigos que quieras en poco tiempo.

Mac dejó que papá le alborotara el cabello sin quejarse, de todas formas en unas dos o tres horas las trenzas se aflojarían más y todos sus rizos estarían libres para danzar con el viento.

En la puerta de la escuela se ajustó la mochila, se colgó la lonchera (¿quién era el personaje? ¿Barbie?) de un hombro y corrió hacia el interior. Muchos niños más entraban con ella, pero ninguno parecía compartir su emoción. Algunos de ellos lloraban aferrándose a la pierna de sus padres, otros solo entraban arrastrando los pies.

¿Acaso era la única niña que deseaba alejarse de casa?

La maestra se presentó al terminar de sonar la campana, Mac aún conservaba una enorme sonrisa en el rostro. Fingiría. Mantendría la farsa de ser una niña feliz y contenta todo el tiempo si era necesario, mamá estaba enferma, necesitaba cuidados y siempre estaba en el hospital. Por mamá podría pretender que no le daba miedo estar cerca de ese señor.

—¿Mackenzie Zweinbrücken? —levantó la mano con entusiasmo—. Siéntate aquí, pequeña, junto a Amera Áilleach —obedeció, dando saltitos en lugar de pasos.

—¡Hola, yo soy Mackenzie, puedes llamarme Kenzie si quieres!

—¿Oh? —la rubia volteó a verla, como si no la hubiera escuchado—. Oh, cierto, ¡hola, yo soy Amera! —en lugar de querer hablar con su compañera de asiento, la rubia volteó al otro extremo del salón, dónde un niño, escondido entre sus hombros miraba el escritorio al borde del llanto.

—¡Profesora! ¿podría sentarme junto a mi hermano? No quiero otro compañero de mesa.

—No, Amera, al menos hasta el próximo año, no podrán escoger con quién se sientan en clase.

¿Otro compañero de mesa?

¿Qué había de malo con ella?

¿Era por el color de su cabello?¿Acaso eran sus pecas?

¿O es que acaso esa chica podía darse cuenta de que fingía ser feliz? […]

Mackenzie se sentó de golpe, frotándose el rostro para borrar los recuerdos que parecían escaparse de su caja fuerte.

—Da lo mismo, yo era pequeña indefensa y se supone que debía confiar en los adultos para que me cuidaran. Ni mi mamá, ni mi papá ninguno de los dos podía ver el monstruo al que dejaron entrar, porque su máscara era impecable —miró fijamente la palma de sus manos, preguntándose a dónde fueron todas las cicatrices que le hicieron—. Fue Amera quién finalmente me salvó.

Leila rodeó sus hombros, atrayéndola hacia su pecho en un fuerte abrazo.

—¿Cómo te ayudó? —preguntó, soltándola tan lento que parecía indecisa en dejarla ir.

Mac rascó su barbilla, un nuevo gesto para añadir al libro de conversaciones silenciosas que podía tener con Leila. Eso significaba que era vergonzoso e incómodo.

—En clase de natación. Yo me oponía a desnudarme en público, eso incluía usar traje de baño porque… aquí, justo dónde mi tatuaje cubre mi hombro y parte del pecho —se quitó la chaqueta y bajó su playera hasta revelar completamente el rosal que se hizo hace tantos años, era una cama de rosas dónde una serpiente de coral azul parecía tomar una siesta—, solía apagar las colillas de su cigarrillo luego de *terminar*. Era el lugar más notorio en ese entonces, tendrían que sostenerme entre cuatro personas para ver mi piel —volvió a taparse—. Amera se esperó hasta el final para cambiarse ropa, cuando lo hizo me mostró las cicatrices de sus manos, me habló de su enfermedad y el intento de suicidio.

Tratando de ordenar sus palabras, para no hacer saltos de tiempo que confundieran a alguien, frotó su pecho, los recuerdos parecían revivir el ardor de sus quemaduras.

—Viendo como esa niña popular de piel impecable tenía algo tan grotesco en su piel, me dio valor suficiente para confiar en ella, así que la arrastré a una ducha vacía, abrí la llave para evitar que alguien quisiera entrar y sacarnos… y le mostré mi pecho. Vio mis heridas y lloró. Le conté todo lo que estaba sucediendo en mi vida, esa sentimental no dejó de llorar hasta que me callé. Cuando lo hice llamó a la policía y me arrastró hasta la comisaría. Por supuesto llamaron a mis padres, por supuesto me llevaron a un hospital para corroborar mi historia. En ese momento yo quería golpear a Amera y romperle su bonito rostro, pero entonces, en el consultorio de la ginecóloga, mientras esperábamos a mis padres me tomó de las manos por primera vez y dijo: «nadie debería de tocarte sin tu permiso. Nunca nadie debería ponerte las manos encima sin tu permiso».

Esta vez, al empezar a reírse, volvía a ser la risa genuina que Leila escuchó en el auto.

—Mierda… ni siquiera comprendo porque somos amigas, no coincidimos con nada.

Leila levantó las manos para hacer una pregunta, posiblemente algún momento dónde ella y Amera hubieran compartido un momento íntimo. Lo hubiera hecho, si la puerta de entrada no se hubiera abierto y cerrado con

un golpe.

—¡Arg! De verdad no entiendo a Ryan en ocasiones, lo odio cuando nunca me dice nada y hace… —Amera se detuvo frente al sillón, arrojando su bolso de mano hacia la mesa de centro—. ¿Sucede algo malo, Mac?

—Oh, nada, decidí abrir la caja de pandora, es todo.

Su amiga frunció el ceño, aquel era el gesto de alguien que sabe es mejor no preguntar.

—¿Sabes? Puedo quejarme de mi novio cuando estés de humor para animarme a odiarlo durante unas horas. Iré a preparar un poco más de chocolate —señaló las tazas vacías frente a Mackenzie y Leila—. ¿Aún tienes avellanas, o te las comiste todas? No importa, improvisaré.

Dejando detrás de sí un ligero aroma a perfume, la pelirroja volvió a reírse. Había lágrimas en sus ojos, ambos parecían ser genuinos, pero Leila no supo identificar ninguno en ese preciso instante.

Capítulo 13

Capítulo 13

De los peores recuerdos de mi jodida vida

Pensar en que después de tantos años estaría reviviendo la noche de su primera pijamada, no era algo agradable para poner en su memoria. Y lo hacía con las mejores intenciones, quería mantener aquel momento dónde se quedó despierta toda la noche, solamente charlando como una noche única que no volvería a repetirse. Ahora, recargando la espalda en el sillón individual que estaba en la sala de estar, pensaba diferente.

Existía la posibilidad, así fuera muy pequeña, de que todas las reuniones entre chicas fueran distintas y no se repitiera la misma temática. Por lo menos eso es lo que quería pensar. Que Amera cambiara su actitud con esa rapidez, la asustaba al mismo tiempo que la llenaba de tranquilidad. Su amiga no cambió en ese aspecto desde su graduación de la preparatoria, y fue el primer detalle que imaginó dejaría en el pasado, esos saltos de humor tan repentinos que solía tener. Bueno, no le estaba dando el crédito suficiente; cambió, sí.

Ahora en lugar de pasar de extremadamente alegre a jodidamente enojada, era algo un poco más… ¿cómo podría llamarlo? ¿Altruista, tal vez? No sentía que la palabra fuera la apropiada, en realidad, parecía que se estaba yendo por el camino contrario de manera absoluta. Sea como fuere, hablar sin ser interrumpida, mientras usaba una cómoda pijama de algodón, era una situación a la que no iba a negarse.

Especialmente no cuando sus personas más importantes estaban totalmente en el ambiente… o bueno, una de ellas lo estaba. Leila permanecía quieta, con los ojos cerrados y una absoluta expresión de paz en el rostro, tanto Amera como ella comprendían muy bien si ella decidía no usar una pijama comodísima de algodón con algún estampado infantil, ninguna iba a cuestionar su elección de usar un camisón azul celeste para pasar el resto de la noche. Fue Amera, después de todo, quién decidió que quería subirse la moral durante los últimos años de preparatoria usando camisones y babydoll como si fueran una pijama normal.

Mackenzie terminó por contagiarse de su energía, veía a su amiga detrás de Leila, de rodillas mientras tarareaba alguna cancioncilla popular del momento, peinándole el cabello, tratando tantos estilos como se le pudieran ocurrir.

—Bueno, ponme al día, ¿nos estamos quejando del señor mierda o sólo

estamos dejando salir los males que destruirán al mundo?

Mac suspiró, recogió las piernas para recargar su mejilla en las rodillas.

—Dejando salir los males que destruirán al mundo… me pareció que era mejor tarde que nunca, ¿sabes? Hablar.

Amera movió la cabeza de forma afirmativa. Hablaban en un tono moderado, el resto de la casa se mantenía en silencio, lo cual le permitía a Leila escucharlas con total claridad sin la necesidad de empezar a gritar o subir el volumen de voz.

—¿Fue un proceso complicado, el de esa criatura? —preguntó Leila. Miraba fijamente a Mackenzie, a la espera de una respuesta.

Cuando Amera terminó de peinarla se dejó caer sobre la alfombra de cojines que armaron en la habitación de la chica pelirroja. Abrazando uno de ellos para mantener su cabeza elevada, ella también observaba a su amiga.

—Para ser honesta no lo recuerdo. Me quedé un año más en la escuela antes de mi transferencia, mamá y papá fueron los que más sufrieron con todo esto —Leila levantó las manos, dispuesta a hacer una pregunta, cuando Mackenzie añadió—. Quiero decir, aún teníamos varios pagos de hospital que atender, mamá apenas había tenido una operación muy delicada, y a parte de todo estaba el asunto de una demanda hacia su cuñado, los cargos policiales por abuso a menores… creo… ¿fue por ese entonces que me dieron asilo político, o no, Amera?

La rubia miró al techo.

—Creo que sí, último año de secundaria… ¿a los catorce años, más o menos? —Mac asintió—. Entonces sí, en ese tiempo Ryan prácticamente vivía en casa de Roger y nosotras pasábamos todo el día en mi habitación.

Mackenzie chasqueó los dedos, como si la hubieran iluminado con una luz reveladora. Una gran parte de los recuerdos empezó a tomar forma, al menos ahora tenía más claro el orden de los eventos. O una buena parte de ellos, porque, mierda, ¿quién en su sano juicio querría recordar con claridad los días en los que eras violado con regularidad?

—Primero fueron los tratamiento médicos, un injerto de piel o un tratamiento por las quemaduras, uno de los dos, análisis, estudios… un verdadero infierno médico. Después de eso fue la revancha con la policía y servicios sociales por un estúpido asunto de custodia y…

—¡¿De qué?! —Amera se levantó, arrojando un cojín hacia el rostro de Mackenzie—. ¿Cómo es que yo *nunca* me enteré sobre eso? ¿Servicios sociales planeaba ponerte en adopción, otra vez?

Ay, mierda…

Mackenzie se mordió la lengua. Tanto Amera como Leila la miraban fijamente, la rubia estaba furiosa, indignada y dolida por no haber sido merecedora de su confianza en un momento delicado. La segunda se veía intrigada, al vivir con Jeremiah era posible que conociera un poco sobre los procesos judiciales en situaciones de abuso, además ella conocía de esas cosas, ¿no es así? Según lo que escuchó de Amera, antes de convertirse en una devota sumisa de Jeremiah, solía ser una abogada a favor de víctimas de abuso sexual.

—Amera… en esos días lo que menos quería era preocuparme, servicios sociales culpó a papá por no estar pendiente de mi cuidado, mi mamá estaba por tener un colapso nervioso y ella se estaba culpando de todo lo que ocurrió. Fue su idea llamar a su hermana e invitarla a quedarse en la casa. Si nunca lo mencioné fue por eso, quería pretender que jamás ocurrió.

¿Por qué estaba resultando tan fácil hablar de esto?

Vale, sí, una cosa era poder mencionar una o dos cosas durante las sesiones de terapía porque su actitud empeoró con los años. Otra muy, muy diferente era contar las cosas como realmente ocurrieron sin el constante miedo de estar diciendo más de lo que era necesario. ¿Y si resultaba realmente que ninguna de ellas quería escuchar sus quejas?

No, corrección, ¿y si Leila no quería escuchar? Amera es un caso muy especial, ¿quién sino la persona que le ayudó a buscar ayuda querría quedarse a su lado para ayudarle a sanar? ¿Pero Leila?

No. No, no, no y no.

El instinto le decía que no sucedería así. Por mucho interés que alguien pudiera mostrar en ella (así fuera mayor al que tuvieron Gaynor y Livvy juntas), no era una buena idea soltar toda la mierda que llevabas acumulando a lo largo de los años en una tarde. Menos una noche.

Al menos todavía era capaz de leer a su amiga con total claridad y adivinar todos sus movimientos, prediciendo cuál sería su respuesta a la situación. Levantarse, caminar sobre las rodillas hasta quedar a su altura y recargar la cabeza sobre su hombro. Algunos hábitos eran difíciles de matar, encogerse ante la más mínima muestra de contacto era una de ellas. Ella mostró la iniciativa en esos días para abrazarla, era sumamente

tranquilizador ver como su amiga no la presionaba. Leila tampoco.

¿Qué haría ella si las pocas personas en las que confiaba empezaban a insistir con eso?

—Vale, pretenderé que jamás dijiste eso, ¿te parece?

Suspiró, dedicó varios minutos de silencio, durante los cuales Leila y Amera trataban de mantener una conversación sobre algo (aunque la pobre de Amera tartamudeaba mucho, y sus palabras se traducían a otras cosas), a pensar en sí de verdad quería pretender que nunca sucedió.

—No. No necesitas fingir que jamás lo mencioné, creo… tengo la sensación de que he estado huyendo de mis problemas durante mucho tiempo.

Y no puedo seguir viviendo con tanta mierda acumulada dentro de mí.

Cuando las palabras quedaron atoradas en su garganta, comprendió que todavía no se sentía lista para hablar del tema.

—Cada quién decide cuando está listo para hablar —añadió Leila, eligiendo cuidadosamente sus palabras—, yo tardé cinco años en hablar sobre mi ataque en mi grupo de terapía. Tal vez necesites rodearte de gente que comprenda tu dolor.

Mackenzie quiso responder que sí, eso podría ayudarle mucho. Ni a ella, ni Amera, ni su psiquiatra ni absolutamente nadie había sugerido esa opción antes, pero tuvo que guardarse su respuesta porque su teléfono comenzó a sonar.

Se disculpó con ambas chicas, tambaleándose entre el suelo hecho a base de almohadas para ir a la sala de estar, dónde dejaba abandonado el celular.

Leila se arrimó para quedar junto a Amera, recargadas en el marco de la cama.

—¿Qué es lo que hizo Ryan ahora? —sonrió, abrazando sus piernas contra el pecho.

Adoraba sentarse en posición fetal, sentir su corazón latir con claridad, por alguna razón, le daba mucha tranquilidad.

—En realidad no hizo nada malo, tuvo que viajar de emergencia Alemania

y canceló nuestra cena de aniversario.

Leila parpadeó varias veces. Batir las pestañas tres veces fue para confirmar que escuchó bien, los otros cuatro aleteos de pestañas fue para tratar de comprender las acciones de Ryan.

—¿Y estás bien con eso? —sin poder entonar su voz, Leila era incapaz de transmitirle a la bonita de Amera lo angustiada que se sentía por ella.

Conocía su historial de peleas con Ryan, no siempre terminaban en besos y sexo salvaje.

—No —respondió ella sin dudar—. Estoy furiosa porque nuestra reservación en ese restaurante de tres meses de espera se perdió, ese dinero no va a volver —jaló la trenza que se había hecho hacia el frente, jugando con ella sobre su hombro—. Pero entiendo que no tuvo otra opción y el viaje fue impuesto por la compañía. Me prometió volver el fin de semana… aunque no está seguro de que pueda volver para ese día.

La vio estirar las piernas, fijar la mirada en sus pies, como si quisiera contar sus dedos y asegurarse de tener diez, antes de recoger las rodillas.

—¿Y tú vas a contarle a Mac la verdadera razón de tu viaje?

Ah, ahora comprendía que no iba a permitirle pasar la noche siendo ella la única sin hacer confesiones. Recargó el peso de su cuerpo en su hombro, insistiendo de forma silenciosa por una respuesta, Leila únicamente miró hacia el punto opuesto de la habitación, pretendiendo no haberla escuchado. O mejor dicho, escogiendo la quinta enmienda.

—¡No te pongas así! —tomó uno de los cojines para golpearla amablemente en el rostro—. ¿No crees que sería interesante conocer su reacción?

En esta ocasión Leila sí respondió.

—Me encantaría, ¿pero crees que ella acceda a responder?

Amera mordió su lengua con fuerza, obligándose a no responder. Quién se inclinó ahora fue ella, pellizcando las mejillas de Amera para sacarle una respuesta.

Tal vez con un poco más de presión lo hubiese logrado.

Al igual que Amera, no tenía razones para mentirle o mantenerse guardadas sus intenciones, tuvo sus razones para confiar en ella y decirle

la verdad detrás de su viaje.

Pero escuchar como algo se destruía al caer, obligó a las dos a mirar la puerta, el lugar por dónde Mackenzie había salido.

—¿Mac? —llamó Amera, levantándose e imitando los movimiento de Mackenzie, tropezando con las almohadas buscando una forma de salir—. ¿Mackenzie, está todo bien?

¿Mackenzie?

Bueno, eso era nuevo, en los seis años que tenía de conocerla, jamás escucho a Amera llamarla por su nombre completo. Siempre era Mac, ¿acaso eso debía de preocuparla?

Cuando ninguno de las dos volvió, decidió ir hacia ellas, empujando las almohadas creó un camino para avanzar sin miedo a tropezarse. ¿Sería una buena idea interrumpirlas? Ellas eran amigas desde siempre, por lo que entendía, existía una leve posibilidad de que quisieran tener privacidad para charlar pero… ¿no fue el motivo principal de su viaje convencer a Mackenzie de que algo podría suceder entre ellas?

Asomó la cabeza por el pasillo, esperando percibir murmullos.

En su lugar, vio a Amera estrechando a Mackenzie en su pecho, su rostro se veía perturbado y, si juzgaba la tensión de su barbilla, se resistía a llorar.

Tocó la pared para hacerse notar, indicar que estaba ahí. Los brillantes (y ahora heridos) ojos de Amera se fijaron en ella. Mordía su labio.

—¿Qué sucedió? —por una vez agradecía no tener una voz, no necesitaba preocupar a nadie más con preguntas incómodas.

Amera respiró hasta que su barbilla dejó de temblar con cada movimiento.

—Volvió… —respondió Mackenzie, ignorante a la pregunta que había hecho Leila—, el cáncer de mi mamá… volvió.

Estaba hablando para ella misma.

Capítulo 14

Capítulo 14

De los días que tuve la peor suerte

Pensar que tendría que volver al hospital en esas condiciones.

Ni siquiera con un pensamiento o deseo propio.

Cuando el acuerdo con el amo Jeremiah para quedarse una temporada con Mackenzie, en lugar de permanecer en casa con todas sus comodidades, era para quedarse el tiempo completo sin viajes sorpresivos en los que sólo pasaba para tomar el té. Porque cuando le rogó al amo Jeremiah la libertad para visitar a esa hermosa chica de ojos azules, lo hizo para poder acercarse a ella y meterse tan profundo en su piel que no quedaría otra opción más que ser honesta.

Y aquí estaban. Mackenzie, Amera y ella.

Su hermana seguía en Seattle, no había nadie en mayor rango (por lo menos alguien en quién ella confiara) para saltarse el protocolo del escritorio, subir al piso dónde la madre de Mac estaba internada y tener un poco de calma. Por desgracia no era así.

Joanna tampoco estaba cerca para ayudarles, dos años después de haberse tomado un descanso por haber sido atacada por el doctor Carmichael, retomó el negocio del burdel. Estaba a unas dos horas de distancia del hospital.

—¡Y yo le repito que no pienso quedarme aquí tres horas hasta que le autoricen la información! —Mackenzie golpeó el escritorio, atrayendo la atención de todos—. Tanto como si manda a seguridad a perseguirme como si me da el número de habitación, tomaré ese elevador y abriré puerta por puerta hasta encontrar a mi madre!

Así que tuvo que intervenir antes de que la situación escalara en cuestión de gruñidos.

Ah, ¿era correcto sentirse tan bien por empezar a conocer las respuestas de Mackenzie hacia el mundo? Quizá en ese preciso momento no.

Se paró junto a Mackenzie, poniendo una mano sobre su hombro. La respuesta de la chica detrás del escritorio fue automática. Había altas probabilidades de que la llamara Yelina nada más verla, si no se hubiera

fijado primero en la cicatriz en su cuello.

—Señorita Deligiannis —Leila suspiró, moviendo la cabeza en un gesto afirmativo—. P-p-pero… no podemos simplemente dar… —la expresión de Leila se oscureció—, sí, ahora mismo.

Un par de minutos después, las tres ya estaban dentro del elevador en dirección a la habitación de la madre de Mackenzie. La pelirroja era la única zapateando, mirando la pantalla con fiereza, cómo si ese gesto pudiera hacer que subieran más rápido. Al llegar al piso, fue la primera en salir corriendo, ignorando a la enfermeras y doctores que gritaban a su espalda.

Amera tuvo que sostenerse de su brazo, no para ayudarla a caminar, ella parecía ser quién tenía problemas para sostenerse.

—¿Estás bien? —preguntó Leila, sosteniendo su rostro para poder verla.

—No… creo… necesito un momento antes de ir con ella. Tengo miedo de que este sea el momento en el que digan que no hay nada más que hacer, Mackenzie va a estar destrozada y yo… —se soltó unos momentos para golpear sus mejillas, lo suficiente para controlar sus lágrimas—. Esto sonará estúpido, y lo es —agregó. Leila no logró comprender porqué—, pero si Mac ve a alguien más llorando, o tiene la sensación de que *otra* persona está sufriendo y necesita desahogarse de alguna forma… ella no se va a permitir sentir nada. Pondrá su actitud dura y sus gestos.

—¿Por qué? —Amera se dejó caer en el suelo, enterrando la cabeza entre sus rodillas. De modo que Leila se vio obligada a seguirla, por mucho que considerara denigrante sentarse en lugares públicos.

—Su infancia… se convenció a sí misma de que está mal cuando ella sufre, no merece mostrar su dolor a otros y es menos importante al de otros —respiró repetidas veces, antes de continuar—. Así que, aunque sea sólo un momento, lloraré sin que ella me vea. Porque si yo estoy bien, no se sentirá culpable de llorar.

Leila frunció la nariz, levantó las manos dispuesta a dar su explicación de porque esa forma de pensar estaba equivocada. Queriendo compartir su experiencia con el dolor y la pérdida, pero Amera la interrumpió antes de poder formular una sola palabra.

—Como dije; es estúpido. Ella creció de esa forma, se educó de esa forma, no hay nadie en este planeta que pueda hacerla cambiar de parecer, ni siquiera su mamá.

Leila miró el pasillo, esperando el momento en que viera esa cabellera hecha a base de risos y fuego salir por la puerta, gritando e insultando al

mundo, las puertas del hospital e incluso el suelo. Si eso pudiera pasar, algo dentro de ella comprendería que era un comportamiento normal, apropiado para Mackenzie. Sin embargo nada sucedió.

—Iré primero, ¿estarás bien un tiempo?

Su sonrisa era triste, sus ojos empezaban a irritarse y no mostraba ni un fantasma de la alegre chica que siempre fue Amera.

—No. Pero no te angusties, iré con ustedes cuando me tranquilice un poco.

Eso fue lo que dijo… pretendía poder darle esa tranquilidad a Leila de que terminaría por alcanzarlas, cuando sabía a la perfección que no lo haría.

Le tenía mucho aprecio a Deidree, durante muchos años fue la madre que siempre quiso tener. Imaginarse verla en ese delicado estado le provocaba más inseguridad de la necesaria. Enviar a Leila con Mackenzie, sabiendo que ella no iba a moverse de su rincón en el suelo, fue grosero, no estaba segura de si ella misma sería capaz de perdonarse por hacer eso, ¿per que otra alternativa tenía? Su amiga merecía la libertad de llorar, sufrir por el estado de su mamá.

Si la veía de pie en la puerta tratando de contener las lágrimas, así fuera solo un poco, entonces iba a mostrarse como la chica dura que todos creían que era.

—Disculpe, ¿necesita algo, señorita? —Amera levantó el rostro, limpiándose las lágrimas.

—No, muchas gracias, estoy bien.

La enfermera no pareció convencida, aunque de todas formas se marchó, estaba ocupada y necesitaba hacer otras cosas.

Ni siquiera pensó en lo que estaba haciendo cuándo sacó su teléfono y le marcó a Ryan. Él estaba en Alemania, probablemente ocupado con lo que fuera que hubieran arruinado los pasantes, Micky ya tendría suficientes problemas tratando de mantenerlo centrado en lo que era importante… pero ella necesitaba escuchar su voz en ese momento.

—Perdón, mi amor, estoy muy, muy, muy ocupado, ¿podrías llamarme en la noche?

—No…, perdón, sí, puedo llamar más tarde, pero… ¿amor? —dudó, se mordió la lengua pensando en si realmente era lo correcto hablar de esto

ahora—. ¿Tienes sólo cinco minutos?

Ryan pareció dudar, era el ruido que hacía siempre que algo estaba por arruinar su agenda.

—Claro, ¿sucedió algo?

—Uhm… acaban de internar a la mamá de Mackenzie en el hospital —su prometido murmuró, a la espera del resto de la información—, al parecer el cáncer volvió, no sé como esté ella, no… no quise entrar en la habitación con Mac.

Ambos se quedaron en silencio durante lo que parecieron los más aterrados quince segundos de su vida. Ni siquiera cuando descubrió su embarazo, años atrás al inicio de su relación, sintió que el silencio duró tanto como ahora.

—Vale, dame… no, dejó a Micky a gritarle un poco a los internos. Si tomo el tren bala debería llegar contigo en unas… ocho… tal vez nueve horas. ¿te parece bien eso?

—Creo que puedo sobrevivir hasta entonces.

Colgó la llamada y tan pronto guardó el teléfono en su bolsillo, un par de piernas vestidas en el uniforme azul del hospital, se sentaron junto a ella. El deseo de pedirle al desconocido, fuera quien fuera, que se marchara y la dejara sufrir en soledad, desapareció al reconocer el rostro.

Lilliane había sido una gran amiga (y fuente de conocimiento) cuando ella y Ryan apenas comenzaban con su doma, aquella mística y fabulosa instrucción para ser una sumisa devota a su amo. Esa chica de ojos marrón y cabello de colores distintos en cada ocasión, se convirtió en alguien importante con quien tomaba un café, cuando se veían.

—Un pajarito me dijo que estabas aquí, ¿sucedió algo malo, necesitas ayuda?

—¿La chica de recepción? —Lilliane asintió, agitando los mechones purpura que escapaban de su chongo—. Sí, Mac le gritó un poco.

—¿Mackenzie? —la chica recargó una mano en la rodilla de Amera—. ¿Esa pelirroja con ojos de tigresa de la Leila *nunca* deja de hablar?

—Esa misma.

Lilliane apretó sus mejillas, soltando pequeños gritos que le recordaban a

la actitud de una adolescente, girando el cuello de un lado a otro.

—No. Espera, mi reacción es la equivocada. ¿Le sucedió algo tu Mackenzie?

Bueno, eso sucedía cuando te quedabas sentada durante media hora en el suelo, a mitad de un pasillo en uno de los mejores hospitales del país; la gente simplemente iba a preguntar que te orilló a quedarte ahí sentada, o si había algo dentro de sus capacidades médicas para ayudarte.

Menos mal en este caso era un rostro amigo.

—Su mamá está intern…

—¡Cállate la boca! —Lilliane golpeó su hombro, más como intento de subirle el ánimo, que por querer hacerle daño—. ¿Deidree es la madre de Mackenzie? He admirado a esa mujer desde hace años, cuando ganó su corona, ¿de verdad están relacionadas?

—Sí, la adoptaron meses después de que se retiró.

Pensó que nunca diría, o pensaría esas palabras, pero tener una amiga con la empatía suficiente para abrazarte mientras te contaba términos aterradores, era un alivio. Al menos así, cuando le explicaban con palabras que ella desconocía, no se sentía tan aterrada cómo podría sentirse si el doctor era quién le explicaba.

—¿Te sientes mejor para ir con ella ahora?

—Leila está con ella ahora, creo que es mejor tener pocas personas en la habitación ahora.

Capítulo 15

Capítulo 15

En el que nos reunimos de nuevo

Sentir la suavidad con la que su madre pasaba la mano por el cabello, agarrando mechones para empezar a trenzarlo, le envió una tranquilidad que creía imposible de sentir en esas condiciones. Llegó a convencerse (en los escasos minutos desde haber llegado al hospital) que la situación era horrible, lo peor. Imaginó la peor situación posible y sin pretenderlo, le pegó su miedo a su mejor amiga, esa era la explicación a la que llegó del porqué ella mandó a Leila primero.

Ahora empezaba a sentirse más tranquila. El dulce aroma a canela del perfume de su madre siempre le daba mucha tranquilidad.

—¿Puedo ofrecerle alguna bebida… señorita? —Mackenzie levantó la cabeza, su padre nunca se había visto tan incómodo como en ese momento.

Leila llevaba sus audífonos y miraba el teléfono, no existía forma humana en que fuera capaz de escucharla, luchando contra el deseo de quedarse recostada disfrutando de los mimos maternales, giró el rostro hacia su padre.

—No puede escucharte, papá, es parcialmente sorda.

Esa respuesta pareció ser suficiente, aunque lo estuviera diciendo ella misma.

¿Su papá siempre había sido tan complaciente? No, claro que no… ¿verdad? El papá de sus recuerdos solía decir que no con mucha frecuencia.

¿O sólo era que ella recordaba los "nos"?

—¿Puedo ofrecerle alguna bebida? —volvió a preguntar Cassian, ahora usando sus manos para verbalizar.

Leila levantó la mirada de la pantalla, elaboró una de sus tímidas sonrisas, las que ponía con excesiva frecuencia delante de Jeremiah y respondió.

—Es muy amable, un poco de té sería agradable.

Cassian se volvió a su esposa e hija, sonriendo.

—¿Tú quieres algo, cariño?

Mackenzie arrugó la nariz como reacción instintiva.

Empezó a sentir natural repulsión a cualquier apelativo que no fuera "Mac" cuando cumplió diez años, un aproximado de tiempo en el que Amera utilizó el noventa por ciento de su energía para convencer a la gente de que *ella* era una bruja sin alma que solo deseaba provocar daño a otros. Durante esos últimos años de la primaria todos le gritaban «señorita hostilidad» al verla pasar por los pasillos.

Malos hábitos nunca mueren.

Al menos eso decía la gente.

—Estoy bien, papá, gracias.

Cassian abrió la puerta de la habitación y permaneció en el marco de la puerta.

—Cariño, ¿Amera no vino contigo? —Leila se mordió el labio, mientras que Mackenzie trató de no tensarse—. Generalmente van juntas a todos lados, ¿está bien?

Durante los segundos que tardó su padre en girar, sentarse en la cama junto a su madre y mirarla fijamente, Mackenzie luchaba por idear una respuesta sensata, algo distinto a: «"tuve un lapso nervioso y tal vez se lo contagié"».

—Dijo que iba a llamarle a su novio.

Tan pronto las palabras abandonaron su lengua se arrepintió de abrir la boca.

¡Que estúpida y descuidada había sido!

¡¿Le llamó a su novio?! ¡Hubiera sido más considerado decir que le llamó al hijo de puta de su padre!

Fue necesario observar la expresión de sus padres para entender el daño que provocó, ellos no estaban enterados de nada de lo ocurrido en la vida de Amera. Durante el último año de preparatoria, cuando se enamoró de Ryan, durante el embarazo, las visitas al burdel de Joanna, el peor cumpleaños en la historia de los cumpleaños, Mackenzie jamás hizo una

sola llamada a Wisconsin para contarles lo que sucedía.

Hasta ese momento, en los siete años que pasaron desde que se graduaron de Dragoheda esta era la primera mención de que Amera se encontraba involucrada en una relación romántica.

—¿N-novio? Vaya, no debería de sorprenderme así pero… me asombra que Gilbert no siga metiendo su nariz en cada segundo de la vida de sus hijos.

Oh, querido papá… si tan sólo supieras.

Giró el cuello hacia la pared, ignorando la intensa forma en que Leila clavaba sus magníficos ojos marrón en su espalda.

Era culpable de todos los cargos, ¡pero antes muerta que admitirlo!

—Bueno, iré a la cafetería, regreso en un momento.

Todo permaneció en silencio después de que Cassian salió del cuarto, incluso cuando sus pasos dejaron de escucharse en el pasillo, las tres mujeres en la habitación seguían calladas. Dos ellas eran incapaces de crear ruidos con la garganta, y la que sí podía hablar, deliberadamente se apegó a la quinta enmienda.

Aun cuando Deidree llamó la atención de Mac, golpeando suavemente su hombro con un dedo, y preguntó por qué está era la primera vez que escuchaban sobre algo relacionado a la vida privada de Amera, Mack fingió demencia.

[…]*—¡Buenas tardes, señor y señora Zweinbrücken! —saludó Amera, colgándose un enorme bolso de gimnasia en el hombro.*

—Buenas tardes, Amera, Kenzie nos dijo que ibas a pasar a recogerla.

La sonrisa con la que Amera respondió a sus padres la hizo sentir un poco incómoda. Ella podía hacer ese tipo de gestos sin ningún tipo de culpa, cada vez que Mackenzie trataba de hacer algo así, parecía como si tratara de contener gases estomacales… no era algo placentero de ver. Ni siquiera cuando intentaba imitar las sonrisas de otras personas, sencillamente su rostro no creció para ser uno iluminado por felicidad.

—Sí, bueno, le pedí a mi hermano que me trajera porque… yo tengo dos pies izquierdos y al parecer eso no funciona para conducir. ¡Oh, cierto! Estos son unos regalos que traje, Ryan dice que es de buena educación llevar un obsequió al anfitrión cuando te invitan a su casa, no tengo idea

de dónde lo sacó, pero me parece algo agradable. ¡Aquí tienen! Espero les agrade.

Mackenzie espiaba los movimientos de Amera desde la espalda de su papá, la veía balancearse en un pie y luego arrodillarse en el suelo para buscar la bolsa purpura que llevaba dentro de su mochila cilíndrica, todo para levantarse y ofrecerle el obsequió a su mamá.

Todo sin borrar o alterar su sonrisa.

—Es muy amable de tu parte, Amera, muchas gracias.

Lo que hasta ahora fue una imperturbable expresión de felicidad se transformó en confusión cuando Deidree se dirigió a Amera.

—Perdón… no conozco el lenguaje de señas…

Entonces Cassian se adelantó para hablar, dejando a su hija desprotegida.

—Gracias por el regalo, lo apreciamos mucho —Cassian tocó la cabeza de Mackenzie, fue un movimiento tan delicado que su hija ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar y apartarse—. Ve a recoger tu mochila, Kenzie, tu amiga está esperando.

¿Amiga? ¿Ser invitada a una pijamada significaba que eran amigas?

Amera volvió a sonreír cuando sus miradas se cruzaron.

Apenas había pasado un semestre desde comenzaron a hablar sin insultarse mutuamente, unas cuantas semanas no eran suficientes para ese nivel de confianza, ¿verdad? Ni siquiera podía comprender de dónde salió la invitación a una pijamada.

—¿Por qué me invitaste a tu casa? —sólo hasta que Amera cerró la puerta de su habitación, después de haber dejado la caja de pizza en la mesa de noche, tuvo el valor de preguntar.

—Creí que sería una buena oportunidad para hablar, conocernos un poco más y… no lo sé, quizá podríamos volvernos buenas amigas. […]

Porque no había fuerza humana, mitológica o religiosa que la obligara a hablar sobre los secretos de su amiga sin haberlo discutido con ella previamente. Suficiente daño hizo ya al mencionar la relación romántica

de Amera, no iba a empeorar la situación.

Especialmente no cuando la rubia entró en la habitación, limpiando las pocas lágrimas que aún quedaban en la comisura de sus ojos. Sonrió y saludó primero a Deidree, luego se unió a Leila en uno de los sillones de visita.

—Perdón por no venir antes… necesitaba hacer una pequeña parada.

—Kenzie mencionó una llamada, ¿todo bien con tu pareja?

Oh… mierda.

Aunque la mirada de Amera se clavó en su espalda, cuando pretendía no ponerle atención, su mamá no hubiera sido capaz de notar la dureza con la que estaba observándola. Una cosa, en los años que llevaban viviendo juntas en Inglaterra sólo le pidió una puta cosa; cerrar el pico sobre su relación.

—Sí, está todo bien, Deidree, gracias por preguntar.

—Me sorprendió escuchar de tu novio… ¿Es alguien del hospital dónde trabajan? —preguntó Deidree.

Sus manos realizaban los mismos movimientos ligeros que Leila al hablar, parecían flotar en el aire, era más fácil para Amera leer las palabras de Deidree, quién siempre reducía la velocidad de sus palabras para aquellos que apenas aprendían su lenguaje.

—No, no es del hospital, en realidad es alguien que iba con nosotras en la preparatoria… pero nunca llegamos a hablar hasta el último año.

Mackenzie se encogió cuando ella comenzó a explicar, fue una reacción involuntaria deslizarse detrás de Leila y sujetarse a sus hombros para ver la conversación desde la seguridad de su espalda. Ya conocía la mentira… o mejor dicho, la verdad parcial.

Amera le contaría el inicio de su relación con el inútil de Ryan sin decir su nombre nunca, luego le diría lo que ocurrió con su padre, la situación de su hermana gemela y… su hermano. Las dos entonces esperarían que no hiciera más preguntas. Cada vez que alguien preguntaba por su relación, contaba lo mismo con la esperanza de que eso los dejara satisfechos.

—Oh… bueno, admito que me da tranquilidad saber que están lejos de ese hombre.

—Sí, Ryan y yo estamos mejor ahora.

Leila se tensó entre sus manos, Mackenzie intuyó que había leído los labios de su amiga, las dos estaban más inseguras sobre la dirección que llevaba la conversación.

¡Sobre todo porque su mamá nunca se quedaba satisfecha!

Una vez que alguien empezaba a contarle una historia, quería escucharla hasta el final.

—¿Quieres decir que ya se hablan?

Amera fue a sentarse a los pies de la cama, jugando con su cabello como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¡Por supuesto! Siempre tuvimos una buena relación pero para evitar peleas con Gilbert, yo me mantenía lejos de él —Deidree sonrió al escucharla, le tomó las manos y se las llevó al pecho, agradeciendo por la felicidad de ambos—. Además no es como si realmente ser hermanos fuera tan importante, él cambió su nombre y yo tomé el apellido de mi abuela.

Mackenzie se mordió la lengua, mientras que Leila se cubría los labios con una mano.

Esto se le estaba saliendo de control a Amera.

¡Cierra el hocico, Amera!

Se sentía como si ella intentara…

—¿Amera, qué es lo que estás…?

Su madre la interrumpió, antes de poder terminar.

—¿A qué te refieres, Amera?

—Ryan y yo estamos juntos, Deidree —el aire se atoró en la garganta de Mackenzie. Muy tarde para que pudiera detenerla—. No tiene caso mentir, Mac, tarde o temprano iban a enterarse tus padres.

Capítulo 16

Capítulo 16

En el que tu aroma me intoxica

Volver al hospital, luego de quedarse un día completo con su mamá, escuchando las indicaciones del doctor para el tratamiento en está segunda ocasión, más quimioterapias y tratamientos inmunológicos, antes de intentar una operación más intrusiva que pueda provocarle más daño, fue una sensación muy extraña.

Amera salió de la habitación el día anterior luego de haberle contado la verdad a su mamá, acerca de su relación con Ryan, fue algo inesperado y no supo cómo reaccionar, tanto así que al ver como su amiga se marchaba, con la excusa de querer descansar un poco antes de tomar el tren más tarde para volver con tiempo a Inglaterra. Mackenzie y Leila se quedaron detrás, incapaces de articular ninguna palabra coherente, Deidree preguntó varias veces si lo que dijo Amera de verdad sucedió. Porque aquello sencillamente no podía ser.

Y Mackenzie sólo pudo alzarse de hombros, incapaz de darle una respuesta.

—¡Buenas noches, Shell! ¿Qué tal va la escala de dolor del 1 al jodete?

Shelby, la chica que ingresó apenas unos días atrás con severas quemaduras en el pecho, brazos y parte del cuello al ser atacada por su tío, sonrió.

Había otros dos residentes monitoreándola, dando vueltas por la habitación para asegurarse que nada malo suceda y sean regañados por sus médicos de guardia. Sin embargo, Shelby siempre se sentía más animada cuando era el turno de Mackenzie de dar vueltas. Al menos ella no fingía sentir empatía por ella y su dolor y, a diferencia de esa molesta doctora pelirroja de diminuto tamaño (también llamada McAllister), no tenía miedo de maldecir frente a ella.

—Yo diría… ahm… cierra el hocico.

Mackenzie sonrió. Hizo sus respectivas anotaciones en el historial médico de Shell, cómo pidió ser llamada la paciente, y luego se recogió el cabello en un desordenado moño para poder revisar el daño de la piel. Su área de "especialidad" eran quemaduras por fuego, agua hirviendo sobre el cuerpo realmente era una novedad, se sentía insegura de cómo debía acercarse.

—¿Descansaste en tu día libre? —Shell tenía un reflejo de encogerse cuando cualquiera se acercaba a ella, por alguna razón, confiaba en Mackenzie sin saberlo.

—No fue un día libre, le diagnosticaron cáncer a mi mamá, otra vez —cuando se levantó, Shell pudo ver la piel cicatrizada de su pecho.

La joven alzó una mano para evitar que terminara de estirarse. En los días que llevaba en la misma cama de hospital, nunca había visto más allá de la piel del cuello de Mackenzie, su curiosidad fue tan inesperada que se atrevió a tocar las cicatrices cubiertas por tinta.

—¿Qué te sucedió, Mackenzie?

Sin apartarse, se sentó en la silla libre junto a su cama, mostrando un poco más del tatuaje.

—*La Bestia* solía apagar sus colillas de cigarrillo en mi pecho.

—¿Eres… cómo yo? —Shell arrugó las sábanas bajo sus puños.

—No. Todas las víctimas de abuso son distintas… pero sí, ambas somos víctimas.

Shell quiso hacer una pregunta más, cuando entró el médico de guardia, empezando a hacer preguntas que la ponían incómoda pero, para su mala suerte, necesitaba responder. Mackenzie nada más se quedó en su lugar, tomando sus propias notas. Al menos ella sabía que el doctor Owen no hacía esas preguntas sin estar consciente de la incomodidad del paciente, era algo rutinario e incómodamente necesario. Quisiera o no.

—Todavía no hemos podido contactar con tus padres… Shelby, no quiero sonar como un policía molesto, ¿estás segura de que nos diste el número correcto?

Shell miró a Mackenzie, buscando su aprobación para responder. Mac ni siquiera le estaba poniendo atención, conocía esa parte del procedimiento.

—No… mis padres murieron cuando yo era niña… él era mi guardián.

—Servicios sociales puede tomar las decisiones aquí —propuso Mackenzie, levantando los ojos durante unos segundos del historial—, lo hicieron conmigo aunque yo llevaba viviendo en casa de mis padres adoptivos diez años.

El doctor Owen, quien nunca parecía interesarse por los problemas

personales de los internos, miró a Mackenzie con genuina curiosidad.

—Tal vez no funcione igual aquí que en mi caso en Irlanda… —cruzó una pierna sobre la otra, presionando el puente de su nariz para pensar—, pero ella sigue siendo menor de edad, servicios sociales tiene que intervenir ante la ausencia de sus padres.

Shell fijó su atención en las cobijas, apretándolas bajo sus puños hasta colorear de blanco sus nudillos. Si aquella conversación fuera dirigida por Mackenzie, se quedaría sentada en dónde estaba, en silencio, manteniendo el historial médico de Shell oculto de su vista. Esperando hasta que ella se sintiera segura para hablar. Pero aquello no quedaba en su decisión, era de el doctor Owen. Y juzgando por el constante zapateo, él no tenía la paciencia que ella podría tener.

Finalmente, Shell cedió y habló.

—Mi… mi abuela podría hacerse cargo. Pero yo no confiaría en ella —dictó el número en susurros. El ceño fruncido y los nudillos blancos decían que no quería verla a la abuela.

—Gracias, Shelby, nos encargaremos de que alguien le llame.

El doctor Owen salió de la habitación.

Luego de tres horribles minutos de silencio, Shell volvió a hablar.

—¿Tú que hubieras hecho en mi lugar?

Mackenzie suspiró, eso no era una buena señal. Si una paciente de abuso sexual dependía de ella de esa forma estaba en problemas. Trató de extender una mano amiga para ayudarle a que su experiencia fuera menos aterradora, pero al hacerlo, Shell solo veía a un guardián. Alguien capaz de defenderla cuando ella lo ordenara. Y eso no podía suceder.

—Shell —comenzó, bajando un poco la voz—, me alegra que confíes en mí, eso te ayudará mucho… pero no puedo ser tu amiga. Soy tu doctora. Conozco un poco de lo que haz pasado porque yo también lo he sufrido, pero no por eso significa que te ayudaré a tomar decisiones, Shell. *Tú* tienes que luchar por tu propia justicia ahora, si lo deseas puedo llamar a psicología, ir más lejos está fuera de mi poder.

Volver a casa por la noche fue el segundo desafío del día.

Le dolían los hombros y las piernas, la visita a Shell fue la parte amable de la jornada, el resto del día tuvo que correr de un lugar a otro,

atendiendo emergencias o asistiendo (después de años de súplica) una de las más importantes cirugías del doctor Owen en los últimos cuatro años. Su mayor deseo era lanzar sus zapatos con pésima precisión al otro extremo del departamento y dormir hasta la mañana siguiente en el sillón.

Un aroma dulce, tal vez amargo, interrumpió el tren de pensamientos. Fue mayor su curiosidad. Su estómago se rebeló en protesta a la falta de alimentos ingerida ese día. Cerró la puerta, separándola unos centímetros del marco y dejando la manija ligeramente inclinada hacia abajo, luego de asegurarse que el bate de aluminio permanecía seguro detrás del librero.

—¿Leila? —llamó con firmeza.

Con el apartamento en ese silencio sepulcral, sería ridículo que la dueña de sus nervios y latidos incontrolados no pudiera escucharla.

Y no fue así.

Leila apareció por la puerta de la cocina, vistiendo el delantal morado con cerezas que Amera solía utilizar cuando vivían juntas. Sus labios se extendieron en una sonrisa al reconocerla, o mejor dicho, tratar de no burlarse del aspecto del cabello de Mackenzie luego de un pesado día de trabajo. Gesticuló un «bienvenida a casa» antes de volver a la cocina. Insegura sobre la orden emitida por su cerebro: quién parecía estar sufriendo un ataque en esos instantes, siguió a Leila al interior.

Mackenzie no cocinaba. Ella pedía a domicilio. Amera era la única que utilizó esa cocina durante sus años de universidad.

¿Si quiera tenía ingredientes suficientes para cocinar ahí adentro?

No. Por supuesto que no. Mackenzie no hacía despensa. Cuando necesitaba ropa nueva esperaba hasta la mitad del mes, cuando Amera se la llevaba a sus citas de compras.

¿De dónde sacó Leila los ingredientes?

Oh… un momento de lucidez.

Amera. Claro, ella sería capaz de ofrecerse a su chofer personal (o mejor dicho, secretario del hombre con quién esta por casarse) para ayudarle a Leila a hacer las compras.

—He-hey… ¿qué es todo esto?

—Pasta con especias, una receta de mi abuela, filete a la naranja y como postre, un poco de… —Leila se detuvo a pensar, dejando sus manos

suspendidas en el aire. Normalmente ella tenía una dicción fluida, verla dudar así era una extraña y agradable sensación—. Creo que el nombre correcto es “natilla”. Tendría que confirmarlo con Amera.

Mackenzie fue a sentarse en un banco libre en la isla central de la cocina, el lugar dónde Leila comenzó a acomodar los platos y cubiertos para sentarse a comer.

—¿Te mantuviste entretenida mientras trabajaba? —Leila le sonrió, arrugando la nariz con coquetería.

Pretender que ese gesto no le revolvió el estómago y le provocó las llamadas “mariposas” sería una mentira de pe a pa.

Incluso ahora, viendo el leve deslizamiento de un lugar a otro para terminar de arreglar la mesa, sentía una aterradora necesidad de ir a pararse detrás de ella, abrazarla por la cintura y enterrar la nariz en su cabello. Embriagándose con el aroma de su perfume, con el champú y la crema corporal que sabía usaba todos los días.

No saber de dónde surgía ese sentimiento la ponía nerviosa. Y cuando Mackenzie era incapaz de controlar su cuerpo, cosas malas sucedían a su alrededor.

No quería arrepentirse de hacer o decir algo con Leila.

Suficiente daño le hizo ya en la noche de graduación.

Capítulo 17

Capítulo 17

De la Señorita Hostilidad

Tenía un mal presentimiento.

Sentía un escalofrío en la base del cuello y eligió ignorarlo.

Tomó la decisión equivocada de ignorar las señales de alerta de su cuerpo. Si no hubiese sido tan orgullosa, o al menos tuviera la determinación para decir «algo anda mal», podrían haberse evitado esta… esta… esta horrorosa situación.

Se reunió con Amera, como todos los días, a la hora de la comida. La señal de peligro no llegó cuando Ryan apareció desde el otro extremo de la cafetería, casi corriendo para reunirse con su novia. Tampoco hubo señales de que algo imposible de controlar sucedería minutos después, el momento en el que Ryan le preguntó, directamente a ella, Mackenzie, si se encontraba bien con la situación de su madre. Negó con la cabeza, sonrió y agradeció su preocupación.

Todavía nada.

Recibió la primera señal de peligro al ver a Ryan recostarse en la silla, rodeando los hombros de Amera con un brazo. Eso era normal, lo veía en una constante diaria desde la transferencia del nerd a Inglaterra un año atrás. Inspeccionó el área de cafetería, o eso intentó. Ellas siempre almorzaban en las mesas exteriores, un lugar más amplio que el interior, su rango de visión, por mucho que utilizara la vista periférica, no alcanzaba todos los rincones.

Eligió ignorarlo.

La segunda señal, en la que debió de haberse puesto alerta e informarle a Amera, paranoia o no, que algo la incomodaba. Estuviera o no presente Ryan, Mackenzie jamás se sintió incómoda de hablar algo con su amiga, ¿por qué entonces decidió callar y esperar a que todo se fuera al garete? Solo la muerte lo sabrá

Por debajo de la mesa, sin que nadie se lo hubiera pedido, enterraba las uñas en la pierna de Ryan, obligándolo a quedarse sentado, cerrar el hocico y dejar que fuera Amera quien hiciera toda la plática.

—Doctor Wilson —comenzó ella, cambiando por el tono de voz de Karen—,

¿hay algo en lo que pueda ayudarle?

—No todo tiene que ser asuntos médicos, ¿o sí? —Wilson hizo un intento por sentarse, Amera lo detuvo, jalando la silla hacia ella para poner su cosmetiquera ahí—. Me preguntaba si podría tener una charla contigo… —su mirada, oscura y penetrante se clavó en ella y en Ryan—, a solas.

—No —respondió Amera, sin apartar los ojos de su plato.

Los músculos de Ryan se relajaron bajo la presión de su mano, lo suficiente para respirar. Los dos.

—Es algo importante, preferiría que fuera ahora y no…

—Ahora estoy almorzando, doctor Wilson. Yo no soy uno de sus internos y cirujanos para moverme en el tiempo que *usted* necesita. Si quiere hablar conmigo, tendrá que ser cuando termine de comer, y tendrá que ser cuando no este atendiendo a un paciente.

Cuando Amera empezó a comer, Mackenzie interpretó la señal para dejar de sostener la correa de Ryan. Recargó su mano sobre sus piernas, imitando a su amiga. Ya no tenía hambre, solo lo hacía por mantener sus manos ocupadas. Por el rabillo del ojo se fijó en que Ryan hiciera lo mismo. Y durante unos segundos, le dio la impresión de que era así.

Hasta que Wilson obligó a Amera a levantarse, jalándola por el brazo.

—Creo, Wilson, que mi novia dejó en claro que la dejaras en paz.

¡Me lleva una condenada mierda!

Gritó para sus adentros Mackenzie, nunca debió de haberle soltado la correa.

Ryan no necesitaba gritar para hacerse escuchar, la voz, que en algún momento ella consideró aguda e irritante, se engrosó con los años. Podría compararse con el tono de eterna furia que siempre tenía su padre, solamente que él la utilizaba para proteger a los suyos. Era suficientemente grave y fuerte para llamar la atención de todos.

Wilson sostenía a Amera sin aplicar fuerza, no quería lastimarla. Ryan apretaba el hueso de su muñeca con toda la intensión de arruinar su mano de cirujano.

—Sólo necesito hablar con el…

—¿Acaso necesitas que te lo deletree como a un bebé? La palabra “no” se compone de dos letras, “ene” y “o” —los nudillos se Ryan se tornaron

blancos por la presión, obligando a Wilson a soltar—. No, significa no, Wilson.

Wilson agitó el brazo para soltarse de su agarre, masajeando su muñeca al acercarla a su pecho. Empezando a recobrar un poco su pálido color.

—Hazte el favor de no volver a dirigirte a mi novia, ella puede querer resolver tu actitud de manera pacífica —Ryan sonrió, un gesto que solamente Wilson, ella y Amera podían observar—, pero para mí la paz nunca fue una opción.

Dicho eso, volvió a sentarse. Ahora que una gran parte de los residentes observaban su mesa, esperando ver el desenlace de aquel enfrentamiento verbal, el doctor Wilson no tuvo otra alternativa más que marcharse.

—¿Así es como me *dejas* manejar el asunto?

Ryan bajó sus cubiertos, suspiró y recargó los brazos sobre la mesa. Era innecesario inclinarse para verla fijamente a los ojos, de otras formas lo hizo.

—Bueno, iba a tratar hasta que te trató de esa forma. Conoces mi opinión al respecto, tu pacifismo tiene sus desventajas, amor.

Mackenzie suspiró.

No quería estar en medio de esa discusión de amantes.

—Supongo que es algo bueno que te hayas resistido.

—No se quién estaría en más problemas de haberlo golpeado, él o Wilson —añadió Mackenzie. Quizá ya no se le abriría el apetito hasta más tarde, al volver a casa.

Amera reprendió su comentario con su mirada.

Si ambos terminaban por decidirse a la adopción, su amiga se convertiría en la madre que trae a los niños comportados todo el tiempo, sin necesidad de violencia.

—Hay que hablar con honestidad —agregó, sin darle tiempo a Amera de hablar—, solo por el hecho de haberte agarrado de esa forma, el doctor Wilson puede meterse en muchos problemas. Es abuso de poder, seas o no pasante de cirugía.

Ryan movió la cabeza afirmativamente. Ambos sabían que odiaban estar de acuerdo, pero su punto de paz (desde hace muchos años) quedó en

claro era Amera.

—Y no es porque quiera abusar de mis contactos, pero sabes que una sola llamada puede arreglar el asunto —Amera se apretó las sienes, era imposible ganar una discusión cuando Ryan se aliaba con ella.

—Bien, mensaje recibido, veintiséis años y no soy capaz de ganar un solo enfrentamiento.

Mackenzie pensó, mordió el popote de su bebida analizando las palabras que quería decir.

—Lo que pasa es que no has sufrido lo suficiente. Uno aprende a coger a la vida por las bolas cuando te han jodido mucho.

—Amén.

Terminó Ryan, regresando a su comida como si aquello no hubiera sucedido. Como si ese horrible presentimiento jamás hubiera aparecido en primer lugar.

Era relajante darse cuenta de que cuando se trataba de Amera, los dos sabían que era importante luchar en su nombre. Después de todo, esa estúpida y enamoradiza chica nunca dejó que alguno de los dos estuviera solo cuando más necesitaban un abrazo.

Volver a la rutina que ya estaba acostumbrada, después de ese encuentro con el doctor Wilson le dejó un extraño sabor de boca. Nadie se fijaba en ella al caminar, nunca sucedía así, no era la protagonista de una ridícula novela romántica dónde todos querían saber que sucedía con su vida. Sin embargo, la sensación de que tarde o temprano alguien se acercaría para preguntar por lo sucedido en el comedor, no se marchaba.

Hiciera lo que hiciera.

Lo único que era beneficioso del día de mierda (aunque no lo dijera en voz alta) era terminar el día. Podía volver a casa, recostarse en el sillón, cerrar los ojos y dejar que el silencio del departamento la arrullara para dormir. O quizá, Leila había preparado algo de comer, existía la posibilidad de llegar a casa y ser recibida por un agradable aroma de cocina casera.

Eso era agradable.

Excepto, que una vez más, le pidieron quedarse en el turno de la noche y

no volver a casa a tiempo para unirse a Leila en la cena.

De todas formas le mandó un mensaje, la respuesta, por otro lado, no era lo que ella esperaba.

Casi quería desbloquear la pantalla y ver dulces palabras que le deseaban una buena noche en el hospital, en cambio, lo que vio eran letras que tenían un tono muy seco.

«Bien. Suerte.»

Tuvo que guardar el teléfono de regreso en la bata, de lo contrario el impulso por llamarle a Leila y preguntar si se sentía bien, sería demasiado para poder controlarlo. Además, era algo estúpido que podría ofenderla si no lograba controlarse.

—¿Sucede algo malo, Mackenzie? —preguntó uno de sus compañeros, golpeando su hombro en un gesto amable.

—Aunque así fuera, no somos amigos como para contarte mis problemas —verlo arrugar la nariz de esa forma, mirándola con desagrado y acelerando el paso, revivió los recuerdos.

Esos días en los que sin saber porque, sin comprender la razón, ella fue designada para ser la paria del salón de clases y, años más tarde, de la escuela completa.

Y después de eso, no solo Amera la llamaba "señorita hostilidad", todos los estudiantes que se cruzaban con ella lo hacían. Susurraban el nombre a su espalda, lo rallaban en su escritorio y lo marcaban de forma permanente en su mochila. Sin importar las veces que tratara de probar lo contrario. Por alguna razón, decidieron que ella, la niña maltratada y marcada desde su infancia debía de mantenerse alejada de todos.

Decidió darles la razón.

Se convirtió en la señorita hostilidad. Cada vez que alguien se dirigía a ella con deseo de ofenderla, respondía con crueldad y ofensas.

Porque Mackenzie, a diferencia de todos los niños que solo imitaban el comportamiento de sus compañeros, escuchaba. Y sabía los secretos de todos en el salón, conocía los problemas de sus hogares, los gritos a mitad de la noche que ellos creían venían de una película de terror.

Cuando alguien la molestaba, Mackenzie atacaba con intensión de destruir.

Lo peor del asunto era… que estaba demasiado acostumbrada a defenderse para poder evitarlo.

Pasó tantos años enemistándose con el mundo, negando las relaciones con otras personas, manteniendo una larga distancia con todos que ahora, cuando en realidad debería de ser alguien más abierta a las charlas, sólo sabía responder de una forma.

Defensiva.

«¿Podrías traer algunos calmantes al volver? Mi cabeza me está matando.»

Reviso el mensaje luego de haber asistido a la doctora McConell en una apendicitis, se dirigía a la maquina expendedora por un poco de azúcar para despertarse. Ahora ya no lo necesitaba. Quedaban unas horas por delante antes de volver a casa, pero tan sólo necesito diez minutos de charla con el médico de guardia para tener media hora de descanso, no necesitaba más que eso para ir a llevarle un poco de medicina a Leila.

—Gracias, doctor Davis.

Se marchó antes de que alguien pudiera verla, no era nada ético de su parte pedir ese tipo de permisos, pero si lo que le contó Leila aquella noche en que hablaron sobre el accidente que tuvo, un dolor de cabeza no parecía ser algo que pudiera resistir hasta el alba, cuando terminaba el turno de Mackenzie.

Capítulo 18

Capítulo 18

A sus órdenes, señor

Los fines de semana empezaban a sentirse como un día que no podía terminar bien.

¿De dónde cojones salía esa idea? Era lo que Amera necesitaba saber. No le daba miedo admitir su relación, haberle contado a Deidree, quién fue más que una figura maternal durante los años que Mackenzie fue su amiga, antes de mudarse a Wisconsin, se convirtió en una sensación parecida a contarle al tío Qwin sobre el padre de su bebé.

Temía perder el amor de una persona importante en su vida, ser olvidada y que las figuras a quienes consideraba paternas le dieran la espalda. Esperaba que tal vez, igual a como sucedió con Qwin, Deidree se tomara su tiempo para aceptar al hombre con quien planeaba pasar el resto de su vida mortal y la inmortal. No presionaría a nadie, después de todo, alguien conocido no podría aceptar simplemente de un día para otro el hecho de que se enamoró de Ryan.

Su medio hermano.

—¿Te sientes bien, amor? —Ryan se arrodilló frente a ella en el sillón, presionando una mano contra su frente—. No pareces tener fiebre… aunque estás algo pálida, ¿sucedió algo mientras regresaba de Alemania?

Amera apretó las manos de su novio en sus mejillas, disfrutando la calidez de su piel en la suya. El contraste entre sus manos con callos en los dedos y las de ella, su única marca eran los largos cortes a lo largo de las palmas. De un accidente muchos años atrás.

—Me angustia que Deidree pueda no aceptar nuestra relación, y antes de que me sueltes el sermón —se adelantó, viendo como él respiraba profundo listo para discutir—, sí, quiero que ella esté a favor de nosotros, o de lo contrario sería muy incómodo invitar a los padres de mi mejor amiga a la boda y que no sepan quién es el novio.

Ryan se sentó junto a ella, abrazándola por los hombros al llevarla consigo para recostarse en el sillón. Amera gritó por la sorpresa de caer, pronto se acomodó sobre su pecho, permitiéndole esconderla del mundo aunque fuera sólo por unos momentos.

—Menos mal me lo dices *antes* de enviar las invitaciones. ¿Sabes lo

incómodo que hubiera sido verte esperando verlos y que jamás llegaran?

—Ups… —Amera se apoyó en su pecho, inclinándose para darle un beso en la nariz—, perdón, juraría que te ya te lo había comentado. ¿Te dije entonces que quiero invitar a Jules? —Ryan asintió—, ¿y su pareja también? —volvió a asentir—. Bueno, entonces serían todos los inesperados que tengo en mi lista.

Ryan frotó los nudillos en su mejilla, sonriendo.

Faltaban meses para la boda, por supuesto, lo correcto era hacer planes, reservar salones y pedir gente religiosa que les pidieran hacer promesas a una deidad imaginaria. Hacer invitaciones, enviarlas, esperar la respuesta de las personas y así saber cuánta gente debían alimentar. No se trataba de un evento que pudieran organizar en unos días, como una fiesta de cumpleaños.

Porque conocía a su novia, él tomó la responsabilidad de encargarse de las invitaciones, de lo contrario, ella esperaría hasta llenar listas completas de nombres que recordaba y no estaba segura de querer verlos en el día más importante de su primera etapa de vida adulta. El segundo momento (aunque sucediera primero) era ver su doctorado en psiquiatría infantil.

—Si ya estas segura de que has elegido a todos los invitados, creo que ya puedo mandar a imprimir las invitaciones —ella sonrió—. El sello también llegó la semana pasada, así que podrás pasar días completo cerrando los sobres.

La sensación de que el fin de semana eran horribles desapareció al final de esa oración.

Mackenzie dijo que era una pérdida de tiempo. Ryan dijo que era aburrido. Amera agradeció en silencio escuchar a su novio y amiga rechazando la tarea de usar el sello. Eso le dejaba a ella toda la diversión de derretir cera, usar su nuevo y magnifico sello para demostrar que ella y Ryan eligieron un símbolo que los representaba a ambos.

—¿Entonces ya puedo experimentar la mezcla de colores?

—No veo porque no, es tu parte favorita.

Contrario a la respuesta que Ryan esperaba, su novia no se levantó del sillón para buscar la caja dónde comenzó a almacenar distintos colores de cera, su respuesta fue sentarse sobre su estómago, saliéndose del abrazo para sujetarlo del rostro.

—Que afortunada —murmuró ella, inclinándose al frente—, que el hombre del que me enamoré me consienta de esa forma —desabrochó su camisa, sin apartar sus ojos de los suyos—. ¿Cómo debería de agradecerte por tanto amor y consentirme así?

Ryan recorrió sus muslos, subiendo por sus piernas hasta su cintura.

—Podrías empezar por demostrarme lo agradecida que estás —respondió, levantando el borde la playera para quitársela.

—¿Hay algo que quisiera en particular, *señor*?

Ryan sonrió estirándose cuan largo era en el sillón, terminó de quitarle la playera, marcando el camino desde el esternón hasta su ombligo, sin apartar los ojos de ella en ningún momento.

—Por el día de hoy tienes permitido sorprenderme.

Amera retrocedió un poco, desabrochándose el sujetador antes de enfocar su completa atención en abrir sus pantalones y bajarlos. Manteniendo una sonrisa coqueta y tímida en cada movimiento.

Conocía cada uno de los pasos en la rutina, había ocasiones en las que disfrutaba alterando el orden, como en ese momento. A su pareja le gustaba primer verla desnudarse completa antes de empezar a quitarle la ropa a él.

Claro que después de años juntos, hacer las cosas de manera distinta era más bien un juego.

Una vez terminó de quitarle los pantalones, junto con el boxer, se inclinó sobre su cuerpo. Parecía un predador analizando a su presa. Y algo así era su intensión. Realizó el recorrido desde su barbilla hasta el pelvis, dejando la marca de su labial rojo ahí dónde besaba, mientras sus manos bajan por su pecho y sus piernas, haciendo una suave presión con las uñas sólo para escucharlo gruñir.

Ryan no iba a tocarla, todavía no. Pero observó con una sonrisa en los labios.

La increíble lentitud con la que Amera se atoraba uno de los mechones cortos que colgaban en su rostro, antes de hacer desaparecer al completo su pene en el interior de su boca. Echó la cabeza para atrás disfrutando de las caricias, la fuerza con la que succionaba y la suave presión sobre sus testículos. Resistir el deseo de enredar la mano en su cabello y follarle la boca como sólo él sabía, empezaba a ser más tortura que placer.

Y le encantaba que fuera así.

Amera chupaba y succionaba sacándole más gruñidos salvajes y orillándolo a querer tomar el control por la fuerza. Ryan se mantenía quieto, sin moverse o dar indicios de darle la vuelta a la situación, mantenía los brazos levemente flexionados, casi queriendo usarlos para recargar su cabeza en ellos. Sin verla directamente, Amera sonrió. Inclinó su cabeza hacia un costado y cuando comenzó a mamar de nuevo, él no pudo seguirse resistiendo.

Enredó la mano en su cabello, sujetándola por la muñeca al jalarla hasta quedar sentada sobre su estómago. Devoró sus labios en un beso, exigiendo más de lo que ya tenía.

Se acomodó entre sus piernas y la penetró en un solo movimiento de cadera.

Amera ronroneó contra su boca, enterrándole las uñas en los hombros.

Ryan jaló su cabello estirando su cuello para él, mordió la piel expuesto variando entre presiones suaves y fuertes. Cada una de ellas provocaba distintas reacciones en Amera, las mordidas que dejaban su piel marcaba estremecían su cuerpo, ella parecía encogerse en sus brazos y su entrañas lo apretaban demasiado.

—Mierda… nena… sigue así…

Con la mano libre la sostuvo por la cadera y aumentó la fuerza de sus embestidas. Amera gimió en respuesta, sus uñas entraron más profundo en la piel de sus hombros antes de tomarlo también por el cabello y obligarlo a verla.

—Más… más, Ryan… ¡más!

Ryan la sujetó por el trasero, apretando sus nalgas y sus penetraciones fueron más duras y constantes. Cada embestida iba en aumento y su piel terminó marcada por Amera.

Ambos se corrieron con un feroz gruñido.

El constante martilleo en la puerta principal fue el causante de que levantarse de la cama. Tanteando el suelo para buscar sus pantalones, Ryan arrastró los pies, intentando lo golpear a su gata, quién insistía en frotarse contra sus piernas todas las mañanas.

—Con una mierda, ¡YA VOY! —gritó a la puerta, exigiendo al ruido que parase.

Abrió las cerraduras y suavemente empujó a Manzana a un lado.

—¿Qué putas quieres tan temprano en la mañana? —Mackenzie entró, como si aquella fuera su casa.

—¿Qué putas quiero yo? ¡Amera! —respondió ella—. Me mandó un mensaje de emergencia —desbloqueó el teléfono para mostrarle la pantalla a Ryan. No sin antes aprovechar la ocasión para golpearlo en la nariz.

—Yo sólo veo una pantalla negra —aclaró Ryan, quitándole el aparato de las manos para verlo. Revisó las imágenes, deteniéndose en especial con la última—. ¡Manzana! —gritó en busca de la criatura peluda que se refugió en lo alto del librero—. Fue la gata, últimamente cree que jugar con los teléfonos es divertido.

—¿Y cómo sabes que fue ella, dónde está Amera? —Mackenzie caminó detrás de Ryan, vigilando los movimientos del gato, parecía querer saltarles en la cabeza.

—Así rompió el último teléfono de Amera. Lo tiró a la bañera tratando de apretar el botón de desbloqueo.

Mackenzie, todavía incrédula a que un gato pudiera hacer tanto daño por si solo, siguió a Ryan hasta el dormitorio, dónde su amiga dormía profundamente oculta debajo de las cobijas.

—Mi amor, la bruja vino a buscarte —gruñó él, estirando el brazo para atrapar al gato en pleno vuelo. Tal como lo imaginó Mackenzie, saltó para aterrizar sobre la cabeza de Ryan.

La chica salió de su capullo de suavidad, algodón y oscuridad. Reconoció el rostro de su amiga e, ignorante al mensaje enviado desde su teléfono, regresó a su cueva para seguir durmiendo. Ryan no se quedó en la habitación, una vez que se levantaba de la cama tenía problemas para volver a dormir. Así que fue directo a la cocina para preparar el desayuno.

Mackenzie, con el temperamento explosivo tan propio de ella, se metió a la cama con Amera. No era una buena señal que se rehusara a levantarse, ni siquiera luego de haberle interrumpido sus arrumacos con Ryan. Lo peor fue confirmar sus sospechas al ver las ojeras en sus ojos.

—¿Sucedió algo? —frotó su mejilla, era un gesto habitual en ellas durante

la secundaria, aunque no estaba segura de como envejeció.

Amera ni siquiera reaccionó, permaneció en posición fetal, su mirada parecía perdida y sin enfocarse en algo en particular.

—No lo sé… seguramente es el periodo. Siento que necesito quedarme en cama todo el día.

—¿Y tu ser amado que dijo al respecto?

Amera murmuró algo que Mackenzie no logró entender.

—Antes de que llegarás estaba aquí conmigo, abrazándome.

La pelirroja sonrió, tomó la mano de su amiga y la llevó a su propia mejilla.

—¿Lo traigo de regreso y preparo yo la comida? —Amera no respondió, simplemente parpadeó—. Vale, ya le digo que vuelva contigo y preparo unos Waffles, ¿tienes ánimo para Waffles? —nuevamente no hubo respuesta.

De todas formas se levantó. Bastó intercambiar una mirada con Ryan para que él entendiera el mensaje, le entregó la batidora a Mackenzie para que ella terminara de preparar el alimento favorito de Amera durante un bajón emocional, luego volvió a meterse en cama con su novia. Ella se refugió en su pecho sin dudarlo.

Lo más seguro era que tuviera el periodo, desde su operación las hormonas la ponían muy mal días antes de que empezara.

Capítulo 19

Capítulo 19

Para arruinar un buen desayuno

—¿Te sientes más tranquila?

Amera cerró los ojos, sopesando las palabras dentro de su mente antes de pronunciarlas en voz alta. La extraña necesidad de permanecer en cama todo el día empezaba a perder fuerza, todavía no sentía confianza para levantarse, mucho menos sentarse y comer el desayuno que Mackenzie había preparado. Tenía hambre, eso podría considerarse una ganancia.

Y mientras más tiempo permaneciera en silencio, significaba que Ryan iba a quedarse ahí, a su lado. Cuando podría estar atendiendo sus responsabilidades en el trabajo, ya había hecho daño suficiente al pedir que volviera de Alemania, sacarlo de su reunión tan importante que lo hizo viajar de regreso. Además ahora lo tenía encerrado en la habitación con ella.

—Si no me respondes tendré que asumir que no —añadió él, moviendo las cobijas para buscar el cuerpo de su pareja en el interior—. Y tendré que arrastrarte fuera de la cama, aunque ambos sabemos que eso sólo empeoraría tu humor.

Amera tuvo la tentación de responder, quería decirle algo que podría decir Mackenzie y demostrarle que se sentía bien.

Pero no pudo.

—¿Hay algo que necesites, amor? Creo que es la primera vez en años que te veo así.

Ella giró en la cama, mirándolo directamente.

—No estoy segura, solo siento que hoy será bueno quedarme en cama… tampoco tengo muchos ánimos por levantarme.

Ryan besó su frente, acunando su rostro entre sus manos. Sentir el contraste de sus palmas, suaves y cálidas, con los dedos que tenía callosos en las puntas y fríos, le ayudó para encontrarle un orden a las emociones que giraban como tornado en su mente.

—¿Quieres que llame al trabajo y les diga que hoy estás un poco

indispuesta?

En el hospital estaban al tanto de su condición, eran conscientes de que en cualquier momento ella podría sencillamente explotar. Con ella se comportaban, hasta cierto punto, permisivos. Incluso después de haberse ligado las trompas, le dieron unos días extra de descanso, y en los días que tenía bajones como ese, tampoco la presionaban mucho por levantarse e ir a trabajar.

Saber que le daban trato especial la desanimaba más.

Quería luchar. Deseaba seguir viviendo como si su vida fuera normal. Como si el mes anterior no hubiera intentado apuñalar a Ryan en la mano porque creía haber visto una tarántula cerca. Ni siquiera cuando llegaron a urgencias, porque su novio necesitaba unos puntos, hicieron demasiadas preguntas. ¿Quién tendría ganas de levantarse con eso?

—¿O prefieres que me quede contigo todo el día esperando a que tengas ganas de sexo?

Ah.

Contener la risa no fue una opción.

Ocultó el rostro el pecho de Ryan, abrazándolo por la cintura.

Existía una forma de subirle el ánimo rápido, Ryan. Él siempre lograba hacerla reír, tal vez no al primer intento, pero eventualmente lo hacía y se quedaba a su lado, esperando paciente a que ella decidiera levantarse de la cama.

—Podrías intentar, es posible que sí.

—Antes de que empiecen… la comida ya está puesta en la mesa para alimentarse —Mackenzie se asomó, insegura de cruzar la puerta—. Yo puedo terminar de comer todo sola… pero me arriesgo a que Leila me grite cuando llegue a casa.

—Ya vamos, Mac —Amera esperó hasta ver su cabello desaparecer en el pasillo—. ¿Me ayudas a levantar, amable caballero?

Con un rápido movimiento de muñeca la sacó de la cama, cargándola en brazos hacia el comedor.

Sentarse en la mesa y comer fue lo fácil, ocupar una silla y acomodar una servilleta sobre tus piernas, solo para prevenir, tampoco era un gran desafío. Evitar que Mackenzie y su interminable apetito hicieran una torre

de seis Waffles en su plato era el verdadero problema.

La chica no conocía el significado de la palabra poco, así que ella simplemente ponía la comida que consideraba apropiada para el hambre, Amera constantemente la regañaba por eso, aunque sólo se comportara de esa forma cuando estaba en casa, la ponía terriblemente incómoda ver su plato más alto que la mesa.

—¿Leila va a venir? —preguntó Ryan, agarrando la miel de maple antes que Mackenzie.

—Le mandé un mensaje, pero dijo que prefería llamarle a Jeremiah, mencionó algo de mantenerlo al día o que se yo.

—Ah —Amera dejó caer arándonos en su plato—, sí, esa fue una de las condiciones de Jeremiah para dejarla quedarse contigo y no con nosotros —puso un chorrito de crema en su taza de café—. Necesita decirle cada fin de semana lo que sucedió. Ya sabes, sólo serán unos días más y volverá a casa… ¿piensas hacer algo al respecto?

El deseo, la necesidad y el placer de conocer los secretos íntimos de otros obligó a Ryan a mirar a Mackenzie. Tratando de mirarla por encima de su taza.

Mackenzie clavó los ojos en su pila de Waffles, la miel se derramaba por las esquinas y caía sobre el plato.

—Tenía la intensión de hablar con ella, ¿sabes? Por lo que ocurrió ese día. Cada vez que intentó sacar el tema se me encogen los huevos y simplemente no puedo.

Amera presionó sus labios con el cubierto. La noche de la que Mac nunca quería hablar, el momento en que se dio cuenta que tal vez estuviera sintiendo algo por Leila. Antes de ir a recogerla para que fuera su cita en la graduación, lo habló con ella, Amera incluso la animó a tratar de decírselo. Tener una relación que empezó porque quería y no por presión social.

Fue ahí cuando ya no pudo resolver la situación.

—Leila no se preocupa por inseguridades temporales, ¿sabes eso? —intervino Ryan, ignorando la mirada de advertencia de su novia—. ¿Qué? Es la verdad. Es una mujer adulta y una chica con inseguridades todavía en proceso de solucionarse no la van a echar para atrás.

—¿Por qué no me sorprende que *tu* sepas de lo que ocurrió esa noche?

Ryan, quién después de años de práctica pudo lograrlo, alzó una ceja en dirección de la pelirroja. Debajo de la mirada arrogante también había una expresión de burla.

—¿Bromeas? Jeremiah me exigió contarle lo que había sucedió para que Leila, de un día a otro, decidiera dejar de asistir a sus reuniones con otros amos. Tuve que hablar con ella para saber lo que ocurrió y así tranquilizar a Jeremiah.

Mackenzie ocultó el rostro en sus manos, luchando por el deseo de gritarle a Ryan que se metiera por el culo sus asuntos y sacara la nariz de los suyos. Sin embargo, no podía reprocharle nada. Él era un gran amigo para Leila, según tenía entendido ella cuidó de él durante su tiempo como el sumiso de Jeremiah.

—Lo que a ella le *molesta* es que no tuviste la decencia de llamarle después.

¿Llamarle después? ¿Cómo podía, con toda la mierda del mundo, llamarle después de haberla invitado a su casa y largarse por miedo a lo que podía ocurrir después?

—¿Sabes por qué no la llamé? ¡¿Quieres saber por qué no lo hice?! —estalló, golpeando la mesa al ponerse de pie—. ¡Porque tenía miedo! Estaba aterrada de la simple idea de estar con otra persona, dejar que alguien más viera la cicatrices de las que yo siento asco todos los días. ¡No volví a llamarla porque decidí que lo mejor era no volver a tocar el asunto jamás!

—¿Y con toda tu mierda te sigues atreviendo a verme *a mi* como el jodido? —respondió Ryan. Sin agresión, controlándose como pocas veces podía, se levantó para igualarla en estatura, aunque él fuera dos cabezas más alto—. Quiero escucharte decir que te dio miedo dar un paso adelante después de salir de seis años de terapía intensiva. ¿Crees que Leila es el tipo de mujer que se queda cuando no ve interés? Por supuesto que no. Y aun así ella esperó seis, jodido años por ti. Ha estado esperando a que pongas en orden tu mierda y tomes una jodida decisión de una puta vez.

Mackenzie se paró de la mesa pateando la silla al quitarla de su camino.

Amera imaginó que saldría de la casa para sentarse en el columpio, quedarse ahí durante horas pensando en lo todas las razones que tenía para odiar y golpear a Ryan, pero en lugar de eso, contrario a las costumbres que ya conocía de su amiga, Mackenzie fue al baño a encerrarse.

—No tenías por qué decirle eso —Amera se limpió la boca, levantándose

para ir detrás de su amiga—. Mac ha pasado por mucho y…

—Y va a seguir pasando por la misma mierda a menos que haga algo, mi amor —la detuvo agarrando sus manos, iba a hablar hasta verla cansarse del sermón—. Tu no me viste, no estabas ahí cuando Jeremiah tuvo que arrastrarme a terapia, todas esas tardes en las que estuve drogado hasta el culo con calmantes, días en los que no quería hacer nada porque los antipsicóticos me derribaban —lágrimas se asomaron en los ojos de Amera—. Aunque no viste el proceso completo, también fue muy dura la terapía post estrés —Ryan la ayudó a sentarse sobre sus piernas, hablar de los problemas que existieron previos a su relación, siempre la ponía de mal humor—. Mackenzie necesita aprender que la mierda no se resuelve odiando al mundo.

—Insultarla tampoco es la forma, sé que no se llevan bien, lo entiendo, ni siquiera después de todos estos años. ¿De verdad necesitabas hablarle de esa forma? Sé que no lo parece, no da esa impresión pero Mac… Mac es sensible, finge que las cosas no le afectan para evitarse problemas, ella no sabe cómo sobrellevar su problemas y…

Amera guardó silencio.

Como si una luz se hubiera encendido frente a ella, comprendió lo que Ryan quería decir.

—Leila la está poniendo a prueba, ¿verdad? Quiere saber si realmente existe una oportunidad de estar con Mac.

—Ustedes tienen secretos de pijamada, pero ella y yo fuimos sumisos juntos, nena. El tipo de confianza y amistad que creas con otros sumisos es distinto a una amistad normal.

Amera limpió las lágrimas de su rostro.

—Hablaré con ella, tienes razón, necesita conseguir ayuda y yo no puedo hacerlo. Amo a mi amiga y quiera verla ser feliz por una vez en su vida.

Capítulo 20

Capítulo 20

En el que destruimos la fortaleza

Dos golpes sonaron suavemente en la puerta.

—¿Mackenzie?

[…] *—¿Mackenzie? ¿Dónde te escondes, pequeña Mackenzie?*

Presionó su espalda contra la puerta, tapándose la boca con ambas manos. Apretó con fuerza, no quería que ningún sonido saliera de ella. Si era necesario contendría la respiración hasta asegurarse de que estaba lejos.

No diría nada.

Ni siquiera pensaría.

Aunque le doliera el pecho, aunque sintiera que su cabeza iba a explotar. No respiraría. No muy fuerte al menos. Podía controlar cuanto aire metía en sus pulmones, poco a poco, largas respiraciones y mantenerlo dentro por lo menos durante treinta segundos antes de dejarlo ir en pequeñas exhalaciones.

Siguió el mismo patrón durante lo que sintió una eternidad.

—¿Mackenzie, preciosa dónde estás?

Tal vez sólo habían sido unos minutos y ella sintió que pasaba mucho tiempo. También estaba la posibilidad de haber estado ahí poco tiempo, el suficiente para que ese tipo fuera de un extremo del corto pasillo desde la sala de regreso al baño.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas sin darse cuenta. Sólo hasta que el sabor salado se metió entre sus manos pudo darse cuenta de que estaba llorando.

—¿Mackenzie? —volvió a llamarla. Más fuerte, cerca.

El miedo se apoderó de su cuerpo y las lágrimas nublaron su vista.

Quiso convertirse en un bloque de hielo, una jovencita tallada el agua helada incapaz de respirar, hablar o llorar.

Abrió la puerta y la empujó hacia la tina, sin hacer el más mínimo esfuerzo. Era un hombre, un adulto contra la fuerza y deseo de luchar de una niña pequeña. Nunca iba a ganar esa batalla, de todas formas lo intentó.

Se ocultó dentro de la bañera, apretando su cuerpo en el fondo hasta sentir la coladera clavarse en sus piernas. Se vio a sí misma como una escultura, una parte misma del mármol. Si se concentraba lo suficiente, podría fundirse, volverse una con ese blanco y pulcro material hasta…

—Conque aquí estabas, pequeña Mackenzie.

Oh… no lo deseo con suficiente fuerza.

Escuchó el seguro del baño, seguido de los pasos arrastrándose hasta ella, cubriendo su pequeño cuerpo con la sombra de aquel hombre ocultándola.

Cerró los ojos con fuerza, sus manos le lastimaron el rostro dónde sus uñas se enterraban. Deseo ser como mami, muda, incapaz de hablar y hacer ruido, quizá de esa forma hubiera logrado evitarlo. Si pudiera mantenerse tan callada como mami…

A lo mejor.[…]

Sin darse cuenta de lo que hacía, presionaba su rostro con ambas manos, conteniendo la respiración y silenciando la caída de sus lágrimas. Mantenía las piernas apretadas en su pecho, segura que esa era la única forma que tenía de mantenerse callada.

—¿Mac, estás bien ahí adentro?

Y la voz de Amera la regresó a la realidad.

No era una niña oculta en la bañera, sangrando por los labios luego de haberse mordido con fuerza, llorando y gritando porque una bestia disfrazada de adulto estaba forzando su cuerpo a hacer algo que ella no quería. Era Mackenzie. Era dueña de su cuerpo y sus decisiones.

Las piernas parecían hechas de gelatina cuando se levantó, de alguna forma logró salir de la bañera, dónde se escondió y mantuvo la frente apretada en sus rodillas. Abrió la perta sin limpiar las lágrimas de sus

mejillas, no era consciente del tiempo que pasó llorando.

Amera tampoco dijo nada, hizo su mayor esfuerzo por mantenerse inexpresiva, no quería darle la sensación de que sentía lastima por ella, o por el contrario, que la consideraba como una débil y destrozada chica incapaz de poner en orden su mierda y emociones. Era complicado, Mackenzie muy pocas veces mostraba tantas emociones al mismo tiempo.

—¿Necesitas algo?

¿Necesitar?

Claro, arrancarse los recuerdos que le revolvían el estómago y la obligaban a arrinconarse en su zona de confort sin darle alternativas.

Si eso fuera una posibilidad, si tan sólo existiera ese tipo de tecnología ella sería la primera en ofrecerse voluntario para las pruebas. Nada le daría más paz y tranquilidad que borrar de un plumazo esa parte de su vida.

¿Pero eso era realmente lo que quería? ¿Borrar seis años de su vida de verdad solucionaría todos sus problemas?

—Mackenzie —llamó Amera, apretando sus brazos—. Sé que nunca digo esto, y casi siempre me comporto como si no me importara, pero eso es culpa tuya —se apresuró a decir, cuando las cejas de Mackenzie se juntaron al centro de su frente—. Eso no significa que no me preocupe por ti, porque lo hago, me preocupo mucho por ti.

Suspiró haciendo algo que nunca había hecho con ella.

Acunó su rostro entre sus manos, presionando ligeramente sus mejillas.

—Sabes que Ryan tiene razón, Mac, no es saludable seguir encerrando estás emociones dentro de ti. Aunque creas que eres capaz de hacerlo no debería de ser así, todos necesitamos ayuda externa y tú, terca y negativa Mackenzie, jamás pides ayuda.

Ahora sí fue consciente del llanto, las manos de Amera calentaban sus mejillas las enfriaban con las lágrimas. La barrera cayó sin que se hubiera dado cuenta. El muro creado a lo largo de los años se derrumbó como si hubiera sido golpeado por una bola destructora.

Se lanzó hacia su amiga, presionando el rostro en su hombro, aferrándose a su espalda como un niño desesperado al no ver a su madre y lloró. Dejó que el dolor subiera desde lo más profundo de su pecho hasta que las pequeñas lágrimas se convirtieron en gemidos e hipidos. La gentil mano

de Amera sobre su cabello, acariciando su cabeza mientras apretaba su cuerpo contra ella con fuerza era como contener el agua en una olla hirviendo.

Imposible.

Capítulo 21

Capítulo 21

Para que el llanto y el dolor sean liberados

Volver a casa y sentarse a charlar fue la parte fácil. Hacer un genuino esfuerzo por decir las palabras que daban vuelta en su mente, ahí es donde se encontraba el verdadero desafío.

Se quedó el resto del día anterior en casa de Amera, charlando, dejándose sermonear por su amiga. Era una de esas raras ocasiones durante las cuales no tenía ningún argumento para seguir discutiendo, estaba agotada, física y mentalmente ya no encontraba fuerza para levantarse y decir algo en su defensa.

Ahora que estaba sentada, observando la espalda de Leila deslizarse por la cocina, terminando de preparar lo que ella solo podía asumir era el té de las conversaciones complicadas, no sabía ni por dónde comenzar a hablar. Lo primero que diría, y eso lo decidió subiendo las escaleras, era una disculpa por lo que ocurrió la noche de la graduación. Sí, empezaría por el tema que consideraba el más complicado y difícil de todos.

Confiaba en que si podía empezar por eso, el resto de la conversación sería, usando una de las expresiones de Amera, pan comido.

Excepto que cuando Leila se sentó junto a ella extendiéndole su taza de té, no encontró valor para empezar a hablar. Abrió la boca y las palabras quedaron atoradas en su garganta, incapaz de salir, solamente dándole la imagen de una chica estúpida que no sabía hablarle a la chica que le gusta. Lo cual ahora que lo estaba considerando, se sentía exactamente como esa estúpida chica.

Gruñó y enterró el rostro entre sus manos.

—¿Te sientes bien, Mac? —preguntó Leila, después de que Mackenzie volviera a levantar la cabeza. Hizo un gran esfuerzo por no sonreír al verla sonrojarse.

—Hoy, por primera vez en toda mi vida, admití la negligencia que he tenido para mi salud mental —su voz era fuerte y clara, pero como habló presionando una mano contra su boca, de modo que Leila batalló un poco para comprenderla—. Fui al hospital para pedir el día libre porque… no podía simplemente ir a trabajar en el deplorable estado que estaba ayer —el siguiente gruñido vino después de un largo suspiro—. Ni siquiera estoy segura de lo que quiero hacer después de esto, es la primera vez en

mi vida que… no tengo un plan de reserva.

Las dos se quedaron en silencio, Leila dando pequeños sorbos al té, disfrutando del sabor amargo del té negro, mientras que Mackenzie lo bebió todo en dos tragos. Respuesta que asombró a Leila y la obligó a bajar la tasa, esperando el momento de la queja por haberse quemado la lengua.

Una vez terminó su bebida, aunque sentía el ardor en la lengua por haberse acabado el té de esa forma, no se detuvo. Dejó la tasa a un lado suyo en el sillón girando para encarar a Leila, al hacerlo no esperaba verla directamente a los ojos, tuvo que haber asumido que lo haría, su comportamiento era algo para preocuparse. No le permitió a la ansiedad provocada por la suavidad de sus ojos detenerla.

Se inclinó para sostener su rostro, dispuesta a seguir adelante sin oportunidad de arrepentirse.

Y la besó.

Un beso que ambas llevaban años esperando, un acercamiento tan fácil para el resto de las personas y, aun así, resultó ser algo complicado en su caso.

—No tengo plan de reserva… pero sé que voy a odiarme por el resto de mi vida si permito que mi orgullo te aleje de mí.

Respiró, humedeció sus labios y relajó su cuerpo.

Recargó la cabeza en su hombro, necesitaba darse tiempo para hablar o nunca lo diría.

—Sé que te di una impresión equivocada de mí esa noche, parecía ser como si no hubiera ningún problema conmigo, como si fuera capaz de lidiar con mi propia mierda sin repercusiones emocionales —levantó la cabeza, las lágrimas ya humedecían sus ojos—. Pero no es así… cuando nos conocimos fue cuando me encontraba en el peor momento de mi vida. Apenas llevaba cuatro años de tratamiento. Nos mudamos a Wisconsin antes de terminar la secundaria, después de que Amera me obligara a decir la verdad, a contarle a mis padres del abuso de mi tío. Papá insistió en que irnos del país era lo mejor para mí, convenció a Amera de sus palabras, ir a Estados Unidos debía de ser un proceso para alejarme del lugar dónde fui infeliz.

»A ella le tomó más tiempo comprenderlo, nunca me detuvo o trató de convencerme que sólo estando junto a ella podría empezar mi terapía, ir a mis citas con la doctora para… bueno, intentar reparar un poco del daño. Amera decidió aceptar la situación a su propio ritmo, llamándome todos

los días y cuando el internet permitió hacer videollamadas, empezó a llamar dos veces por semana. Me demostró que se preocupaba por mi sin parecer irritante, ella, junto a mis padres me apoyaron todo el tiempo, todo el proceso hasta ser capaz de existir en la misma habitación que un grupo de extraños. Fue mi decisión volver a Irlanda para terminar la preparatoria con mi mejor amiga.

»Quería estar con ella y demostrarle que su ayuda no fue a saco roto. Todo iba bien, me sentía bien conmigo misma, estaba segura de tener bajo control mis emociones, y durante un tiempo fue así… hasta que nos conocimos por primera vez.

La pausa que tomó Mackenzie, volviendo a gritar en la palma de sus manos, no parecía ser el tipo de frase ideal para comenzar una conversación sobre… ¿su relación? ¿Podía llamarlo relación? Posiblemente la respuesta fuera no, no es una relación, ¿pero entonces porque Amera seguía hablando de ella y Leila como si *fueran* una pareja?

—¿Intentas decir que conocerme desequilibró tu mundo? —finalmente preguntó Leila, frotando sus mejillas con los pulgares—. ¿Eso es lo que me intentas decir?

Mackenzie volvió a sonrojarse.

Tener ese tipo de reacciones dos veces seguidas la ponían incómoda, no conocía sus reacciones bajo esas emociones, no sabía que era lo que podía hacer o decir. Esa era la principal razón por nunca mostrar una emoción diferente al sarcasmo o a ser cínica todo el tiempo, era lo familiar, lo seguro, el escudo que utilizaba todo el tiempo para sentirse protegida. La vergüenza e incomodidad eran emociones aterradoras.

—S-sí… cuando nos conocimos lo que más quería era encajar contigo. No me importó fingir y arrojar por el caño todo lo que había estado trabajando antes… sólo quería pasar más tiempo contigo —cerró los ojos, sosteniendo la mano de Leila contra su mejilla—. Y lo peor de todo fue que no pude evitar lo que ocurrió. No entiendo cómo pudiste perdonarme.

La expresión en su rostro fue suficiente para interpretarse como una disculpa. Aunque se esforzaba por no llorar, ya había lágrimas cayendo por sus mejillas. Leila se movió en el sillón, más cerca, pasó los pulgares por sus ojos quitando las lágrimas que le nublaban la vista, antes de besarla.

De todas las veces que Mackenzie visualizó la charla en la que finalmente aclaraban las cosas, ninguna de ellas terminaba con un beso salado por el

llanto.

Era definitivo que no le desagradaba.

—¿Quieres un poco más de té? —preguntó Mackenzie, mostrándole la tetera a Leila.

Luego de haberse calmado tras llorar sin control durante los últimos treinta minutos, tal vez un momento humano dónde pudieran solo quedarse sentadas una junto a la otra. Mackenzie ya había dicho una gran parte de lo que necesitaba, incluido el momento en el que posiblemente su relación hubiera dado un gran paso, sino hubiera sido por la acumulación de emociones y estrés meses antes del baile de graduación.

—Sería fantástico, por favor.

Mackenzie llenó ambas tasas, acomodándose junto a Leila en el sillón. Fue instintivo recargar la cabeza sobre su hombro.

—¿Este es el momento en que tu compartes algo o sólo nos quedamos en silencio bebiendo té? —se levantó rápidamente al terminar de hablar, como si hubiera sentido la sonrisa de Leila—. Lo pregunto porque… bueno, este es territorio nuevo para mí.

Leila besó su frente, invitándola a recostarse con ella en el sillón, ya no sentadas como estaban la primera vez, literalmente estaba jalándola para poder recostarse sobre su pecho.

De esa forma era complicado que Leila pudiera hablar o darle respuestas cortas, tampoco parecía molestarle ese impedimento, todo lo contrario, la calidez de su abrazo estaba invitándola a acurrucarse junto a ella. Y así lo hizo.

Una interminable lucha contra sus hábitos adquiridos con los años después, fue capaz de quitarse los zapatos y subirse al sillón, a su lado, dejando que sus brazos rodearan su espalda, depositando un largo y cálido beso sobre su coronilla.

Llegó un momento dónde el sueño fue demasiado para poder controlarlo. Había escuchado del asunto, algo sobre quedarse dormida luego de haberse deshidratado en lágrimas, hasta ese instante, dónde Leila acunó su cabeza sobre su pecho, no creyó que pudiera ser una realidad.

Capítulo 22

Capítulo 22

En la lista de cosas que puedo mejorar

A la mañana siguiente del primer turno nocturno de la semana, Mackenzie tenía la sensación de haber pasado la noche completa bebiendo.

Despertó en los brazos de Leila, ambas se quedaron dormidas en el sillón después de que ella tuvo el valor para decir lo que llevaba años guardándose, fue sincera y le dijo, aunque fuera una versión pequeña, de cómo se sentía realmente. Luego de limpiarse las lagañas, beber un poco de agua para aclararse la garganta, Leila tomó el control de la situación.

Todavía quedaba una semana antes de que Jeremiah fuera a recogerla. Una semana más para charlar, conversar, conocerse y llevarse su relación con paz y calma.

Relación.

Su relación.

Era una palabra que sonaba extraña en su vocabulario, como si alguien hubiera llegado desde Noruega y le estuviera hablando. No lo conocía y sólo podía verlo con asombro, incapaz de comprender su significado en su totalidad.

Sin embargo le daba mucha seguridad.

Todavía soñaba con encajar con el mundo de Leila. Quería imitar a Amera, ni siquiera era consciente de que eso era lo que intentaba hasta el momento que Leila lo sacó a conversación. Ella era la sumisa de Jeremiah, el hombre que mantuvo a Ryan lejos de los problemas, el hombre que también arrastró al idiota novio de su mejor amiga al mundo del BDSM. Un hombre a quién respetaba por sus principios y su actitud.

—¡Mackenzie! —el brazo de Gaynor rodeó el suyo. Colgándose de ella mientras ponía una sonrisita tímida—. Siento que han pasado semanas desde la última vez que nos vimos.

—Tampoco es como si tu actitud la última vez que nos vimos, me hubiera dejado con ganas de hablarte de nuevo.

Gaynor la soltó, retrocediendo con notable rapidez.

—Si me comporté así, fue por tu culpa. ¿Terminamos y dos días después ya estás saliendo con *otra* chica? ¿Cómo debería de haberme sentido?

Mackenzie no pudo controlar su cuerpo. Sonrió ante la mención de que estaba saliendo con Leila.

Porque eso es lo que llevaba soñando desde el baile de graduación, no, desde antes. Desde la primera vez que conoció a Leila, se imaginó caminando a su lado.

—No estábamos saliendo, era una cita, sí, no hay sentido en negar eso —el esfuerzo que necesitó para morderse la lengua y no sonreír, cuando Gaynor arrugó la nariz en un claro gesto de furia, fue monumental—. Tu y yo fuimos una explosión que pudo haberse evitado, no era necesario juntarnos para descubrir que jamás iba a funcionar, de todas formas, pasó. Eso no significa que estar con alguien más sea algo horrible. Se llama reconocer cuando has metido la mata.

Un grupo de enfermeras pasó corriendo a su lado, Mackenzie las siguió con la mirada, tratando de confirmar si su presencia era requerida en la emergencia o no.

—Lo que quiera hacer de ahora en adelante con Leila, es un asunto sólo entre Leila y yo, no tiene nada que ver contigo.

Más enfermeras aparecieron, girando a la izquierda para ir… a la habitación de Shell.

Empezó a correr sin percatarse en que lo estaba haciendo. No le llegó un aviso, nadie le notificó. Ahora se sentía como una idiota por no haber notado el código azul que sonaba en el piso, no llegó a entrar en la habitación pero ya estaba sobre la cama de Shell, revisando el monitor, concentrándose en la voz de los enfermeros, le pedían instrucciones de que era lo que debían hacer.

Su voz parecía un eco dentro de su cabeza. Gritaba ordenes, dosis de medicamentos que le ayudarían a Shell, ninguna de ella tuvo sentido mientras las estaba diciendo. La única frase durante esos aterradores treinta segundos de pánico, que tuvo sentido fue:

—¡Alguien llame al doctor Owen, ahora!

Shell abrió los ojos después de que lograr estabilizarla. No estaba segura de que le sucedió, sus quemaduras no eran tan graves para haber tenido esa emergencia, lo que la llevó a pensar que había algo que no les estaba diciendo.

El médico de guardia tomó el relevo, siendo él quién estaba dando órdenes, instrucciones para poder garantizar la seguridad del paciente. Mackenzie reaccionó de manera mecánica, ella escuchaba y reaccionaba, más tarde no sería capaz de decir si recordaba una sola palabra.

—¿Te encuentras bien, Mackenzie? —ella cerró los ojos, respiró repetidas veces hasta sentir su corazón relajarse.

—S-sí, estoy bien —se pasó la mano por el cabello, quitándose un gran cantidad de risos de la frente. No se había percatado que empezó a sudar—. Llevaré a Shelby a hacer sus análisis, ¿hay algo más que necesita? —el doctor Owen pareció esperar un momento de debilidad, como si tuviera la sensación de que Mackenzie necesitara tomarse un tiempo lejos del paciente.

—Lo averiguaremos cuando tengamos los resultados. Quiero que te quedes con ella, si hay algo que no nos esté diciendo, lo sabremos.

Mackenzie asintió. No dijo nada al respecto, tenía miedo de derrumbarse si lo hacía.

Se tomó su tiempo para volver a la habitación, recordándose de respirar profundo y soltar el aire con lentitud. Repitió el proceso mientras hablaba con Shell, diciéndole lo que iba a suceder cuando la llevara a los análisis, no dejó de respirar hasta el momento en que se separó de aquella chiquilla durante unos minutos.

.

—¿Te sientes mejor ahora? Puedo quedarme aquí más tiempo si quieres, hoy tengo que salir temprano, voy a entrevistarme con unos pasteleros. Puedes venir si quieres, comeremos pastel y beberemos café toda la tarde —Amera pasó la mano por su cabello, escucharla hablar tenía un efecto relajante, algo que suponía todos los psicólogos debían de tener, o en caso de ella los psiquiatras—. Puedo invitar a Leila si eso te da tranquilidad, sé que aún debes de quedarte hasta finalizar el turno, y que ya pediste un día libre… bueno, tu dime lo que piensas.

En lugar de irse a comer, fue directo al consultorio de Amera, se recostó en el diván y puso la cabeza en sus piernas. Ella no necesitó explicaciones, puso una venda sobre sus ojos y comenzó a trenzarle el cabello, cuando Mackenzie dejó de temblar Amera empezó a hablar y hablar y hablar. Las dos sabían que eso le ayudaba a poner en orden sus ideas, tener a Amera a su lado le daba toda la seguridad que ponía necesitar.

—Invítala, le gustará la oportunidad de dar un recorrido por la ciudad, ¿Ryan va a llevarte? —Amera asintió, su voz era soñadora. La misma que

llegó a detestar cuando se enteró que estaban juntos—. Yo debo quedarme.

—¿Quieres que te lleve muestras? Estoy segura de que te dará un coma diabético o algo así.

Luego de pensarlo varios minutos, el tiempo suficiente para que Amera terminara de peinarla, accedió.

—Los que menos te gusten, dudo mucho que Ryan vaya a comérselos… no, me corrijo, dudo mucho que Ryan coma ninguno de los pasteles.

Hubo más silencio entre las dos.

—¿Amera?

—Lo siento, es sólo que… creo que es la primera vez que te escucho llamarlo por su nombre. Siempre es el idiota, o tu novio, nunca lo llamas por su nombre.

Mackenzie se quitó la venda de los ojos, fijó los ojos en Amera. De todas las expresiones dentro de su catálogo, aquellas únicamente para su amiga, las que utilizaba con su familia, las máscaras para poner en público, esta no formaba parte de ninguna que hubiera visto antes.

—Creo… le dije la verdad a Leila, sobre lo que ocurría conmigo, sobre la terapía, le dije que decidí mandarlo todo a la mierda por desear que me notara. Y… me dijo que el tiempo que queda antes de volver a Irlanda, quiere pasarlo juntas, ella… ella me dijo que antes de volver a casa quiere estar conmigo, intentar que *algo* suceda en el poco tiempo que queda. Y yo también quiero.

Con gran esfuerzo, se sentó en el diván. Hablar sin explotar, sin contarle sobre lo molesta que fue la forma en que Gaynor se acercó a ella… no quería alejarse de esa maravillosa sensación de paz. La conservaría el máximo tiempo posible, hasta sentirla volverse pequeña de manera natural.

—Siento que disminuir mi antipatía hacia Ryan, comenzando con eso, usando su nombre, es una buena forma de… ahm, ¿mejorar? Hasta el momento en que lloré al punto de deshidratarme, me di cuenta de lo irracional que era mi comportamiento. ¿Señorita hostilidad cuando tenía dieciocho años porque seguía resentida y era reciente mi trauma? Lógico, en la escuela se comportaron como auténticas perras en lucha conmigo. ¿Señorita hostilidad a los veinticinco sin motivos válidos? Entendí todas tus charlas dónde decías que la vida no estaba enemistada conmigo.

—Pues me alegra que lo empieces a ver con claridad, llévalo a tu ritmo —se apresuró a añadir. Levantándose de un brinco—. No voy a presionarte, ahora que te das cuenta de lo bello que puede ser un cambio de actitud… no voy a intervenir.

—Gracias, Amera, por todo.

Volvió a sentarse, abrazándola. No tenía miedo de sobrepasar el límite de contacto.

—Gracias por todo, Mackenzie.

Capítulo 23

Capítulo 23

De la lista de cosas que no conozco

Esperar hasta que todos se fueran para poder recostarse en los bancos de la sala, cubrió sus ojos con el antebrazo, esperando a que Amera fuera a reunirse con ella para volver a casa. Después del viaje exprés que hizo Ryan, cuando su madre fue ingresada en el hospital, tuvo que volver a Alemania. Una cosa era dejar el trabajo por un día por su novia, otra muy diferente era ser negligente con su trabajo, y aquel hombre no era alguien que fuera a abandonar su trabajo así nada más.

Luego de entregarle los análisis de Shell al doctor Owen, Mackenzie le envió un mensaje a Leila, una incómoda línea dónde la invitaba a ir a cenar. Su respuesta fue inmediata, como si hubiera pasado todo el día pendiente del teléfono a la espera de un mensaje. Hasta que recordó su conversación de esa misma mañana, dónde Leila le decía que pasaría el día en el departamento reposando, los últimos días había estado caminando demasiado y se sentía agotada; responder rápido sus mensajes era algo lógico.

Haberla invitado a cenar fue algo muy agradable, la cantidad de emojis de corazón que recibió fue el equivalente a una nota de voz dónde, quién sabe, tal vez le diría repetidas veces lo emocionada que estaba por salir juntas.

Llegaba a tener ese tipo de actitudes en varias ocasiones, en general Leila no se mostraba como una chica consentida, acostumbrada a tener lo que quisiera en el segundo que lo pedía. Y cuando se comportaba así lo hacía consiente, a sabiendas de estar molestando a alguien.

Eso podría ser una ventaja de salir con alguien mayor que ella. Un detalle en el que nunca se detuvo a pensar, en primera porque no le interesaba la diferencia de edades, y en segundo lugar porque Leila tampoco parecía molesta con eso. Lo que más necesitaba en esos momentos, además de tener a su mejor amiga cerca para darle consejos y apoyo emocional, era disminuir su ritmo cardiaco, sentía como si el pecho fuera a explotarle por la velocidad en la que latía su corazón.

Fuera buena suerte o mera coincidencia, Amera entro en el cuarto, corriendo a sentarse junto a ella, Mackenzie levantó la cabeza para que ella pudiera acomodarse y luego recostarse sobre sus piernas. Se trataba de una acción automática, muchas veces no llegaba a pensar mucho en lo que hacía. Todas sus respuestas con Amera eran así. Había tanta confianza entre ellas que para ellas lo más extraño e incómodo era entrar

al baño mientras una lo usaba.

—¿Nerviosa? —preguntó Amera, quitándole el cabello de la frente.

—En mi vida he ido a una cita… ¿qué se hace?

—Ryan y yo vamos a cenar, pero es porque llevamos mucho tiempo juntos. Cuando salimos caminamos por el parque, en ocasiones pido un helado o unas crepas, realmente no hay un patrón.

—¿Y en una cena que haces?

—Enfócate en ver lo que haga feliz a Leila. Será lo más fácil por ahora, además te dará paz mental, no tendrás que pensar en charlas o temas de conversación, lo cual es complicado para ella, y así la cena será amena.

Mackenzie, contrario a lo que Amera esperaba lograr con sus consejos, se sintió más ansiosa. Su amiga había hecho la reservación en uno de los restaurantes dónde ella y Ryan iban frecuentemente, tenía el beneficio de tener áreas reservadas lejos de la zona "normal" como la llamaba Amera. Eso le daba ventaja en un ambiente tranquilo.

Pero también la dejaba aislada.

—Vale, mira, ve a la cena, come, charla y averigua como sacar la situación adelante en la marcha, ¿te parece mejor esa opción?

—No… —respondió luego de largos minutos en silencio.

Mackenzie suspiró, se impulsó para sentarse, se pasó la mano por el cabello deshaciendo las dos horas y media de trabajo tratando de mantenerlo bajo control. Había días en los cuales le daba lo mismo tener sus incontrolables risos controlados, y otros dónde realmente deseaba esforzarse por darle estilo a su cabello sólo para rendirse diez minutos después.

—Todo irá bien, es sólo una cena, no pienses que es una cita, es una cena. ¿Eso ayuda más?

—Realmente no… me duele el pecho como si me hubieran hecho compresiones durante tres minutos seguidos… así que dudo mucho que algo funcione *ahora*.

Amera se levantó y se paró frente a ella, sostuvo su rostro con ambas manos apretándole las mejillas.

—Si entras en pánico respira profundo, cuenta hasta quince y repite el proceso —recogió su bolsa del banco colgándosela en el hombro—. Yo

debo irme, Ryan vuelve hoy a casa y me gustaría encender unas trescientas velas para él.

—Diviértanse —murmuró al ver salir a su amiga del cuarto.

Al quedarse sola, tardó media hora más en controlar su respiración, recuperar un poco de control sobre sus emociones. En el instante que dejaron de temblarle las manos recogió sus cosas y fue al estacionamiento para recuperar su coche, prometió recoger a Leila en casa e ir al restaurante. Eso era bueno, conducir le daría mucho tiempo para seguir respirando.

¿Era la cena o Leila quién la intimidaba tanto?

—Sí, reservación para la señorita Mackenzie, por aquí por favor.

Mackenzie agradeció con una inclinación de cabeza, Leila iba agarrada de su brazo recargando la cabeza sobre su hombro ocasionalmente. Ese gesto, aunque aceleraba su corazón, le arrancaba más sonrisas de las que esperaba. Entonces era la cena la culpable del vacío que sentía en el estómago, haría lo que dijo Amera, visualizarlo como una comida más del día.

Además ahora se arrepentía de haber sido víctima de la ansiedad en el hospital, Leila iba vestida en un largo vestido color crema que llevaba una abertura en la pierna izquierda, era una esas pocas prendas que cubría los brazos completos y el escote era bastante discreto. De alguna forma resaltaba sus rasgos de una forma atractiva, para Mackenzie era casi imposible no voltear en su dirección. Quizá lo había hecho con esa intensión.

La mesa resultó intimidante al momento de sentarse, en casa de sus padres, viviendo con Amera y todos los lugares dónde iba a comer sólo ponían un tenedor, una cuchara y un cuchillo.

No tenía la más mínima idea de cuál era el orden de cubiertos.

Algo que Leila percibió con una sonrisa. Luego de recibir la carta, arrastró la silla para sentarse a su lado y explicarle.

—Este de aquí es para la ensalada, estos tenedores son para carne y pescado, los cuchillos vanen orden similar, de adentro hacia afuera, carne, pescado y ensalada —sus manos hablaban y señalaban la mesa, fue algo complicado de seguirle el ritmo, cuando terminaba de leer sus palabras se perdía la explicación de cubiertos—. En realidad no importa, no hay nadie

más aquí, puedes comer como más te acomode.

—¿Podré hacer lo mismo en la mansión Dassel? —bromeó luego de que Leila volviera su lugar. Ella respondió con risas.

—Claro que puedes, pondrá furioso al señor, es realmente meticuloso cuando se trata de modales en la mesa —bebió un trago de agua, Mackenzie la imitó—. Ryan solía ignorar el protocolo cuando quería "rebelarse" —enfatizó las comillas al final—. Pero creo que él sería paciente.

—Menos mal, no me gritarán desde el principio.

Leila recargó una mejilla sobre su mano, analizando los movimientos de Mackenzie.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer? —preguntó.

Mackenzie detuvo la copa de agua a medio camino de sus labios.

¿Cambiar de parecer?

Quién sabe, ¿miedo? ¿Tal vez estrés hacia sí misma por su actitud constante? Era una pregunta que no se había hecho todavía. Tampoco lo había planteado con su psicóloga, con Amera hablaba de problemas normales, situaciones que no normalmente discute con sus amigos. Pero aquello era algo que todavía no trataba en terapía.

—Ahora es el momento dónde debería de decir algo inteligente. Sólo puedo decir no lo sé. Podría mentirte y decir que los últimos días han marcado un gran cambio en mi vida, que tu compañía es como una luz que ilumina el callejón oscuro dónde he vivido desde que tengo memoria… y sería realmente injusto para ti que dijera esas cosas. Lo cierto es que no lo sé.

—Bueno, dos semanas es un corto periodo de tiempo para hacer que alguien se enamore, ¿no lo crees? —agregó ella, estirando su manos por encima de la mesa para sujetar las suyas.

En eso le daba toda la razón.

Ya había sido impresionante para ella hacer un cambio tan radical en su comportamiento en tan sólo unos días; elegir sanar en lugar de quedarse en el resentimiento. Quince días no eran ni de cerca suficientes para conocer a alguien, descubrir detalles nuevos o encontrar manías que pudieran ser agradables. Lo cierto es que quería más tiempo para

conocerla.

—No es como si esto fuera una película romántica, ¿cierto? —

Leila soltó sus manos.

—¿Entonces dónde queda la diversión? —preguntó haciendo un puchero—. Yo ya estaba preparando mi fabulosa actuación para el momento dramático.

Mackenzie escupió un poco de agua al tratar de aguantar la risa.

—Bueno, ya has decidido que habrá situaciones complicadas entonces.

Leila asintió. Quitó las manos de la mesa cuando llegaron los meseros con su orden y agradeció con una inclinación de cabeza.

—Por supuesto, mi hermana y el señor tuvieron bastantes problemas al inicio de su matrimonio. Ryan y la bonita Amera fueron por una montaña de discusiones. Las discusiones le dan sabor a la vida, ¿no lo crees?

Mackenzie, que sólo conocía argumentos sazonados con violencia y agresión no pensaba lo mismo. Entendía a la perfección lo que Leila decía, ella estuvo ahí al lado de Amera durante los peores momentos de su relación con Ryan, especialmente cuando terminaron porque la relación a distancia les estaba haciendo más daño que bien.

—Tal vez hay que esperar antes del drama… no nos llevamos muy bien, ¿sabes? —imitó los movimientos de Leila al levantar sus cubiertos y empezar a comer—. Un paso a la vez es bueno para mí, considerando que mi terapeuta dice que soy una bomba de tiempo esperando una chispa para explotar. —masticó la carne perezosamente, ¿habría dicho demasiado?

—Muy bien, reduciré mis deseos de drama —respondió ella, guiñando un ojo en su dirección.

Mackenzie sintió el calor en sus mejillas, agradeciendo a las pecas salpicadas en su rostro para disminuir el color.

Un paso a la vez, Mackenzie.

Capítulo 24

Capítulo 24

Dónde las emergencias son prioridad

La puerta se abrió sin mayor resistencia, considerando los problemas que había dado los días pasados, Mackenzie esperaba mayores problemas al abrir el seguro. Tal vez Amera llamó, finalmente, al cerrajero y pidió un arreglo o un cambio… aunque de ser ese el caso su llave no habría sido capaz de abrir con tal facilidad.

Tal vez ella simplemente tenía más fuerza que su amiga.

Como fuera el caso entró a la casa seguida de Leila. La cena, que según la experiencia de Mackenzie estaba yendo de maravilla, tuvo que ser interrumpida por una llamada de emergencia… por parte de Ryan.

Si bien el hacha de paz seguía enterrada desde el aborto de Amera años atrás, no había ningún apartado dónde él pudiera hacerle llamadas de 112, tan pronto lo encontrara le dejaría muy en claro que… sus pies se detuvieron en el umbral de la sala de estar, Leila chocó en su espalda. Desde la mudanza Mackenzie había visitado la casa de Amera una considerable cantidad de ocasiones, ella le ayudó a acomodar los muebles para sentirlos como un hogar, se encargó de pasarle los cuadros y fotografías que colgó en las paredes.

El lugar que tenía enfrente no se parecía en nada al sitio que visitaba. ¿No había mencionado su amiga unas velas? Dijo que encendería unas mientras esperaba el regreso de Ryan, el tren bala no tardaba mucho en hacer el recorrido de Alemania de regreso a Londres.

—¿Áilleach? —llamó dudosa. Ocho años habían pasado desde la última que lo llamó por su apellido.

Ryan apareció por el pasillo que daba a las habitaciones. No tenía el aspecto de alguien que, de acuerdo a la suposición de las velas, estaba teniendo un agradable momento con su novia, era todo lo opuesto, se veía agitado, sudaba y juzgando por el corte en su mejilla algo malo había sucedido.

—Disculpa por haber interrumpido su cita de esa forma yo… no sabía qué hacer, Amera tuvo un ataque o algo… está encerrada en la habitación y se rehúsa a abrirme la puerta —se pasó la mano por el cabello, observando el pasillo que daba hacia las habitaciones, el lugar dónde su amiga parecía

haberse aislado—. He intentado razonar con ella pero no quiere escuchar.

Mackenzie puso una mano en su hombro, se trataba de un tacto amable, tanto así que Ryan se sobresaltó a la espera de algo más agresivo.

—Déjamelo a mí —pidió una disculpa a Leila antes de perderse en la oscuridad de la casa.

Tocó la pared para guiar su camino, esperando ver las fotografías en retroceso que contaban la historia de su vida. Su último cumpleaños, estaban ella y Amera en el centro con una corona de cristal. Le seguía el momento en el que Ryan, de manera oficial y seguro de lo que quería, le pedía matrimonio, porque Amera afirmaba con uñas y dientes, la petición previa ya no era válida, no luego de estar separados por cuatro años. La siguiente debería de ser la fotografía de la graduación, su abuela y tío (o padre adoptivo) estaban a su lado, abrazándola.

Pero ahí se detenía el recorrido. Se detuvo cuando escuchó algo crujir a sus pies, miró hacia la alfombra y encontró los marcos faltantes de las paredes. Reconoció pocos, los demás estaban de cabeza complicando la tarea de identificarlos, respiró profundo, avanzó cuidando dónde ponía los pies y tocó la puerta con suavidad. Dos golpes, uno, tres golpes y uno más.

Aguardó por una respuesta, un ruido, un gemido, alguna palabra *algo* para así saber que Amera la escuchó y sabía quién estaba afuera.

Dos minutos pasaron sin tener respuestas, volvió a tocar, respetando el orden de golpes el ritmo y la suavidad que debían de tener.

Fue un proceso que se vio obligada a repetir diez veces antes de obtener resultados positivos.

—¿Mac?

Su voz era un gemido, no se parecía en nada a la suave y coqueta tonalidad que usaba diariamente, se trataba de una voz cascada como si hubiera pasado horas llorando o gritando. Guardó silencio para ver si podía identificar sus movimientos dentro de la habitación, unos golpes de cristal, como botellas arrojadas a otro lugar, sus manos y piernas arrastrándose por la alfombra y el seguro de la puerta abriéndose.

Tuvo que agacharse al abrir, quitándose el cabello de los ojos en caso de que Amera no fuera a reaccionar apropiadamente. Y se alegró de haberlo hecho. La apariencia de su amiga dejaba ver el problema que se esforzaba por resolver sola, todavía tenía los ojos irritado, el cabello hecho un

desastre… y el cuello al rojo vivo por haberse rasguñado, con seguridad.

—¿Estaría bien si entro, Ame? —ella movió la cabeza efusivamente.

Se quitó de la puerta e hizo una apertura para dejarla entrar. Mackenzie se arrastró por el suelo, cuidando no lastimarse con los trozos de cristal. Cerró la puerta recargándose en ella para darle seguridad de no abrirla. Al escucharse el *clic* Amera se lanzó a su pecho, aferrándose a las solapas de su saco.

—¿Qué sucede? Dime, sabes que estoy para ti —rodeó sus hombros apretándola en su pecho. Amera lloró durante unos minutos más hasta poder tranquilizarse.

—Yo… —gimió—… ¡oh, Mackenzie! —se lamentó, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Mackenzie reconoció el gesto y la detuvo al instante. Si le permitía cubrirse lo primero que intentaría sería hacerse daño para intentar limpiar su culpa. Cubrió sus manos con las suyas, llevándoselas al pecho.

—Está bien, no hay nada malo. Amera, no pasó nada malo —cuidó en no alzar mucho la voz, ese tipo de episodios no pasaban con frecuencia… y no podía ser buena señal que empezaran—. Si estás preocupada por él, no le hiciste daño, ¿vale? Fue Manzana quién le hizo ese rasguño.

Apenas terminó de pronunciar las palabras, se sintió mezquina. No le gustaba la idea de mentirle, especialmente si se trataba de endulzar la realidad.

—Oh… —fue todo lo que ella pudo responder, bajó la mirada a sus manos y relajó los hombros—. Entonces sólo fui yo…

—Descuida, te traeré algo para limpiarlo.

Siguiendo la lógica de sus pensamientos, Mackenzie besó los nudillos de sus manos, dejándolas reposando con suavidad sobre las piernas de Amera.

Salió de la habitación y se dedicó a levantar las fotografías, marcos rotos eran reemplazables, cortes y heridas causadas por cristal no tanto. En la sala encontró a Ryan sosteniéndose la cabeza con las manos, inclinado sobre sus rodillas. Absolutamente devastado por ser incapaz de ayudar a la mujer que ama. Leila se encontraba junto a él, frotando su espalda en movimientos circulares, más bien firmes en lugar de cariñosos. Mackenzie se obligó a llegar a dónde estaba.

—¿Cómo está ella?, ¿está bien, se hizo daño? —Mackenzie se mordió el labio inferior, esquivando su mirada—. Se hizo daño… —concluyó Ryan, volviendo a sumergirse en sus pensamientos negativos.

—Nada grave, sólo unos rasguños… que por cierto, fue Manzana quién te hizo eso —señaló desviando su camino hacia el pasillo opuesto a las habitaciones, dentro del baño tenían un muy bien surtido botiquín de primeros auxilios.

Ryan tocó su mejilla en un gesto desinteresado, Mackenzie comprendió que no se trataba del dolor o la herida en sí misma, era la situación que lo generó lo que lo tenía angustiado.

—No hay que podamos hacer para que mejore… ¿cierto? —Mackenzie se detuvo camino de regreso al cuarto.

—Por ahora no. Esperar y ver como avanza la situación… pero tarde o temprano tendremos que recurrir a cuidados especiales. Lo sabes, ¿verdad? —la pregunta iba cargada con tristeza, incluso sin voltear a verlo, luchaba por contener el llanto.

—Hay días dónde quiero creer que nada de esto ocurrió, ella nunca nació con esa enfermedad y puede cumplir sus sueños sin miedo… aunque no sé a quién le hace más daño esa idea, a mí o a ella. —Mackenzie se sentó junto a él, poniendo una mano sobre su hombro.

—Lo has llevado muy bien, si te sirve de algo. Ha sido peor para ella… no intento minimizar tu esfuerzo —añadió rápidamente, tratando de corregir el hábito—, sólo quiero decir que no te dejes agobiar tan pronto.

Ryan recargó la cabeza en su mano, se veía agotado, traía el cabello desordenado, verlo así le recordaba más al aspecto diario que usaba durante la preparatoria. Distaba mucho del hombre de negocios, elegante y sin un solo cabello fuera de lugar del cual era imposible hacer que Amera dejara de hablar.

—Ella siempre dirá que no, y hará lo posible por postergarlo hasta que lo considere oportuno, pero deberías de hacer una cita con el psiquiatra —él levantó la cabeza, sorprendido—. Vamos, serás su esposo dentro de tu poco, va a empezar a ser tu trabajo preocuparte por ella.

—Lo sé, es sólo que suponía que seguirías jodiendo todo el tiempo —observó el pasillo, esperando que Amera saliera pronto de ahí—. Es a lo que estoy acostumbrado, vivir con mi novia y las ocasionales visitas de su mejor amiga que siempre busca pelea.

Mackenzie sonrió en dirección de Leila, esperaba darle una sensación de tranquilidad, hacerle saber que sin importar el resultado o la forma en la

que se desarrolló esa noche, seguía disfrutando de su compañía. También esperaba mostrar disculpas o arrepentimiento, no quería ser la chica que abandonaba citas o ponía en segundo plano a su pareja por atender a su amiga.

Con un poco de esperanza no tendría que ser así, Ryan vivía con ella después de todo.

—Vale, dame eso, iré a hacerme cargo de ella —tomó el botiquín de las manos de Mackenzie—, ustedes deberían marcharse, lamento haberte traído de la nada… pero agradezco que hayas venido —Mackenzie miró sus manos, era la primera vez en años dónde no las apretaba hasta enterrarse las uñas para controlar sus emociones.

—Me alegra que confiaras en mí… Ryan.